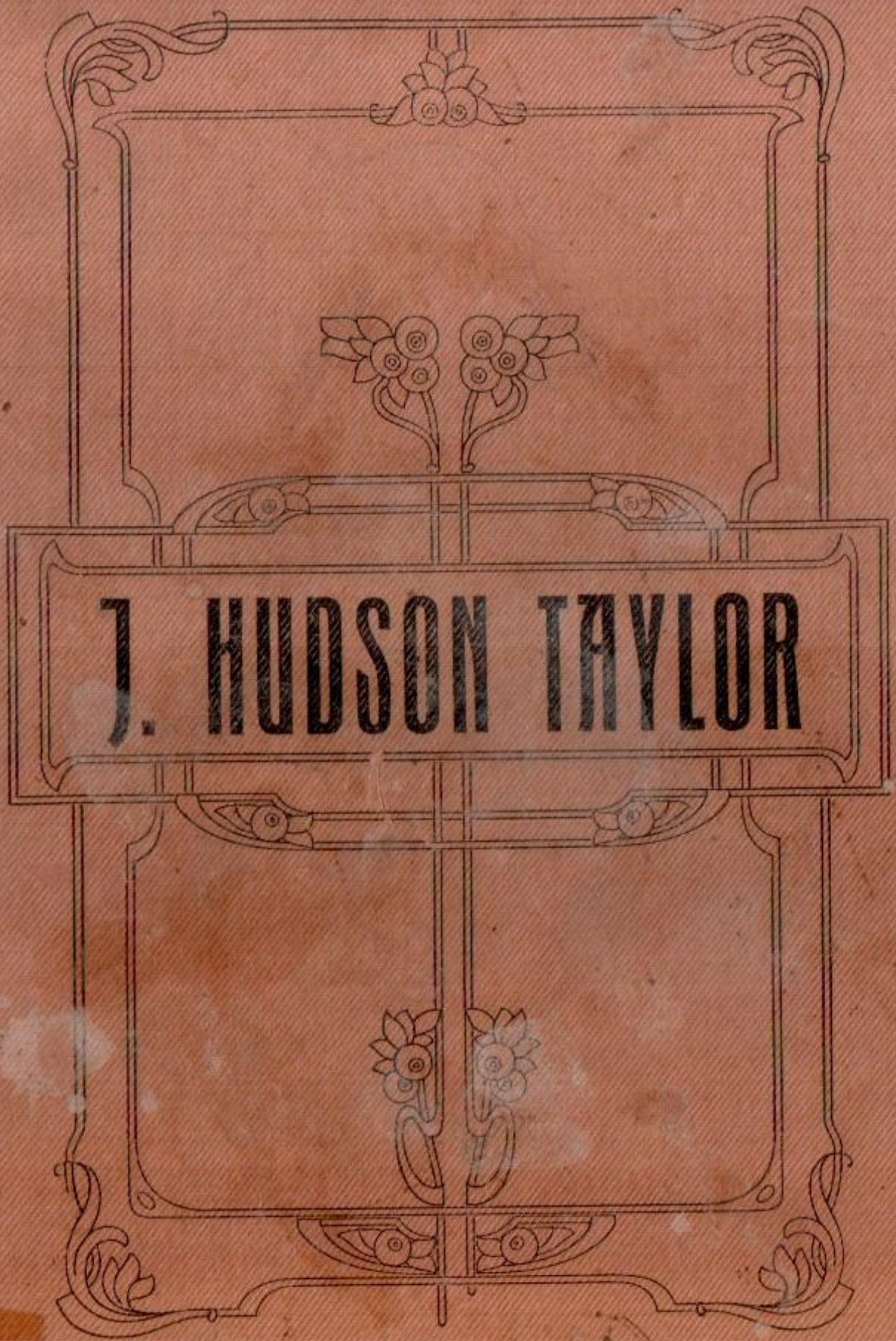

J. HUDSON TAYLOR

J. HUDSON TAYLOR

BIBLIOTECA DE EL EVANGELISTA

AUTOBIOGRAFÍA

DE

J. Hudson Taylor,

licenciado en Medicina, Misionero en China

y Director de la Misión Interior de dicho país

Reimpresa de EL EVANGELISTA y aumentada

con

UN SUPLEMENTO

DEPÓSITO DE LA
SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS
FLOR ALTA, 2 Y 4, 1.°
MADRID
1913

Tipografía de M. Berdós, calle de las Molas, 31 y 33. — Barcelona

PRÓLOGO

Si volvemos los ojos a cien años atrás y damos un vistazo por el mundo, hallamos que la mayor parte de Europa estaba envuelta en las tinieblas de la Iglesia romana, la Palabra de Dios era libro prohibido, y en Asia y en África reinaban absolutos el mahometismo y el paganismo. ¡Cuántos obstáculos había que vencer! y ¡cuántas puertas que abrir! Mas ahora decimos: ¡Qué ha hecho Dios! Y no es solamente lo que Dios ha hecho en su providencia rompiendo barreras que se levantaban en contra de la predicación del Evangelio (entre ellas la sangrienta Inquisición), sino la obra de Dios en la preparación de los instrumentos para la evangelización, y esta obra, que pasa desapercibida para los hombres, es la que más nos maravilla.

De la manera que los hombres del mundo preparan a sus hijos que destinan para carreras importantes, así Dios preparó al Sr. J. H. Taylor, el autor de la autobiografía que sigue; y habiéndole preparado le honró, quizás más que a ningún otro, en la evangelización del mundo, pues fué enviado a trabajar entre los trescientos millones de habitantes del Imperio chino, ahora convertido en República china. Fué allá por primera vez a fines del año 1853, y desde aquel país, al cual amaba tanto, partió para estar con Cristo, «que es mucho mejor», en el año 1905. De modo que sus experiencias son las de un veterano soldado de Cristo, y por lo mismo de gran valor para todos aquellos que se alistan bajo tan gloriosa bandera para luchar en defensa del Evangelio de Dios.

Esta Autobiografía fué escrita y publicada en inglés bajo el título *A Retrospect* (Reflexión sobre cosas pasadas), y ha tenido una gran circulación. La mayor parte de ella fué traducida y publicada en las páginas de *El Evangelista* durante los años 1894 y 1895. No hace mucho, un pariente del Sr. Taylor fué introducido a un joven médico en China que ocupa un puesto importante en el gobierno de la República china. Dicho médico había estudiado medicina en Edimburgo, Escocia, y en Alemania, y en su conversación dijo que había leído el libro del Sr. Taylor, *A Retrospect*, y luego refiriéndose a las muchas tentaciones con que un joven de su posición es asediado, dijo: «Aquel libro es precisamente de la clase de libros que pueden ayudar a un joven como yo». No profesa ser cristiano, pero ha comprendido que hay algo en Cristo que es digno de desear por lo que ha visto en sus verdaderos discípulos.

En la confianza de que este libro hará bien a los lectores que hagan caso de las experiencias dadas en él, lo recomendamos encarecidamente en las palabras del joven chino y médico distinguido: «Es precisamente de la clase de libros que pueden ayudar a un joven como yo».

A la Autobiografía hemos creído conveniente añadir un Suplemento en que se relata brevemente la continuación y crecimiento de los trabajos misioneros del Sr. Taylor, fundador de la Misión Interior de China, con sus pruebas y triunfos, hasta el presente, y también algunas noticias de los últimos días del fundador. ¡Que el Señor acompañe con su bendición esta Memoria, y haga que los lectores de ella reciban bien en sus almas.

ENRIQUE PAYNE

Barcelona, Mayo de 1913.

J. HUDSON TAYLOR

CAPÍTULO PRIMERO

El poder de la oración

Siempre nos es una ayuda tener presente la parte de Dios en la obra de la evangelización; ésto es, entender que la obra de Dios no significa tanto lo que el hombre hace en favor de la obra de Dios, como la que Dios hace en el hombre y por el hombre en esta obra. Muchas circunstancias relacionadas con mi juventud y servicio, me presentan este aspecto de la obra de un modo muy vivo, y no dudo que la causa de las misiones debe mucho a no pocos que jamás han ido al campo misionero, ni han podido dar gran cantidad de dinero para dicha obra, pero que han trabajado en oración, y en la eternidad se quedarán sorprendidos al ver cuanto progreso en la obra se ha debido a su amor, simpatía y oraciones.

En cuanto a mí mismo y a la obra que he podido hacer para Dios, reconozco que tengo contraída una deuda inmensa de gratitud para con mis amados padres a quienes honro, el poder de cuyas vidas, aunque ya han entrado en su descanso, no deja de seguirme.

Hace muchos años, probablemente cerca del año 1830, que en el corazón de mi querido padre se despertó

un gran interés en el estado espiritual de China. Sus circunstancias no le permitían tener la menor esperanza de ir allí, pero fué llevado a orar a Dios pidiendo que si Él le concediera un hijo, que se dignara llamarle y enviarle a trabajar en aquel gran Imperio, tan necesitado de la luz de Dios. Nada supe yo de este deseo, ni de esta oración hasta mi vuelta de China a Inglaterra, más de siete años después de mi primera salida. Pero me fué sumamente interesante saber que mi padre había orado antes que yo naciera sobre este asunto, y ver la respuesta a su oración en mi propia persona.

Muchas ocasiones tuve en los primeros años de mi vida de aprender el valor de la oración y de la Palabra de Dios; porque el gozo de mis padres fué el de enseñarme que el confiar en Dios y obedecerle, entregándome a su servicio, era el camino mejor y más prudente que podía escoger. A pesar de estos buenos preceptos y ejemplos que mis padres me dieron, mi corazón quedó sin cambio. Muchas veces probé hacerme cristiano, y no pudiendo, como era natural, empecé a pensar que por alguna razón que yo ignoraba, no había salvación para mí; y por consiguiente lo mejor que podía hacer era gozar de este mundo tanto como me fuese posible, visto que no me quedaba esperanza alguna en cuanto al otro.

En este estado de ánimo llegué a tener relaciones con libre-pensadores y acepté sus enseñanzas, porque por ellas me parecía hallar una puerta de escape del juicio eterno, suerte reservada para los incrédulos, si la Biblia era verdad. Parecerá extraño, pero muchas veces me ha sido causa de acción de gracias a Dios el haber pasado por estas experiencias del libre-pensamiento. Las inconsecuencias de los que se llaman cristianos, que profesan creer las sagradas Escrituras, y sin embargo viven como si no las creyesen, habían sido

los argumentos más fuertes para mí, de parte de mis compañeros incrédulos; y a menudo pensaba yo que si alguna vez llegase a creer la Biblia, procuraría gobernar mi vida por ella, poniéndola a prueba, y si descubriese falta de verdad en ella, o que no era de fiar, entonces la rechazaría del todo.

Tales eran mis pensamientos cuando plugo a Dios salvar mi alma; y creo poder decir que desde entonces he puesto la Palabra de Dios a prueba; pudiendo ciertamente decir que nunca me ha faltado; nunca he tenido ocasión de arrepentirme de haber puesto mi confianza en sus promesas, ni de deplorar el haber seguido sus instrucciones.

Permitidme que os diga cómo Dios dió respuesta a las oraciones que mi querida madre y mi amada hermana hicieron por mi conversión. En cierto día, que nunca podré olvidar, cuando tenía unos quince años de edad, estando ausente de casa mi querida madre a una distancia de unos 120 kilómetros, y estando yo de vacaciones, dí una ojeada por la biblioteca de mi padre para hallar algún libro con que poder entretenerme. Como de los libros allí existentes ninguno me llamase la atención, miré en un cestito de folletos, y recogí de entre ellos un tratado evangélico, diciéndome a mí mismo: Aquí habrá para empezar una historia interesante, y un sermón o moraleja al final. Leeré la historia, y dejaré la moraleja a los que les guste.

Me senté a leer aquel librito en un estado de ánimo del todo indiferente, y para decir verdad, creyendo entonces que si hubiese tal cosa como la salvación del alma, no sería ésta para mí, y con la determinación de no continuar la lectura cuando llegase al sermón.

Poco sabía yo en aquel momento lo que pasaba en el corazón de mi querida madre, estando como he dicho a una distancia de unos 120 kilómetros. Aquella misma tarde se levantó de la mesa después de comer, con un

deseo intenso de la conversión de su hijo, y teniendo menos en que ocuparse que de costumbre, sintió que la ocasión era propicia para rogar a Dios en mi favor. Con este pensamiento se fué a su cuarto, y habiéndose encerrado en él, resolvió no dejar el cuarto hasta que sus peticiones fuesen concedidas. Hora tras hora pasaba, y aquella querida madre seguía suplicando a Dios por mí, hasta que no pudiendo orar más, sus oraciones se trocaron en alabanzas, porque el Espíritu de Dios le aseguraba ser una verdad ya la conversión de su único hijo varón.

Entretanto que esto pasaba con mi madre, yo había sido llevado del modo ya descrito a leer un tratado evangélico, y mientras que lo leía, una frase me llamó la atención, y fué ésta: La obra consumada de Cristo. En seguida me pregunté a mí mismo: Y ¿por qué ha empleado el autor esta expresión: La obra consumada de Cristo? ¿Por qué no decir: La obra propiciatoria de Cristo, o algo por el estilo? Y mientras estaba buscando una respuesta a mí mismo, me vinieron a la memoria las palabras: «¡Consumado es!» y con esto entré en un raciocinio conmigo mismo. ¿Qué ha sido consumado? Una plena y perfecta expiación del pecado ha sido hecha, la deuda del pecado fué pagada por el Sustituto; Cristo murió por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo. Y siendo esto así que toda la obra es consumada, toda la deuda pagada ¿qué es lo que queda que yo haya de hacer? Con esto vino la convicción gozosa a mi alma como un rayo de luz enviado por el Espíritu de Dios; vi que nada quedaba que yo hiciese sino arrodillarme delante de Dios, aceptando a este Salvador y su salud gratuita, y alabarle eternamente. Mientras mi querida madre estaba alabando a Dios en su cuarto, yo le alababa en un almacén, a donde me había retirado para leer sin distracciones el librito.

Pasaron algunos días antes de determinarme a comunicar a mi hermana la noticia de mi recién hallado gozo; al fin lo hice, haciéndole prometer antes, que no descubriría el secreto a nadie. Mi querida madre volvió a casa quince días después, y yo fuí el primero en salir a la puerta para recibirla y decirle que tenía buenas nuevas que comunicarle. Me parece sentir todavía el abrazo de aquella querida madre, quien, apretándome a su pecho me contestó: «Ya lo sé, hijo mío; estos últimos quince días he estado alegrándome por la buena noticia que tú tienes que darme.» ¿Cómo? le pregunté yo, ¿ha faltado Amelia a su palabra? Me prometió que no diría nada a nadie. Mi querida madre me aseguró que nadie le había comunicado ésto, y me contó el incidente ya relatado. Cualquiera estaría de acuerdo conmigo en considerar cosa extraña, si después de ésto, no creyese yo en el poder de la oración.

Pero no fué ésto todo. Poco tiempo después recogí un librito de Notas, igual al que yo tenía, y creyendo que era mío, lo abrí. Era de mi hermana, y las primeras palabras que leí eran referentes a un propósito que ella había hecho de darse a la oración pidiendo a Dios la conversión de su hermano, hasta que se efectuase. Exactamente un mes después de haber estado ella orando por este asunto plugo a Dios convertirme de las tinieblas a la luz. Convertido en tales circunstancias nada tiene de extraño que yo desde el principio de mi vida cristiana sintiese que las promesas de Dios son verdaderas, y que el orar a Dios, sea en favor de nosotros mismos, o de otros, es entrar en tratos con Dios, cosa que siempre ha buscado El con el hombre.

CAPÍTULO II

El llamamiento al servicio

Pocos meses después de mi conversión a Dios, una tarde, no teniendo nada que hacer, me retiré a mi cuarto para pasar el tiempo en comunión con Dios. ¡Cómo me acuerdo de aquella ocasión! En la alegría de mi corazón derramé mi alma delante del Señor, confesándole mi agradecimiento por todo lo que me había hecho, pues me había salvado cuando no tenía esperanza alguna de salvación, ni deseo de ella, y le supliqué que me diese algo que hacer por Él, no me importaba lo que fuese, con tal que le agradase a El. Bien me acuerdo como me consagré al Señor, poniendo mi vida y mi todo a su servicio, sin reserva alguna; y como un sentimiento solemne pasó sobre mi alma que me dejó convencido de que mi consagración fué aceptada. Sentía la realidad y gozo de la presencia de Dios; y aunque no tenía entonces más que dieciseis años de edad, me acuerdo como me quedé mudo, postrado en el suelo, delante de mi Dios, lleno de un gozo inefable.

Para qué servicio fuí aceptado no lo sabía yo, pero una profunda convicción se apoderó de mí, de que ya no me pertenecía a mí mismo, que jamás ha sido borrada. Dos o tres años después se me hicieron algunas proposiciones muy favorables, en cuanto a mi carrera como médico, bajo ciertas condiciones. Pero sentía que no podía atreverme a aceptar compromiso alguno. No era yo ya dueño de mí mismo para comprometerme en cualquier cosa. No sabía cuando ni cómo

dispondría de mí Aquél a quien pertenecía, y por lo tanto sentía que debía guardarme libre para cuando El me llamara.

Poco tiempo después de esta consagración, tuve una impresión de que mi vida sería dedicada al servicio del Señor en China. Contaba que podía costarme la vida, porque en aquel tiempo no había libertad en China como ahora.

Mis amados padres no me alentaron, ni tampoco pusieron estorbos en mi camino; pero me aconsejaron que emplease todos los medios que tenía a mi disposición para desarrollar mis facultades, tanto las corporales e intelectuales, como las del corazón y alma, y que esperase en Dios en oración, y si Él me demostraba que yo me había equivocado, contentarme con lo que Él me ordenare. Muchas veces he tenido ocasión de probar la importancia de este consejo.

Empecé a hacer más ejercicio al aire libre para desarrollar mis fuerzas físicas. Me deshice de un colchón de pluma y de otras cositas de lujo, con el fin de acostumbrarme a una vida de mayores privaciones. También empecé a trabajar en la obra del Señor como podía, repartiendo tratados, enseñando en una escuela dominical, y visitando a los enfermos en sus casas.

Más adelante fuí a la ciudad de Hull para estudiar medicina y cirugía, donde acepté el puesto de practicante a las órdenes de un médico-cirujano. Allí, teniendo el propósito de acostumbrarme a sufrir trabajos y a practicar economías con el fin de ayudar a los muchos pobres entre quienes tenía que trabajar, hallé que podía vivir mucho más barato de lo que creía. Mi alimento se componía principalmente de harina de avena y de arroz, con alguna variación de vez en cuando. De este modo vi que una tercera parte de mi salario bastaba para mi sostén, quedándome lo demás para dar a los necesitados, como la ocasión se presen-

tase; y mi experiencia fué, que en este camino hallé una alegría que siempre me iba en aumento. Dios era mi Dios, y mi servicio cada día era una delicia verdadera.

CAPÍTULO III

Preparación para servicio

Cuando pensé ir a China sin ninguna ayuda humana, y una vez allí, depender tan sólo de Dios para protección, dinero y auxilio de toda clase, me pareció que era cosa seria, y sentía como si necesitase más fuerza espiritual. Ya sabía que si mi fe no faltara, Dios no faltaría: pero si llegase el caso de faltarme la fe, ¿qué entonces? Aun no había aprendido que en este caso Dios «permanece fiel, no se puede negar a sí mismo» (2.ª Tim. 2. 13). Dije para mí: Cuando llegue allí no podré pedir nada a nadie sino a Dios, y he de aprender, antes de salir de mi país, cómo mover al hombre por medio de Dios, y ésto por la oración solamente.

El buen médico en cuya ayuda yo estaba, como tenía tanto que hacer, quería que le recordase cuándo se cumplía la fecha en que debía pagarme el salario. Yo determiné no hacerlo directamente, sino pedir a Dios que Él lo trajese a su memoria para que tuviese yo experiencia de cómo Dios oye la oración de sus hijos. El día en que yo debía cobrar mi sueldo trimestral se acercaba, y por lo tanto presenté el asunto a Dios en oración repetidas veces. Pasaron los días y el médico no se acordó de pagarme, y arreglando yo mis cuentas de la semana un sábado por la noche, vi que solamente me quedaba una moneda de medio duro.

Hasta entonces nada me había faltado, y continué en oración. El día siguiente, siendo domingo, era para

mí un día feliz. Asistí al culto de la mañana, y la tarde y noche las ocupé, según mi costumbre, evangelizando en varias posadas, en los barrios más bajos de la ciudad. Me parecía estar en el cielo, tanto era mi gozo. Concluí mis visitas a las diez de la noche, y a aquella hora un hombre me pidió que fuese con él a orar por su mujer, la cual se estaba muriendo. Accedí a su petición, y yendo a su casa le pregunté por qué no había llamado al cura; pues su acento me dió a entender que era irlandés, y por lo tanto le creí católico-romano. Me dijo que ya lo había hecho; pero que el cura no quiso ir sin que le pagase seis reales, cantidad que el pobre no tenía, pues estaba en la mayor miseria.

Al momento me vino a la memoria que todo el dinero que yo poseía era una sola moneda de medio duro. Verdad era que una sopa de harina me esperaba en casa para cenar, y que aun me quedaría bastante para el almuerzo; pero si entregaba la moneda de medio duro nada me quedaría para la comida. Reflexionando en esto, el gozo de mi corazón se suspendió de repente, y en vez de reprenderme a mí mismo, empecé a reprender al pobre hombre, diciéndole que debía haber acudido a la Junta de socorros, y no haber dejado correr las cosas a tal extremo. Me contestó que había ido, y se le dijo que volviese por la mañana, pero que él temía que su mujer se le muriese antes.

¡Ay! pensaba yo, si tuviese cambio de este medio duro, de buena gana daría una peseta a esta desgraciada familia. No me vino a las mientes la idea de darle el medio duro, ni sabía entender que la razón que tenía para no hacerlo era, que con una peseta y media en mi bolsillo, podía confiar en Dios, pero que no estaba dispuesto a confiar en El sin nada.

El buen hombre me llevó a un patio donde yo había estado antes repartiendo tratados, y por cierto los vecinos me habían recibido malamente, avisándome que

no me dejase ver más por allí. El recuerdo de esto no me animó nada; sin embargo estaba en el cumplimiento de un deber y seguí. Subimos una miserable escalera, y entonces entramos en un cuarto, y ¡qué cuadro de desgracia se me presentó a la vista! Cuatro o cinco criaturas demacradas, con los ojos hundidos, señales inequívocas del hambre que poco a poco les consumía; y yaciendo en una camilla estaba la madre con una criatura de treinta y seis horas de edad a su lado, casi exánime, que de vez en cuando daba un quejido lastimero. Ante este espectáculo desgarrador pensaba yo, si tuviera cambio de mi medio duro, con cuanta satisfacción les daría dos pesetas. Aun mi incredulidad me impedía darles todo lo que tenía.

Poco podía yo decir para consolar a esta desgraciada familia, porque yo mismo sentía que se me acababa el gozo: sin embargo empecé a decirles que no debían desanimarse, porque hay un Padre en los cielos que mira sobre nosotros. Al mismo tiempo algo dentro de mí me decía: ¡Hipócrita! tú hablas a estos pobres que no son convertidos, de un Padre celestial, y tienes medio duro en el bolsillo que no sueltas porque no puedes confiar en Dios sin medio duro.

Esto me ahogaba, no podía hablar, y pensé que orando hallaría alivio; porque la oración era la vida de mi alma. Así dije al hombre: V. me pidió venir a orar por su mujer, pues oremos, y me arrodillé; pero apenas hube empezado, cuando de nuevo mi conciencia me estorbó, recordándome el medio duro. El conflicto era el mayor que he experimentado en toda mi vida; y no sé como pude concluir la oración. Me levanté en grande agonía de alma.

En seguida el pobre padre se volvió a mí, y dijo: «V. señor, ve la terrible miseria en que estamos; si puede aliviarnos, por amor de Dios, hágalo V.» De repente me vino a la memoria el versículo: «Al que te pidiere,

dale,» y sentía en mí un poder que lo acompañaba. No hubo remedio, saqué el medio duro, y lo puse en la mano del angustiado esposo y padre, diciéndole que podría pensar que esto era poco para uno que iba bien vestido como yo; pero que supiese que al darle aquella cantidad le daba todo lo que tenía, y que era una verdad que Dios es un Padre en quien uno puede confiar. Ésto volvió la tranquilidad a mi alma, y hallé palabras para hablar al hombre con toda libertad.

¡Qué bien me acuerdo de aquella noche! Volví a casa con mi corazón tan ligero como mi bolsillo, y en las calles resonó un himno que canté. Comí mi sopa de harina antes de retirarme a descansar, y no la habría cambiado por la cena más suculenta de un príncipe. Luego, arrodillándome al lado de mi cama, pedí al Señor que no me dejase mucho tiempo sin dinero, de lo contrario no tendría nada que comer el día siguiente. Con mucha paz me acosté y dormí. A la mañana siguiente para almorzar tenía lo que me sobró de la noche anterior, y antes de concluirlo, oí que llamaba el cartero. No solía yo recibir cartas los lunes, porque mis padres y casi todos mis amigos no acostumbraban enviar cartas los domingos; así cuando el ama de la casa me presentó un paquete que trajo el cartero, me quedé algo sorprendido.

Examiné el sobrescrito, y no conocí el carácter de la letra, y el timbre del correo estaba tan borroso que no podía leerlo. Así no podía adivinar de donde había venido. Abrí el sobre, y dentro no había escritura alguna, sino envuelto en una hoja de papel un par de guantes de piel, y al desdoblarlos cayó en tierra una moneda de oro de media libra esterlina (dos duros y medio). ¡Alabado sea el Señor! exclamé, ¡Si los comerciantes de Hull pudiesen prestar dinero a tan crecido interés!

Desde entonces determiné que todos mis ahorros los

pondría en este Banco que nunca puede declararse en quiebra; y desde la hora en que hice aquella determinación hasta ahora no he tenido ocasión de arrepentirme de ello.

CAPÍTULO IV

Más respuestas a la oración

El modo como Dios me libró del apuro de que he hablado, además de llenarme de gozo, fué una ayuda a mi fe. Cierto es que la cantidad de dos duros y medio, aunque empleada con la mayor economía, no podía suplir mis necesidades por mucho tiempo, y por consiguiente me fué preciso continuar en oración a fin de que se me pagase el salario que se me debía. Parecía, sin embargo, que la respuesta no venía, y antes de que pasara otra quincena me hallé casi tan apurado como en el domingo a que me he referido. No era la falta del dinero lo que me dió tanto que pensar; porque ésto podría tenerlo cualquier día, con solo pedirlo; pero la cuestión que me preocupaba era ésta: ¿Podré yo ir a China? o ¿será mi falta de fe tan grande, y mi falta de poder para con Dios tanta, que lleguen a ser un obstáculo que me impidan entrar en este servicio tan deseado?

Se acercaba el último día de la semana, y no solamente tenía que considerar mis propias necesidades, sino las del ama de la casa, a quien debía pagar el sábado por la noche; y bien sabía yo que el dinero le haría falta a ella; por lo tanto, ¿no debía yo pedir al médico que me pagase mi salario por causa del ama de la casa? pero hacer ésto era para mí admitir que yo no debía emprender la obra misionera en que tenía puesto mi corazón.

El jueves y viernes de la misma semana di tanto tiempo como mis obligaciones me permitían a la oración fervorosa a Dios. Llegó el sábado sin el menor cambio en mis apuradas circunstancias, y entonces empecé a clamar a Dios que me enseñase lo que debía hacer; o pedir al principal que me pagase, o esperar aún el tiempo destinado por mi Padre celestial. Por todo lo que yo podía juzgar, me convencí de que debía esperar en Dios, y que Él intervendría de una manera u otra. Así esperé, y la carga que tenía sobre mi corazón se me quitó.

Cerca de las cinco de la tarde de aquel día, mi principal, que era cristiano verdadero, habiendo concluído sus obligaciones del día, se puso a hablar conmigo de las cosas de Dios. En aquel momento estaba yo ocupado en la decocción de unas substancias medicinales, que requería toda mi atención, cuando el médico, cambiando de conversación, sin razón aparente, me dijo: Ahora que me acuerdo, ¿no ha caído el día en que debo pagarle? Me quedé fuertemente emocionado, y después de un momento de silencio, con mis ojos fijos en la decocción, le contesté que ya había pasado la fecha. ¡Cuán agradecido me quedé en aquel momento al ver que Dios había oído mi oración, recordando al médico lo de mi salario, sin ninguna palabra de parte mía! Pero la contestación que recibí fué la siguiente: ¡Cuánto lo siento! V. debía haberme recordado esto, sabiendo cuantas son mis ocupaciones; precisamente esta tarde envié al banco todo el dinero que tenía, y ahora no puedo pagarle.

Imposible es explicar la emoción que estas palabras me produjeron; y suerte que la decocción empezó en aquel momento a hervir, así tuve que salir del cuarto, y el buen médico no descubrió cuan profundamente me habían afectado sus palabras.

Tan pronto como pude, fuí a mi cuartito, y allí de-

rramé mi corazón delante del Señor. Creí que Dios no me podía faltar. Había buscado su ayuda, y Él me había dado el convencimiento de que su voluntad era que esperase en Él.

Pasé la tarde del sábado, según mi costumbre, en la lectura de la Palabra de Dios, preparándome para lo que tendría que hacer el día siguiente en las posadas que pensaba visitar. Creo que me detuve en esta ocupación más del tiempo acostumbrado; y cuando eran cerca de las 10 de la noche, me puse el sobretodo y me dispuse para marcharme a casa algo confiado, porque a aquella hora no vería al ama de la casa. Yo veía que no podía pagarla aquella noche, pero esperaba que el Señor me ayudaría a hacerlo el lunes.

En aquel momento oí los pasos del médico que entraba por el jardín. Venía riéndose como si algo agradable le entretuviese. Entró en el despacho, y me pidió el libro mayor, diciendo: ¡Qué cosa más extraña! uno de mis más ricos clientes, a esta hora ha enviado a pagarme su cuenta; ¡qué le parece! No me vino a las mientes por el momento que esto tuviese algo que ver conmigo; pero lo creí extraño.

El dinero fué debidamente asentado en el libro, y el médico estaba para salir, cuando de repente se volvió y me dijo: Pues tome V. Taylor estos billetes a cuenta de lo que le debo, y el resto se lo pagaré la semana entrante. Nada de mis emociones interiores descubrió el médico; volví a mi cuarto para alabar a Dios; porque por esto entendí que yo podría ir a China.

El recuerdo de este incidente, aunque trivial, me ha servido de consuelo y fortaleza cuando me he encontrado en el interior de China en circunstancias de mucha necesidad, a veces sin un céntimo.

CAPÍTULO V

Vida en Londres

No podré detenerme para dar una relación detallada de los casos en que plugo a Dios manifestar su mano en mi ayuda, lo cual muchas veces no sólo me dejaba sorprendido sino también admirado. Pronto ví que no me era posible vivir con tanta economía en Londres como en Hull; y para disminuir mis gastos todo lo posible, compartí un cuarto con un primo mío; en cuanto a la comida cada cual se arreglaba por su parte. Después de varios experimentos descubrí que el alimento más económico era pan moreno y agua.

Algunos de mis gastos no permitían disminución, pero la cuestión de mi sustento la podía yo dominar a mi voluntad. Un pan moreno de veinte céntimos me bastaba para el almuerzo y la cena, y con algunas manzanas entre estas dos comidas pude pasar, aunque tenía que andar unos 15 kilómetros cada día entre ida y vuelta, para asistir al hospital y a la escuela médica.

Una noche durante aquel tiempo, cosiendo algunas hojas de papel en que quería tomar notas de las explicaciones de los catedráticos, me puncé en el dedo índice de la mano derecha con la aguja, de lo cual no hice caso. El día siguiente, en el hospital, estaba ocupado en la disección del cadáver de uno que había muerto de una fiebre maligna, lo que hacía que el trabajo fuese desagradable y peligroso en extremo. Todos los que nos ocupábamos en la disección tomábamos mucha precaución, sabiendo que el menor rasguño nos podía causar la muerte. Antes del mediodía empecé a expe-

rimentar un gran cansancio, y más tarde tuve vómitos, cosa rara en mí, porque comía poco, y nada que pudiese producir náuseas. Por la tarde los estudiantes asistimos a una explicación sobre cirugía, y antes de concluirse apenas podía yo tener el lápiz en la mano para tomar más notas.

Tanto era el dolor que sentía y tanta la hinchazón del brazo y costado derecho, que no pude continuar. Así volví al salón de anatomía, arreglé la parte del cadáver en que había estado ocupado, puse mis instrumentos en mi estuche y dije al director, que era un eminente cirujano, que no sabía lo que me pasaba, y le expliqué los síntomas que tenía. En seguida me contestó: «Pues lo que le pasa es que V. se ha cortado mientras disecaba, y V. sabía que era un cadáver de fiebre maligna.» Le aseguré que había trabajado con el mayor cuidado, y que estaba cierto que ni un rasguño me había hecho. «Pero por fuerza,» continuó él, «si V. no se ha cortado ahora, debía haber tenido algo semejante antes.» Entonces me acordé como me había punzado el dedo la noche anterior, y pregunté al catedrático si era posible que la punzada de una aguja quedase aun abierta. Su opinión fué que aquello era la causa del mal, y me aconsejó tomar un coche, ir a casa a toda prisa, y arreglar mis asuntos luego; «porque,» decía él, «V. es hombre muerto».

Un pensamiento triste me vino en seguida a la mente; consideraba que ya no iría a China, pero luego pensé: Si no me equivoco mucho, tengo una obra que hacer en China, y por consiguiente no moriré ahora. Tomé la ocasión para hablar al catedrático, que era un librepensador acérrimo, sobre mi esperanza eterna y el gozo que tenía; si muriese, sería partir para estar con mi Salvador y Maestro; al mismo tiempo le dije que creía que tenía una obra que hacer en China, y si no me equivocaba, por fuerte que fuese la lucha, no moriría.

«Todo esto», contestó él, «es muy bueno, pero tome V. un coche y vaya a casa sin pérdida de tiempo, de otro modo no podrá arreglar sus asuntos».

La idea de tomar un coche me hizo sonreir, porque el dinero que tenía no me permitía emplear tal medio para llegar a casa. Así me puse en camino para ir a pié si fuese posible. Pronto ví, sin embargo, que esto era imposible, así subí en un ómnibus, que me dejaba cerca de casa. Al entrar pedí agua caliente, me bañe la cabeza, y abrí el dedo, con intento de dejar salir algo de la sangre envenenada. El dolor era muy fuerte y por algún tiempo perdí el conocimiento. Tenía un tío que vivía cerca, el cual me visitó, y mandó un médico suyo a asistirme, quien, enterándose de todo el caso me dijo: «Posible es que V. salga de ésto, si es que su manera de vivir ha sido muy moderada; pero si V. se ha dado a bebidas alcohólicas y comidas fuertes, no hay la menor sombra de esperanza.» Bien sabía yo que si mi salud dependía de una vida moderada, nadie podía tener mejor esperanza que yo mismo; porque por algún tiempo mi alimento consistía casi exclusivamente en pan y agua. Le expliqué mi modo de vivir al médico, diciéndole que creía que un alimento escaso me ayudaba en mis estudios. Me ordenó una botella de vino de Oporto cada día, y tantas chuletas como pudiese comer, siendo de toda importancia sostener mis fuerzas. Yo no tenía medios para sostener los gastos que originaba este tratamiento, mas esta dificultad fué vencida por mi buen tío, quien se brindó a pagar todos los gastos.

Pasaron muchos días y noches de sufrimiento, pero después de algunas semanas pude salir de mi cuarto, y entonces supe que otros dos médicos, no del mismo hospital, que se habían cortado, disecando, al mismo tiempo que yo, sucumbieron; mientras que yo recobraba la salud en respuesta a la oración para trabajar en el servicio de mi Dios en China.

CAPÍTULO VI

Convaleciente por la fe

Un día cuando el médico vino a visitarme, a sorpresa suya, me halló fuera de mi dormitorio y echado en un sofá. Me mandó salir de Londres tan pronto como pudiese soportar las fatigas del viaje, para renovar mis fuerzas con el aire y vida del campo; porque si empezaba a trabajar demasiado pronto, las consecuencias me podrían ser fatales. Apenas salió el médico, estando como estaba con mis fuerzas agotadas, en el mismo sofá echado, expuse al Señor en oración todas mis circunstancias, las cuales no daba a conocer a nadie para que mi fe fuese aumentada por medio de las respuestas que Él me daba.

Largo sería contar como el Señor, no sólo me renovó las fuerzas de un modo sorprendente, sino que me proveyó de dinero también para que pudiese emprender el viaje a casa de mis padres. El día siguiente, hallándome bastante mejor, fuí a casa del médico, porque habiendo recibido dinero, creía que era mi deber ofrecer pagarle sus honorarios, por más que mi tío había dicho que él cuidaría de esto. El buen médico rehusó aceptar nada por toda su asistencia, pero como me había dado quinina me permitió pagar lo que esta medicina importaba, que era dos duros. Se lo pagué, y entonces ví que me quedaba justamente lo necesario para hacer el viaje a casa, cosa que me hizo ver de un modo maravilloso la interposición de Dios en mi favor.

Sabía yo que el médico era muy escéptico, y le dije que deseaba hablarle con toda franqueza si pudiese hacerlo sin ofenderle; pues, entendiendo que por medio de su buen cuidado Dios había conservado mi vida, deseaba para él las mismas bendiciones de Dios de que yo era participante. Le hablé de mi propósito de ir a China, y la razón porque estaba en Londres. Le expliqué como Dios había intervenido en mi favor de un modo tan providencial, haciendo posible mi viaje, cuando el día anterior no disponía de medio alguno para poder efectuarlo.

Mi buen amigo se quedó profundamente afectado, y me dijo con lágrimas en los ojos que él daría todo el mundo por tener una fe como la mía. Yo continué, diciéndole con gran gozo, que podía tenerla sin dinero y sin precio. Nunca volví a verle, pero supe más tarde que fué atacado de parálisis, se fué a vivir al campo, y allí murió. No pude saber nada del estado de su alma, pero siempre me ha sido una satisfacción el haber tenido la ocasión de hablarle de las cosas de Dios y del alma. Mi esperanza es que el Señor Jesús le habló por mí, y que le veré de nuevo en la tierra de promisión. Gozo grande será para mí el recibir de él la bienvenida allá, cuando yo haya acabado mi carrera aquí abajo.

Un día después de esto me hallé en casa de mis padres. Mi gozo en el Señor al considerar como me había librado y ayudado era tan grande, que no podía guardarlo en secreto, y antes de volver a Londres ya sabía mi amada madre toda mi manera de vivir en lo pasado. No hay que decir que en adelante no me fué permitido vivir con tanta economía como antes; ni tampoco podía. El Señor proveyó para todo.

CAPÍTULO VII

Poderoso para salvar

Al volver a Londres empecé de nuevo mis estudios médicos y la vida activa en el hospital y sala de clí-

nica. Los domingos los pasaba en la agradable compañía de amigos cristianos. Ocasiones para servir al Señor en el Evangelio nunca faltan, por lo tanto yo siempre tenía algo que hacer en este servicio. Relataré solamente un caso que me alentó mucho en buscar la conversión de los que parecen casos desesperados.

Poco antes de embarcarme para China, en el cumplimiento de mis obligaciones médicas, tuve que asistir a un hombre que tenía un pie gangrenado. El enfermo no sabía la gravedad de su caso, pero sabiendo yo que sus días aquí eran pocos, me dió mucho cuidado el estado de su alma. La familia con quien vivía el enfermo era cristiana, y por ellos supe que éste era un ateo confirmado y adversario de todas las religiones. Del modo más insolente había despachado de su cuarto a dos personas que se habían atrevido a hablarle de las cosas de la eternidad. Era un hombre de carácter violento, y caso más desesperado no podía imaginarse.

Por dos o tres días no le dije nada de carácter religioso, aunque oraba mucho por él, y curando su pie pude aliviar sus sufrimientos algo, cosa que despertó en él una gratitud manifiesta hacia mi persona.

Un día tomando ocasión de su agradecimiento por mis servicios, le hablé de mi gozo en el Señor, y de su propia necesidad de la misericordia de Dios en Cristo. Al oír esto se volvió en la cama, dándome las espaldas; pero haciendo un esfuerzo supremo para no proferir palabra alguna que me ofendiese.

Yo cada día oraba a Dios por mi pobre enfermo, suplicando que fuese salvo antes de dejar el mundo, y siempre después de curarle la llaga le decía alguna palabra referente a las cosas espirituales, esperando la bendición del Señor. El enfermo por su parte siempre me daba las espaldas como disgustado; pero sin decir nada.

Como esto siguiese así por algún tiempo, mi corazón

empezó a desmayar. Pero un día, estando para despedirme sin decirle nada del Señor, el hombre me miró con cierto aire de sorpresa, lo cual me hizo saltar las lágrimas a los ojos, y volviendo a su cama le dije cuánto deseaba orar con él. No me dió las espaldas como antes, sino que me dijo que podía orar, si el hacerlo me era alguna satisfacción. En el acto me arrodillé y supliqué a Dios con toda mi alma en favor de mi pobre enfermo, y Dios dió la respuesta allí mismo, obrando un cambio en su corazón.

Pocos días después de ésto, aceptó a Cristo como su Salvador; y ¡cuánto gozo me dió a mí al ver a este hombre regocijándose en la esperanza de la gloria de Dios! Me dijo que por cuarenta años no había entrado en ninguna iglesia ni capilla, y que entonces entró para ser casado; para el entierro de su esposa no quiso entrar. El cambio manifiesto producido en el carácter y comportamiento de aquel hombre en medio de mucho sufrimiento, me dejó sin ninguna clase de duda respecto al estado de su alma, que había sido lavada, santificada y justificada en el Nombre de Jesu-Cristo y por el Espíritu de nuestro Dios.

Muchas veces desde entonces, en relación con este caso, he pensado en las palabras del Salmo 126: «Irá andando y llorando el que lleva la preciosa simiente: mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas.» Quizás si hubiera más de este intenso deseo entre nosotros por las almas, veríamos más resultados. A veces nos quejamos de la dureza de los corazones de las personas a quienes queremos beneficiar, cuando quizás la dureza de nuestros propios corazones, y nuestro poco entendimiento de la solemne realidad de las cosas eternas, sean la causa verdadera de que no alcancemos mayores triunfos.

CAPÍTULO VIII

Viaje a China

Por fin llegó el día en que debía embarcarme para China. Después de haber sido apartado para la obra del ministerio de la Palabra de Dios entre los chinos por las oraciones de muchos cristianos, salí de Londres para Líverpool, y el día 19 de septiembre de 1853, se celebró un culto en el camarote del buque *Dumfries*, a bordo del cual tenía mi pasaje pagado por el comité de la Sociedad que tenía por objeto la evangelización de los chinos, y bajo cuya dirección yo iba a China.

Mi amada y santa madre había venido a Líverpool a despedirse de mí. Nunca podré olvidar aquel día; entró conmigo en el pequeño camarote, que por seis meses debía ser mi hogar, se sentó a mi lado, y cantamos el último himno que debíamos cantar juntos antes de emprender mi largo viaje. Luego nos arrodillamos, y ella oró al Señor, la última oración que yo debía oír de ella antes de mi partida para China. Entonces se nos avisó que había llegado el momento de levantar anclas y de nuestra separación; teníamos, pues, que despedirnos, y ésto con pocas probabilidades de vernos otra vez en la tierra. Ella, por no afligirme a mí, suprimió en todo lo posible sus vivos sentimientos de amorosa madre, volvió a tierra dándome su bendición, y yo continué sobre cubierta de modo que nos pudiésemos ver. Cuando salimos del dique y la separación era un hecho, oí un grito de angustia exhalado por el corazón de mi afligida madre que nunca olvidaré; aquel grito me traspasó el alma, cual si fuese un cuchillo. Entonces

entendí, como nunca había entendido antes, algo de cuánto se encierra en aquella palabra: «De *tal manera* amó Dios al mundo que dió a su Hijo unigénito», etc. Y estoy cierto que mi amada madre comprendió en aquella hora más del amor de Dios hacia los pecadores que en toda su vida antes.

Al principio del viaje tuvimos un tiempo tempestuoso; y en medio de ésto nos era un consuelo grande saber que muchos estaban orando por nosotros. Por doce días éramos llevados unas veces adelante, otras atrás, por el canal de S. Jorge, sin poder salir al mar. El viento arreciaba, y los esfuerzos de la tripulación eran inútiles para impedir que nos acercásemos cada vez más a la costa; de modo que en la noche del domingo del 25 de septiembre, nos hallamos en la Bahía de Carnarvon, a un tiro de piedra de las rocas, y al punto de ser lanzados sobre ellas. En aquel momento, el capitán, que era cristiano, me dijo: «No podemos resistir media hora más, ¿qué dice V. ahora de su llamamiento para la obra del Señor en China?» Antes de ésto había tenido yo un gran conflicto, pero ya era pasado, y le dije que no deseaba estar en otra posición, y que esperaba llegar a China; pero que si otra cosa aconteciera, el Señor de todos modos diría que el estar dispuesto a obedecer su mandato, como yo lo estaba, era cosa buena.

Pocos minutos después de esto el capitán fué a mirar la brújula, y me dijo: «El viento ha variado dos puntos; podremos salir de la bahía.» Y así fué. El buque sufrió algunas averías, pero cuando estuvimos en alta mar, éstas fueron remediadas a toda satisfacción.

En aquella noche de tanto peligro vine a estar en no poca perplejidad. Como era yo joven en los caminos de Dios, me parecía a mí que no era tener fe verdadera en Dios el emplear medios. Fué el deseo de mi madre que yo me procurase un salva-vidas, y por el amor que le tenía, y cumpliendo mi obligación para con ella, lo

hice. Pero en mi alma sentía como si no pudiese confiar en Dios entretanto que tuviese el salva-vidas; por lo tanto aquella noche no podía tener descanso, cuando estábamos sin esperanza de salvarnos, hasta que lo entregué a otro. Entonces volví a tener tranquilidad; y ¡cosa extraña! entregaba el salva-vidas a otro para no confiar en él, y al mismo tiempo procuré tener a mano varias cosas flotantes juntas, para que cuando diésemos en las rocas me ayudasen a llegar a tierra, sin comprender en aquel momento lo inconsecuente de mi modo de obrar. Después comprendí la equivocación que hice, equivocación frecuente en nuestros días, cuando enseñanzas erróneas referentes a enfermedades del cuerpo y su sanidad por la fe están perturbando los ánimos de muchos, haciendo titubear su fe. El empleo de medios no debe disminuir nuestra fe en Dios, y nuestra fe en Dios no debe estorbarnos en el uso de cualesquiera remedios que Él haya puesto a nuestro alcance para el cumplimiento de sus propósitos.

Por años después de ésto, siempre he llevado conmigo en mis viajes por mar un salva-vidas, y nunca me causa intranquilidad alguna; porque después que hubo pasado la tempestad a que me he referido, Dios me hizo ver mi equivocación por medio de una meditación detenida, con oración, de las sagradas Escrituras. En casos difíciles de medicina y de cirugía que he tenido, nunca he dejado de rogar a Dios que me guiase y bendijese en el empleo de los medios más a propósito; ni tampoco he dejado de darle gracias por las respuestas dadas. Para mí, el descuidar de los medios que Dios pone a nuestro alcance para los fines deseados, sería cosa tan presuntuosa y culpable como el dejar de tomar nuestro alimento diario, bajo la suposición de que la vida y salud podrían sostenerse por la oración solamente.

El viaje era muy trabajoso. Perdimos un tiempo precioso en el ecuador por la mucha calma que había. Una brisa se despertaba al ponerse el sol, que duraba hasta la madrugada. De ésta nos aprovechábamos pero durante el día nos quedábamos parados con las velas batientes, por falta de viento, y a veces perdíamos tanto de día como habíamos ganado de noche. Así nos pasó cuando llegamos a un paraje peligroso, 30 millas del norte de Nueva Guinea. Era un domingo, y durante el culto de la mañana que celebramos sobre cubierta, noté que el capitán parecía tener cierta ansiedad, y a menudo iba a mirar por el lado del buque. Concluído el culto supe la razón; una corriente nos llevaba hacia ciertos arrecifes que había por allí, y según calculaban no pasaríamos la tarde sin vernos en inminente peligro. Después de comer bajaron al bote largo, y todos trabajaron para cambiar la dirección del buque pero sin resultado. Veíamos a los naturales correr por la costa y encender fuegos en varias partes. Eran caníbales. Yo estaba al lado del capitán, quien después de algunos momentos de silencio me dijo: «Bien, hemos hecho todo lo posible, ahora solamente nos queda esperar los resultados.» De repente me vino un pensamiento, y le dije: «No, falta una cosa aún. Somos cuatro cristianos a bordo (el carpintero que era sueco, un negro que era el camarero, el capitán y yo); retírese cada uno de los cuatro a su camarote, y en oración concertada al Señor, pidámosle que nos dé en seguida un viento favorable.

El capitán estaba conforme. Yo fuí y hablé a los otros dos, y los cuatro nos retiramos a orar y a esperar en Dios. Pasado un corto tiempo en oración, sentí yo que el Señor iba a darnos la respuesta, y subí sobre cubierta. El piloto era un hombre muy incrédulo, y al pedirle que hiciese bajar los puños de la vela mayor, que habían sido recogidos para impedir un aleteo continuo e inútil, me preguntó, «¿Y a qué fin he de hacer ésto?» Le contesté que habíamos pedido a Dios que nos

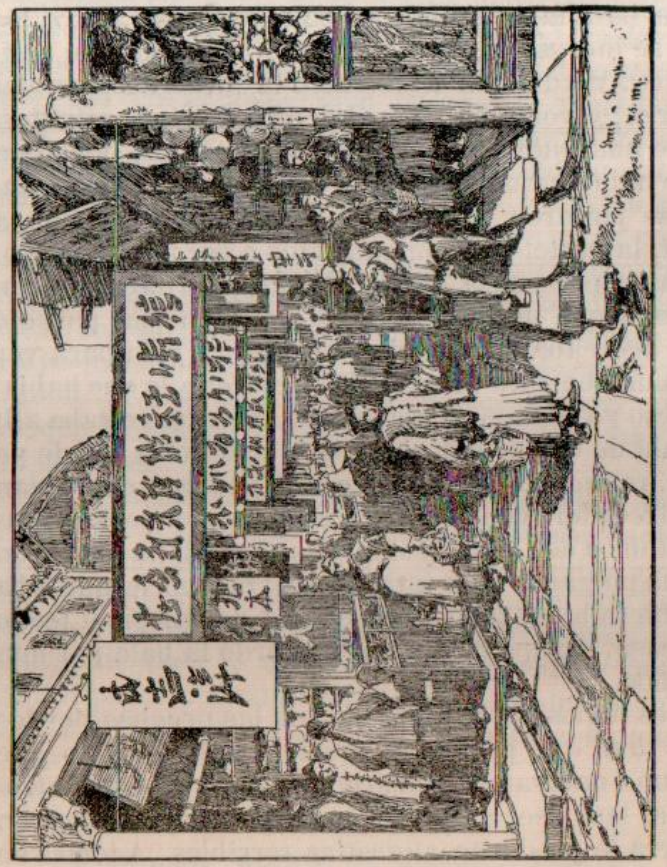
diese un viento favorable, el cual vendría en seguida, y como estábamos tan cerca de los arrecifes, no había que perder tiempo. Con una mirada de desprecio y de incredulidad me contestó que preferiría sentir el viento antes que oír hablar de él. Pero mientras hablaba, la vela empezó a temblar, y le dije: «¿No ve V. como viene?» «¡Ca, eso no es nada!» exclamó. Sin embargo, bajó la vela, y un minuto después el paso acelerado de los hombres sobre cubierta hizo subir al capitán para ver lo que pasaba. El viento había venido y a un andar de 6 ó 7 millas por hora nos alejamos de aquella costa, dejando la turba de desnudos salvajes detrás. Así me alentó Dios antes de llegar a China.

CAPÍTULO IX

Primeras experiencias misioneras

Al desembarcar en Shanghai el día 1.º de marzo de 1854, me hallé rodeado de dificultades que nunca había imaginado. Una partida de revolucionarios, conocidos con el apodo de *Los Turbantes rojos*, habían tomado posesión de la ciudad, y un ejército imperial de cuarenta a cincuenta mil hombres se hallaba acampado allí para someter a los rebeldes; ésto fué causa de muchos disgustos y peligros. Tal era el estado de cosas, que creyeron necesario hacerme ver la imposibilidad de vivir fuera de la colonia europea; pero en ella no era fácil hallar una habitación a ningún precio. Llevaba conmigo tres cartas de recomendación para otros tantos amigos, y contaba con uno de éstos en particular para que me diese consejo y ayuda. En seguida procuré hallarle, cuando se me dijo que hacía un par de meses que una fiebre había acabado con él.

Entristecido con estas noticias, fuí a buscar a un misionero a quien iba recomendado, pero otro desengaño me esperaba, él se había marchado para América. Aun me quedaba una de las cartas de recomenda-



Una calle en Shanghai.

ción, de la cual no esperaba mucho por venir de una persona que apenas me conocía. Resultó, sin embargo, ser el medio del cual Dios se sirvió para ayudarme, dándome a conocer al Dr. Lóckart con quien viví por seis

meses, al Sr. A. Wylie, y a otros que me prestaron su valiosa ayuda en el estudio del idioma.

Tiempos peligrosos eran aquellos, por causa de la guerra. Una mañana, en compañía de otro misionero, contemplaba desde el balcón de su casa como se libraba una batalla, cuando una bala pasó por entre los dos, y se incrustó en la pared. En otra ocasión un amigo del Sr. W. dejó un libro sobre la mesa después del almuerzo, y volviendo por él dentro de cinco minutos, vió que una bala se había llevado un brazo del sillón en que había estado sentado. Cuando las tropas francesas se juntaron con las del Imperio para atacar la ciudad, la posición de mi casa vino a ser muy comprometida, y por causa de los ataques que daban de noche, tenía que dormir de día. Una noche me pareció que se acercaba demasiado el peligro y subí para ver desde una abertura practicada en el techo, lo que había, y si fuese ya tiempo de escaparme. Mientras estaba allí una bala de cañón dió en el lado opuesto a donde yo estaba, rompiendo las tejas en mil pedazos que caían a mi alrededor, yendo la bala a caer en el patio. Pesaba ésta unos dos kilos, y si hubiese llevado la dirección algunas pulgadas más alta, la fuerza que le quedaba me hubiera alcanzado a mí, en vez de dar en el techo de la casa. Mi querida madre guardó la bala por muchos años.

Me es imposible dar una idea de las pruebas por las cuales tuve que pasar en aquel tiempo. En uno que tenga una naturaleza sensitiva como la mía, las atrocidades, las miserias y los horrores relacionados con la guerra le producen angustias terribles. Además de ésto, el dinero que recibía no bastaba ni por mucho a cubrir mis gastos en tales circunstancias; así es que tenía que pasar necesariamente por muy amargas experiencias. Pocos hay que puedan darse idea del efecto de tantas dificultades en uno tan joven, y tan aislado que no podía comunicar a otro sus necesidades, porque de hacerlo era pedirles que me ayudasen.

El enemigo de nuestras almas siempre está dispuesto con su constante tentación para hacernos decir: «Contra mí son todas estas cosas». Pero ¡cuán falsa es esta sugestión! El frío y aun el hambre, los desvelos, las noches de peligros, y el sentirse aislado y sin auxilio, son cosas todas bien ordenadas y dadas con amor y ternura. ¿Qué otras circunstancias más propias que éstas podrían haber hecho la Palabra de Dios más dulce, la presencia de Dios más real y su ayuda más preciosa? Eran tiempos de humillación, es verdad, pero no me dejaron avergonzado, me reanimaron en mi propósito de continuar mi camino según Dios me guiase con su promesa fiel: «No te desampararé ni te dejaré». Ahora puedo ver, mirando atrás, que el camino de Dios es perfecto, y al mismo tiempo me alegro que la senda del misionero hoy día es más fácil que entonces.

El viajar por el interior del país en aquel tiempo era contrario a los tratados hechos con otras naciones, y por consiguiente expuesto a muchos contratiempos. Sin embargo en el otoño de 1854, con el Dr. Edkins hice un viaje de una semana con toda seguridad. El se encargó de toda la conversación y predicación, porque mis pocos conocimientos del idioma no me permitían hacer más que ayudar en la distribución de libros y tratados.

CAPÍTULO X

Primeros viajes de evangelización

En la primavera de 1855 hice un viaje con el Sr. Burdon, en el que estuvimos expuestos a bastante peligro. Determinamos visitar la importante ciudad de Tung-

chau, cerca de Lang-shan o «Montañas de los lobos», la cual es célebre por los muchos peregrinos religiosos que acuden a ella.

Antes de emprender el viaje a esta gran ciudad, nos encomendamos al cuidado de nuestro Padre celestial, estando persuadidos de que Satanás no nos dejaría atacar su reino allí, cosa que íbamos a hacer, sin levantar en contra de nosotros una seria oposición; pero igualmente estábamos persuadidos de que era la voluntad de Dios que predicásemos a Cristo en dicha población, y que repartiésemos ejemplares de las sagradas Escrituras entre la gente.

Las personas que estaban a nuestro servicio hicieron cuanto pudieron para disuadirnos de entrar en la ciudad, mas estábamos resueltos a hacerlo, contando con la ayuda de Dios. Les ordenamos, sin embargo, que se quedasen en uno de los botes, diciéndoles que, en el caso de no volver nosotros, procuraran enterarse de nuestra suerte, y que fuesen luego a toda prisa a Shanghai con cualquiera noticia que hubiesen podido recoger acerca de nosotros. Dispusimos también que otro bote se quedase allí, por si acaso volviésemos nosotros después de marcharse ellos, para que no nos hallásemos detenidos por falta de bote. Pusimos nuestros libros en dos sacos, y con un criado que siempre nos acompañaba, emprendimos la marcha para la ciudad, distante unos doce kilómetros del río Yang-tse. Los caminos estaban en tan mal estado que tuvimos que emplear carretones de una rueda, el único medio de transporte en aquellas partes.

Bien pronto, nuestro criado, asustado por lo que le decían acerca de la tropa que había por allí, nos pidió permiso para volver atrás, cosa que le concedimos en el acto, no deseando comprometer a otros en lo que pudiera sobrevenirnos.

Al mismo tiempo un señor a quien encontramos nos

avisó que no continuásemos adelante, de otro modo cara nos costaría la experiencia que tendríamos de los milicianos de Tung-chau. Le dimos las gracias por su buena voluntad, pero nuestros corazones estaban para seguir adelante fuesen las que fuesen las consecuencias.

Después de ésto el hombre que llevaba el carretón no quiso continuar más, y tuve yo que buscar a otro, que afortunadamente no fué difícil hallar.

El viaje no tenía nada de agradable por la lluvia y mal estado de la carretera. Tampoco podíamos echar al olvido el peligro a que nos exponíamos, sin titubear por ésto en nuestro propósito. Nos animamos el uno al otro con las promesas de la Palabra de Dios, y de vez en cuando con la estrofa de un himno.

Nuestro camino atravesaba por medio de una pequeña población de mil habitantes; y allí prediqué el Evangelio a un buen número de personas. Nunca había experimentado tanto gozo como entonces al hablar del amor de Dios y de la expiación del pecado hecha por el Señor Jesús. Y ¡cuánta satisfacción tuve después al oír a uno de los oyentes repetir las verdades que yo proclamaba a otros que iban llegando en su propio dialecto provincial! ¡Oír a un chino, de su propia voluntad, decir a sus paisanos que Dios les amaba: que eran pecadores, pero que Jesús, el Hijo de Dios, había sufrido las consecuencias de nuestro pecado! La satisfacción de aquel momento me pagó bien por todo lo que habíamos sufrido, y pensaba que si el Señor cambiaba el corazón de aquel hombre, nuestro viaje no resultaría vano.

Repartimos algunos Nuevos Testamentos y tratados, porque la gente sabía leer, y no queríamos dejarles sin el Evangelio. Y suerte que lo hicimos, porque al llegar a Tung-chau, vimos que no podíamos llevar más que los que nos habían quedado.

Al acercarnos al ensanche occidental de la ciudad,

levantamos nuestros corazones a Dios con las palabras de oración de los primitivos cristianos: «Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y da a tus siervos que con toda confianza hablen tu Palabra».

Pasamos por la calle principal que va de la puerta occidental, sin que nadie nos molestase; pero nos llamó la atención el título que nos dieron, Heh-kwei-tsi (demonios negros), y lo extrañamos; mas después supimos que fué el vestido nuestro lo que dió lugar al mote, y no el color de nuestra piel. Pasamos por entre muchos soldados que parecían dispuestos a recibirnos bien; pero pronto tropezamos con uno alto y fuerte, hecho una fiera por exceso de bebida. Éste, en seguida nos dió a entender con quien teníamos que tratar, por su modo de coger al Sr. Burdon por los hombros. Mi compañero procuró librarse de él; pero de repente nos vimos rodeados por una docena de estos hombres brutales que a empujones nos hicieron andar a un paso espantoso. Insistimos en que nos llevasen al gobernador; pero nos contestaron que ellos sabían a donde llevarnos, y también qué hacer con gente como nosotros. Nos insultaron, nos atormentaron, y como yo no era tan alto ni tan fuerte como mi amigo, me echaron a tierra varias veces; luego me cogieron por el cabello, por el cuello, y por poco no me ahogaron. Si este trato hubiera durado mucho más, habría yo perdido el sentido.

Una o dos veces se querellaron entre sí sobre qué debían hacer de nosotros; los más humanos de ellos decían que debían llevarnos al gobernador; otros querían matarnos en el acto sin recurrir a autoridad alguna. El Señor nos guardó en perfecta paz, y cuando podíamos hablar el uno al otro, nos animábamos con el recuerdo de como los Apóstoles se gozaron «de que fuesen tenidos por dignos de padecer afrenta por el nombre de Jesús».

¡Cuán largas eran aquellas calles por las cuales nos arrastraron! Al fin llegamos a casa de un mandarín del todo rendidos. Mucha gente se reunió en seguida a nuestro alrededor, a quienes el Sr. Burdon predicó el Evangelio entre tanto que nuestros libros y papeles

Un mandarín

eran examinados por el mandarín. Después de un buen rato esta autoridad determinó enviarnos a otra superior. Al saber ésto, nos resistimos a andar un paso, y pedimos que nos llevasen en sillas de mano, cosa que alcanzamos con dificultad.

Al llegar a la residencia del magistrado, como nos hicieron pasar dos grandes puertas, creímos que nos metían en una cárcel hasta que vimos un letrero que decía *Ming chi fu mu* (el padre y madre del pueblo), entonces supimos que estábamos en casa del mandarín.

Presentamos nuestros papeles, y después de un corto tiempo fuímos conducidos a la presencia del Gran Venerable Padre Chen, quien nos trató con toda consideración llevándonos a su cuarto privado. Le expuse el objeto de nuestra visita, y pedí permiso para presentarle ejemplares de nuestros libros y tratados, los cuales aceptó con agradecimiento. Luego le expliqué en pocas palabras las doctrinas que enseñamos, y me escuchó con mucha atención. Mandó traernos un refresco, del que participó con nosotros.

Nos quedamos con él largo rato, y antes de salir pedimos permiso para ver la ciudad y repartir los libros que llevábamos, a lo que dió buenamente su consentimiento. Luego le explicamos algo del trato que habíamos recibido de manos de los soldados, sin dar importancia a ello, atribuyéndolo a la ignorancia de ellos. Dió órdenes para que fuesen hombres delante de nosotros a la carrera, para abrirnos paso y ver que nadie nos molestase. El mismo nos acompañó hasta la puerta de su residencia, despidiéndonos con todo respeto. Distribuímos los tratados pronto y bien, y salimos de la ciudad como si fuésemos personas de importancia. Nos causó risa ver como los hombres que nos abrían el paso, empleaban las trenzas de sus cabellos como látigos para separar la gente.

Volvimos al río acompañados hasta la mitad del camino por un asistente del mandarín, y hallamos nuestros botes donde los habíamos dejado, y dimos gracias a nuestro Padre celestial por su buena protección y ayuda.

CAPÍTULO XI

Más viajes de evangelización

En febrero de 1855, después que las tropas imperiales recobraron a Shanghai, pude alquilar una casa dentro de los muros de la ciudad, y así tuve la ocasión de vivir en medio de la vasta población que habitaba las ruinas causadas por la guerra.

Siguiendo la sugestión del Dr. Médhurst, veterano de la Misión de Londres, me vestí a la usanza de los chinos, para facilitar mis viajes y residencia en las partes interiores del país. Pronto empecé a tocar las ventajas que me reportaba la adopción de la vestimenta de los chinos. Desde entonces hasta ahora yo y casi todos los que han trabajado conmigo nos hemos vestido según la costumbre del país.

En el otoño de 1855, en la providencia de Dios, fuí llevado a asociarme con el Sr. Burns, un amado y honrado siervo de Dios. Viajamos juntos, evangelizando ciudades y villas en el sur de Kiang-su, y en el norte de Chehkiang. Vivíamos en nuestros botes, y seguimos el curso de los canales y ríos que, cual una red, se extienden por todo aquel fértil país. El Sr. Burns se vestía a la europea; mas pronto vió que aunque yo era más joven, y con menos experiencia que él, los oyentes serios venían a mí, mientras que los muchachos groseros y los indiferentes le seguían a él; que yo a menudo era convidado de la gente para que fuese a sus casas, y se excusaban de convidarle a él por miedo de la turba de curiosos que le seguirían. Pasadas algunas semanas así, él también adoptó el vestido de los chinos, y disfrutó las ventajas correspondientes.

Los meses que pasé con él fueron para mí meses de gran gozo y mucha bendición. Su amor a la Palabra de Dios era profundo y sincero, y su vida santa y constante comunión con Dios me atraían a él con un verdadero afecto de alma.

También me beneficiaron sus pensamientos referentes a la evangelización del mundo, la gran obra de la Iglesia, y al desuso en que había caído la orden de evangelistas que se halla en las sagradas Escrituras, y que se debe volver a levantar; todo ésto caía en mi corazón como buena semilla que rindió abundante cosecha más adelante en la organización de la Misión Interior de China.

En cuanto a las cosas exteriores, no las hallábamos siempre a nuestro gusto. Teníamos la costumbre de salir de nuestros botes a las nueve de la mañana, después de orar juntos pidiendo la bendición de Dios. Llevábamos en la mano un banquillo de bambú, y escogiendo un punto que creíamos a propósito, uno se ponía de pie sobre el banquillo y hablaba por unos veinte minutos a la gente que se reunía acerca de las verdades espirituales, mientras el otro estaba a su lado con el corazón ocupado en oración a Dios implorando su bendición. Luego nos relevábamos, y así el uno descansaba mientras el otro hablaba. Al medio día volvíamos a nuestros botes a comer, y después de un rato, que empleábamos en meditación y oración, salíamos por la tarde para continuar la misma obra. Por las noches solíamos visitar las tiendas donde se reunía la gente para tomar té, y allí trabábamos conversación con los que concurrían. Al mismo tiempo distribuíamos muchos ejemplares de la Palabra de Dios, y varios otros libros, entre las personas que parecían tomar interés en ellos.

En el curso de nuestros viajes de evangelización, llegamos a Wu-chen (Villa Negra), donde hay un

mercado importante, y cuyos habitantes son conocidos, según se nos dijo, como el pueblo más desenfrenado de toda la comarca; y en efecto, así los hallamos. La villa era una especie de refugio para contrabandistas y toda clase de gente perdida.

Las siguientes notas, escritas al tiempo de los hechos referidos, son entresacados de mi diario.

8 de enero de 1856.—Comenzamos nuestra obra en Wu-chen esta mañana con la distribución de un buen número de tratados y Nuevos Testamentos. La gente quedaba admirada; parecía como si nunca hubieran visto a un extranjero antes. Predicamos dos veces, primero en el templo del dios de la guerra, y luego en un espacio donde había las ruinas de unas casas destruídas por un incendio. Por la tarde volvimos a predicar en el mismo sitio a una numerosa y atenta concurrencia. Por la noche fuimos a una tienda de té, donde conversamos con muchas personas; mas luego, enterada la gente de afuera de que estábamos allí, entraron tantos que tuvimos que retirarnos. Volviendo a los botes, predicamos a la gente que hallamos reunida sobre un puente, y nos sentimos alentados y agradecidos a Dios por lo que habíamos podido hacer.

10 de enero.—Dejando los botes entramos en la población, repartimos tratados y separándonos, pudimos predicar a dos grupos de gente a la vez. Al volver a nuestros botes nos encontramos como de costumbre con bastante gente que querían tener libros. Repartimos algunos, y luego pedimos a la gente que nos dispensasen entre tanto que íbamos a comer. Con ésto entré en mi bote y cerré la puerta; mas apenas tuve tiempo para echar una taza de té cuando la cubierta de mi camarote fué aplastada. Salí por detrás y ví a cuatro o cinco hombres que echaban grandes masas de tierra helada al bote. De nada servía el oponerme a que continuasen su obra de destrucción; y en poco tiempo toda

la parte superior del bote quedó destrozada. Al fin uno de nuestros criados salió a tierra y con algunos tratados llamó la atención de los hombres que le seguían, y así puso fin al atentado. Nadie recibió ningún daño personal, y cuando se restableció el órden, nos reunimos en el bote del Sr. Burns para dar gracias a Dios por nuestra preservación, pedir en favor de los malhechores, y que el atentado resultase en bien, tanto para nosotros como para las personas a nuestro servicio. Comimos y de nuevo fuimos a tierra, donde predicamos a la gente que nos escuchaba con mucha atención, no hubo ni una voz en favor de los que nos habían molestado. Por la noche, en las tiendas de té, la misma buena voluntad se manifestó hacia nosotros, y muchos parecían estar contentos de escuchar las buenas nuevas de salud eterna del Salvador crucificado y resucitado.

Volviendo a los botes entré en una barbería que aún estaba abierta, y entretanto que me afeitaban la cabeza hablé del Evangelio a unas cuantas personas presentes, y luego pegué a la pared dos grades hojas evangélicas para que otros parroquianos pudiesen tener la ocasión de leerlas.

11 de enero.—Un respetable tendero, llamado Yao, quien al principio de nuestra visita en Wu-chen había recibido porciones del Nuevo Testamento y un tratado, vino ayer a pedir más libros. A causa del ataque de que fué objeto nuestro bote, teníamos las cosas en mucha confusión, y así le pedimos que volviese dentro de dos o tres días, y entonces le daríamos lo que deseaba. Esta mañana se presentó y nos entregó una carta que decía así: «En cierto día pasado supliqué a Burns y Taylor, dos *Rabi*, que me diesen buenos libros. Aconteció por aquel entonces que algunos de nuestra población, cuyos corazones fueron engañados por *Satanás*, no conociendo al *Hijo de David*, se atre-

Sacerdotes budistas

vieron a *raca* y *moreh*, y destrozar su respetable bote. Les doy gracias por la promesa que me hicieron enton-

ces, y ahora les suplico que me den los siguientes libros: El Nuevo Testamento completo, Discursos de un buen hombre hallándose cerca de la muerte, Doctrinas cristianas importantes, un Almanaque, Modo de hacer que el mundo sea feliz, de todos éstos un ejemplar. Espero que sus empleados siguen bien. Los demás respetos quedan sin escribir».

La carta es interesante, porque demuestra con cuanta atención había leído la porción del Nuevo Testamento que tenía; pues las palabras en letra cursiva eran sacadas de ella, Y aun el empleo de las palabras *raca* y *moreh* que significan ultraje, prueban cuanto lo había meditado.

Después de dar a este hombre lo que deseaba, fuimos a la población y predicamos el Evangelio en la calle por algún tiempo. Por la tarde volví a predicar. El sol, que ya se ponía, me sirvió de parábola, recordándome las palabras de Jesús, cuando dijo: «La noche viene cuando nadie puede trabajar». Les hablé de la incertidumbre de nuestra vida aquí, y de como ignoramos el tiempo cuando el Señor Jesús volverá a venir. Parecía como si un sentimiento de seriedad sobreviniese a todos, tal como nunca había experimentado antes. Oré al Señor, y todos guardaron el mayor respeto. Después volví al bote acompañado de un sacerdote budista quien había escuchado la predicación. Este confesó que el budismo es un sistema de engaño que no da esperanza de nada, más allá de la muerte.

14 de enero.—Por causa de ciertos hombres de mal carácter que intentaban atacarnos, nuestros barqueros se alarmaron tanto que absolutamente rehusaron quedar allí por más tiempo, y a la madrugada emprendieron la marcha. Un golpe que recibí en la rodilla me había dejado cojo, y así no hubo más remedio que seguir con ellos. Por la tarde llegamos a Ping-wang, camino a Shanghai.

CAPÍTULO XII

Llamados a Swatow

El tener que dejar a Villa Negra (Wu-chen) tan de repente, nos era una pena, porque esperábamos pasar algún tiempo en la evangelización del distrito. Pero aprendimos la lección de que todas estas circunstancias, aunque tan tristes, eran eslabones de la cadena de la buena providencia de Dios que nos guiaba a otras partes. Dios no permite que se levante una persecución en contra de nosotros sin que Él tenga sus motivos. Dios nos guiaba por un camino que no sabíamos; y sin embargo, era camino de Él.

Cuando llegamos a Shanghai, creyendo volver dentro de pocos días con más libros y dinero, encontramos a un cristiano, capitán de buque, que hacía viajes a Swatow, y nos hizo ver en vivos colores la gran necesidad de aquella región, acentuada por el hecho de que los comerciantes europeos que había por allí, estaban ocupados en el negocio del opio, y en la adquisición de pobres trabajadores, que venía a ser un comercio de esclavos, mientras que nadie había allí para anunciar el Evangelio. El Espíritu de Dios me impresionó de tal modo, que llegué a creer que esto era un llamamiento suyo; no obstante, por algunos días sentía como si algo me impidiese obedecerle. El Sr. Burns era para mí como un padre; había tenido tanta comunión con él que ahora no podía entender que fuese la voluntad de Dios que nos separásemos.

Con esta intranquilidad en mi alma, fuí una noche con el Sr. Burns a tomar té en casa del Sr. Lowrie.

Después del té la señora de L. tocó en el piano el himno: «El llamamiento misionero». Nunca lo había oído antes, y me afectó mucho. Mi corazón quedó casi quebrantado antes de acabar el himno, y dije al Señor en las palabras que habíamos cantado: «¡Y yo iré!»

Al salir de la casa de nuestros amigos, pedí al Sr. Burns que hiciese el favor de acompañarme a mi pequeña casa y allí con lágrimas le conté como el Señor me había impresionado, y cuan descontento estaba yo de dejarle a él, para ir a este nuevo campo. Me escuchó con cierta mirada de sorpresa, pero de placer más bien que de pena; y me dijo en contestación, que aquella misma noche él había oído el llamamiento del Señor para ir a Swatow, y que él no tenía otro sentimiento que el de pensar en nuestra separación el uno del otro.

Fuímos, pues, juntos a Swatow, y así se comenzó una obra misionera en aquella parte de China, que años después ha sido bendecida.

Cuando el capitán cristiano que nos había hecho ver la gran necesidad espiritual del distrito de Swatow, supo nuestra decisión de dedicarnos a la evangelización de aquel importante centro comercial, se llenó de gozo, y estando para ir allí, nos ofreció pasajes gratis en su buque. Así nos embarcamos a bordo del *Geelong*, y salimos de Shanghai a principios del mes de marzo de 1856.

Un buen viaje de seis días nos llevó a Isla Doble, donde nos hallamos en medio de una pequeña pero impía colonia de europeos ocupados en un comercio de mal carácter. Determinamos no identificarnos con estos paisanos nuestros, así fuímos a la ciudad situada unos ocho kilómetros más arriba de la desembocadura del río Han. Tuvimos mucha dificultad en hallar casa donde poder vivir entre los naturales; parecía como si todas las puertas estuviesen cerradas en contra

de nosotros. En nuestra gran necesidad acudimos al Señor en oración y El nos oyó. Un día, encontrando a un comerciante pariente de la primera autoridad de la ciudad, el Sr. Burns se dirigió a él hablándole en el dialecto de Cantón. Le agradó tanto el oír a un extranjero hablar su lengua natural, que vino a ser nuestro amigo, y nos procuró un pequeño cuarto donde pudimos hospedarnos. Nunca olvidaré los largos meses de calor que tuvimos que pasar en aquel cuarto que parecía un horno.

De vez en cuando hacíamos viajes de evangelización a los pueblos de alrededor, pero las dificultades y peligros que encontramos eran tan grandes y frecuentes, que nuestra obra en el Norte parecía fácil en comparación con ésta. El odio y desprecio en que nos tenían nos condujeron a experimentar más comunión de espíritu con Aquel que fué «despreciado y desechado entre los hombres», que nunca antes habíamos experimentado. Los epítetos más comunes con que nos tildaban eran «demonios extranjeros», «perros extranjeros», o «puercos extranjeros».

En estas visitas a los pueblos, estábamos expuestos a caer en manos de salteadores, y ser detenidos hasta que se nos rescatase. En cierta ocasión estábamos en un pequeño pueblo cuyos habitantes habían detenido a un rico, perteneciente a otra tribu. Le demandaron un fuerte rescate, y como se resistiese a pagarlo, le rompieron los huesos de los tobillos uno por uno hasta arrancar de él la promesa de pagar. Debido a la protección de nuestro Dios no fuimos tratados de la misma manera. Las poblaciones de aquel territorio tenían frecuentes guerras entre sí, y bastaba que a uno le recibiesen bien en una para que le recibiesen mal en otra. En tales circunstancias se manifestaba el cuidado constante de Dios en nuestro favor.

Después de algún tiempo se puso enfermo un man-

darín del distrito, y los médicos chinos no podían aliviarle. El había oído hablar de algunos a quienes yo había tratado con éxito, y por lo tanto me buscó. Dios dió su bendición a las medicinas prescritas, y el mandarín, agradecido por el beneficio recibido, nos aconsejó que alquilásemos una casa para hospital y dispensario. Con el permiso de esta autoridad pudimos tomar una casa entera. En seguida volví a Shanghai a buscar mis instrumentos quirúrgicos y más medicinas.

Entretanto el Sr. Burns y dos evangelistas de América fueron a una población llamada Ampo. La gente estaba dispuesta a escucharles y a aceptarles los libros como regalo, pero no querían comprarlos. Una noche los ladrones penetraron en casa del Sr. Burns, y se llevaron todo cuanto había menos los libros que consideraron de ningún valor. El día siguiente por la mañana vinieron algunas personas a comprar libros, y la venta continuó, de modo que antes de la hora del almuerzo tuvieron dinero bastante para comprar alimento y para enviar a un hombre a Isla Doble, a un agente del Sr. Burns para que le remitiese dinero.

CAPÍTULO XIII

El hombre propone y Dios dispone

A principios de julio de 1856, después de una residencia de cuatro meses en Swatow, partí para Shanghai, con el propósito de volver dentro de unas semanas, llevando conmigo mis instrumentos de cirugía, para poder continuar la obra en compañía del Sr. Burns. Un campo nuevo y que prometía mucho, parecía estar delante de nosotros, y lo contemplábamos con buenas esperanzas. Grande bendición, es verdad, había para

aquella ciudad y sus alrededores; pero no era el propósito de Dios que ni uno ni otro de nosotros segáramos. El Sr. Burns fué preso por las autoridades chinas poco después de mi salida, y fué enviado a Cantón. Después se le presentó a él otro campo de servicio, mientras que mi viaje a Shanghai era el principio de una senda distinta para mí.

Es interesante notar los varios acontecimientos que en la providencia de Dios me impidieron volver a Swatow, y que al fin me guiaron a establecerme en Ningpo, ciudad que vino a ser el centro de mis futuros trabajos.

Al llegar a Shanghai tuve un gran disgusto al encontrar que la casa donde estaban mis medicinas e instrumentos quirúrgicos había sido destruída por un incendio, y que todas las medicinas y muchos de mis instrumentos eran del todo perdidos. Esto me parecía una grande calamidad, y creo que estaba más dispuesto a decir con Jacob incrédulo: «Contra mí son todas estas cosas», que a reconocer la verdad que dice San Pablo: «Sabemos que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien». Aun no había aprendido a considerar a Dios como Aquel en quien «vivimos y nos movemos y somos», y que todas las circunstancias nuestras son necesariamente las mejores, porque son ordenadas, o permitidas por Él.

Viaje por el interior del país

Las medicinas iban muy caras en Shanghai y mis recursos eran muy limitados. Emprendí por consiguiente un viaje por el interior a Ningpo, con la esperanza de obtener lo que me faltaba del doctor Parker. Llevé conmigo lo poco que me quedaba de mis posesiones, que consistían en un reloj, unos cuantos instrumentos, una concertina y algunos libros para poder

continuar mis estudios del idioma; y dejé en Shanghai una parte de mi dinero.

El país por el cual tenía que pasar padecía de una gran sequía, y estábamos en lo más fuerte del calor del verano, determiné hacer que el viaje fuese de evangelización, y por lo tanto iba bien abastecido de tratados y libros. Cuando hube viajado quince días poco a poco, por un país muy poblado llegué a Shih-mun-wan, y allí, viendo que se me acababan los libros, resolví ir a Ningpo a toda prisa, pasando por la ciudad de Hai-ning.

Como no había agua en el Gran Canal más allá de Shih-mun-wan, despaché mi barquero, y tomé faquines para llevar mi equipaje hasta Chang-gan. Yo les adelanté en el camino, dejando a mi criado con ellos, porque querían hacer frecuentes paradas, y al llegar a una ciudad por la cual teníamos que pasar, les esperé en una tienda donde la gente tomaba té, cerca de la puerta del Norte. Por fin llegaron, al parecer muy cansados, y pronto descubrí que eran fumadores de opio; ésto me explicó su falta de fuerzas, porque no llevaban más peso de lo que un hombre fuerte puede llevar con la mayor facilidad.

Continuamos nuestro viaje, y como antes, yo me adelanté a ellos hasta llegar a Chang-gan, donde, esperándoles largo tiempo sin que se presentasen, empecé a tener mucha intranquilidad. Al fin, cuando ya era oscuro, se me dijo que unos faquines como los que yo buscaba, habían pasado a Hai-ning.

En estas circunstancias nada me quedaba sino buscar donde poder dormir por la noche, trabajo nada fácil. Así, pidiendo a Dios que me ayudase, me dirigí hacia el otro extremo de la población, esperando que allí no tendrían noticia de la llegada de un extranjero. Pronto hallé una posada, y como había anochecido ya, esperaba pasar sin que me descubriesen como extranjero. Pedí la lista de platos que tenían para cenar, y me dijeron que no tenían más que arroz cocido en aceite con culebras, el cual estaba bastante quemado aunque frío. Como lo que me convenía era pasar la noche al abrigo de una casa, cené como mejor pude del plato que me presentaron.

Mientras tanto dije al posadero: «Supongo que puedo pasar la noche en su casa». «Sí», me contestó, pero sacando un libro dijo:

—En estos tiempos las autoridades insisten en que guardemos un registro de todos los huéspedes que nos vienen. Así es que le pido a V. el nombre de su respetable familia.

—El nombre indigno de mi familia es Tai (Taylor).

—¿Y cual es su segundo honorable nombre?

—Mi humilde nombre es Ja-koh (Jaime).

—¡Qué nombre más extraño! nunca lo había oído nombrar antes. ¿Cómo se escribe?

Se lo dije añadiendo:

—Es nombre muy común en el distrito de donde vengo.

—¿Y se me permite preguntarle de donde viene y a donde vá?

—Vengo de Shanghai y voy a Ningpo por vía de Hang-chau.

—¿Y cuál es su honorable carrera?

—Sano a los enfermos.

—¡Oh, es V. médico!

Y con esto cerró el libro (lo cual me dió una gran satisfacción), y llamó a su mujer, quien me dijo: «¿Con que, V. es médico? ¡cuánto me alegro! porque tenemos una hija que tiene la lepra. Si V. la cura, no le haremos pagar nada por su cena, ni por la cama».

Ésto despertó mi curiosidad para saber cuanto me harían pagar por mi cena y cama, y cual no fué mi sorpresa cuando supe que sería algo menos que quince céntimos en nuestro dinero.

No siéndome posible hacer nada por la pobre muchacha, me excusé de recetar medicina alguna, diciendo que la lepra era una enfermedad muy intratable. Les pedí que me condujesen a mi cuarto de dormir. Era un cuarto en los bajos, y la cama consistía en unas maderas que descansaban en dos taburetes. No había colchón, y de almohada me sirvieron mis zapatos y mi paraguas. Allí pasé la noche en compañía de diez o doce hombres más, de modo que no podía desnudarme por miedo que me robasen.

Después de haber pasado una noche como la descrita, se comprenderá que me levanté nada descansado. Almorcé y salí para ver si podría hallar a mi criado y faquines, creyendo que tal vez habrían llegado a la ciudad a una hora más avanzada o por la mañana temprano. Toda la mañana estuve buscándolos, pero sin fruto. Entonces, aunque cansado de tanto andar y en la hora de más calor, salí de Chang-gan para Hai-ning.

Era ya tarde cuando llegué, y en seguida emprendí de nuevo el trabajo ya pesado de buscar a mi criado y equipaje por todas partes, y con el mismo resultado infructuoso que antes.

La noche llegó y yo necesitaba una casa donde pudiese dormir. Con la ayuda de alguno que otro empecé a buscarla, y cuando eran ya cerca de las dos de la madrugada me dejaron solo en medio de la calle para que hallase casa como mejor pudiese. Estaba yo en frente de un templo, pero como las puertas estaban cerradas me eché sobre uno de los peldaños que conducían a la entrada; saqué el dinero que tenía y lo puse debajo de mi cabeza por almohada, y pronto me habría dormido a no haber visto a un hombre que parecía acercarse a mí muy poco a poco. Cuando se acercó más, descubrí que era un mendigo de los que tantos hay en China, y no dudé que su intención era

robarme. Tuve la vista fija en el hombre, y pedí a mi Padre celestial que no me dejara en aquel momento de

La Shang, la Santa Bárbara de los chinos

prueba. Al fin el hombre se puso a mi lado, probando asegurarse de que yo dormía, pues como era demasiado oscuro, él no podía ver que yo tenía los ojos

abiertos. Empezó a palparme, y entonces yo le pregunté con mucha calma, y para convencerle de que no dormía: «¿Qué quieres?» y al momento se marchó sin darme respuesta.

Más tarde vinieron otros dos, y se echaron a mis pies; les pregunté qué querían, y me respondieron que como yo, iban a pasar la noche en los peldaños. Les supliqué que se fuesen a la otra parte donde había más lugar, pero no quisieron moverse de mis pies. Me dijeron que podía dormir con toda tranquilidad, porque no me dejarían y cuidarían que nadie me molestase. «Escuchadme», les dije, «no necesito de vuestra protección. No soy chino ni adoro a vuestras inanimadas imágenes que no pueden ayudar a nadie. Adoro a Dios; Él es mi padre, y yo confío en Él. Además, yo sé bien las intenciones vuestras, y por consiguiente tendré mi ojo sobre vosotros y no dormiré».

Al oír ésto, uno de los dos se marchó, mas pronto volvió con un tercero. Clamé a Dios, pidiéndole que me diera su protección. Dos o tres veces uno de ellos se levantó para ver si yo dormía, y yo les dije: «No tengáis cuidado, no duermo». La noche pasaba para mí muy poco a poco, y sentía un cansancio grande. Para entretener el tiempo y mantenerme despierto, canté varios himnos y repetí muchos versículos de la Biblia en alta voz; también oré al Señor en inglés, cosa que les disgustó muchísimo. Poco antes de amanecer me dejaron y dormí un poco.

Cuando ya fué de día procuré una taza de caldo de arroz para almorzar, y en seguida comencé otra vez mis pesquisas acerca de mi criado y equipaje, pero inútilmente. Entonces determiné emprender un viaje de vuelta, y llegué a Chan-gan cerca del medio día. Allí comí, me lavé los pies que los tenía bastante inflamados de tanto andar, y dormí hasta las cuatro de la tarde.

El sueño me reanimó mucho, y pude continuar mi viaje a la ciudad donde había dejado a mi criado con los faquines dos días antes. Por el camino reflexioné sobre la bondad de Dios, y me acordé que no le había pedido que me proveyera de cama la noche anterior. También mi conciencia me condenaba por haber tenido tanto cuidado de mi equipaje cuando la vista de tantas almas sin conocimiento del Salvador me había conmovido tan poco. Confesé mi pecado a Dios haciendo mención de los méritos de la sangre de Jesús, y tuve la seguridad de que era aceptado en Él, perdonado, limpiado y santificado. ¡Oh, cuán grande es el amor de Jesús! ¡cómo lo experimentaba! También aprendí algo más de lo que es ser despreciado y desechado y no tener donde reclinar la cabeza. Ésto me llevó a pensar en la grandeza de aquel amor que le llevó a Él a dejar la gloria que tenía con su Padre, y venir aquí a sufrir por mí, hasta morir en la cruz. Le consideré como el «despreciado y desechado de los hombres, varón de dolores y experimentado en quebrantos»; me acordé de Él cuando estuvo a la fuente de Jacob, cansado del viaje, teniendo hambre y sed, y sin embargo hallando su comida y bebida en hacer la voluntad de su Padre; y saqué el contraste entre tan grande sacrificio y la pequeñez de mi amor. A Él miré en busca del perdón por todo lo pasado, y de gracia y fuerza para poder hacer su voluntad en lo futuro, andando más de cerca en sus pisadas, y más entregado a Él. Oré por mí mismo y por mis amigos en Inglaterra, y por mis hermanos en la obra. Lágrimas de gozo y tristeza derramé aquella tarde en abundancia, y sin apercibirme llegué a la puerta del Sud, donde tomé una taza de té, pregunté sobre mi equipaje perdido y hablé del amor de Jesús. Entonces entré en la ciudad, y después de muchas preguntas infructuosas, salí por la puerta del Norte.

La comunión que había gozado con el Señor en el

camino a la ciudad, me reanimó tanto que me sentí con fuerzas renovadas para poder ir andando a Shih-mun-wan, un viaje de dos horas. Pero antes de emprenderlo entré en una tienda para comprar unos panecillos, y entretanto que me los comía vino a entrar en la misma tienda ¡quien lo esperaría! uno de los faquines que llevó mi equipaje en la primera parte de mi viaje. Por él supe que mi criado había tomado nuevos faquines, y que con mi equipaje se había marchado a Hang-chau. Esto quería decir que yo había sido robado. No me quedaba entonces otro recurso que volver a toda prisa a Shanghai. Levanté mis ojos a mi Padre celestial pidiéndole que me diera todo lo que me hacía falta, y por la noche recibí otra prueba de su amor y constante cuidado de mí, pues fuí invitado para pasar la noche a bordo de uno de los barcos que había en el río.

Continué mi viaje a pie, y cuando llegué a estar completamente rendido me eché en tierra sobre la yerba. Cuando hube reposado un poco me incorporé, y entonces vi una embarcación al otro lado del canal. Después de hablar algunas palabras con los hombres que había a bordo, enviaron un bote pequeño para tomarme, y me fuí con ellos. Aquellos hombres fueron muy buenos para conmigo. Primeramente me dieron té, y cuando pude tomar alimento me lo dieron también. Luego me quité los zapatos y las medias, y uno de aquellos hombres me trajo agua caliente para que me bañase los pies. Les conté la historia de mi viaje, y cuando vieron las vejigas que de tanto andar tenía en mis pies mostraron tenerme lástima.

Antes de dejar el barco les dije al capitán y a los marineros, cual era mi situación y que me hallaba sin fuerzas para andar, que no sabía como, ni por quien, me iba a ayudar el Dios al cual yo servía; pero que no dudaba de que Él lo haría, y siendo ésto así mi

negocio era servirle a Él en mis presentes circunstancias.

El capitán me acompañó a la ciudad, y por el camino vió un bote correo que venía, en el cual él pensó que yo podría quizás hallar pasaje, pero le recordé que yo no tenía con que pagarlo. Sin embargo, él averiguó y entendió que iba a un puerto distante de Shanghai unas tres horas, desde donde llevaban los correos por tierra a la ciudad. Entonces les dijo: «Este caballero es un extranjero que reside en Shanghai, ha sido robado, y no tiene con que pagar su pasaje para volver allí. Si vosotros queréis tomarle hasta donde vais, y luego alquiláis una silla de mano para el resto del viaje, él os pagará en Shanghai. Vosotros veis que yo no puedo llevarlo, porque mi barco está allí en seco. Yo salgo fiador, y si él no os paga, concluído el viaje, yo lo haré cuando volváis aquí». Este bondadoso acto de parte de un chino, sin que yo lo pidiera, hacia uno a quien nunca había visto, es tanto más notable si se tiene en cuenta el carácter de los chinos, quienes miran mucho antes de arriesgar su dinero.

Arreglaron el precio del pasaje, y, después de un viaje feliz y rápido, llegué a Shanghai el 9 de agosto con la ayuda de Aquel que dijo: «No te desampararé ni te dejaré».

CAPÍTULO XIV

Dirección Providencial

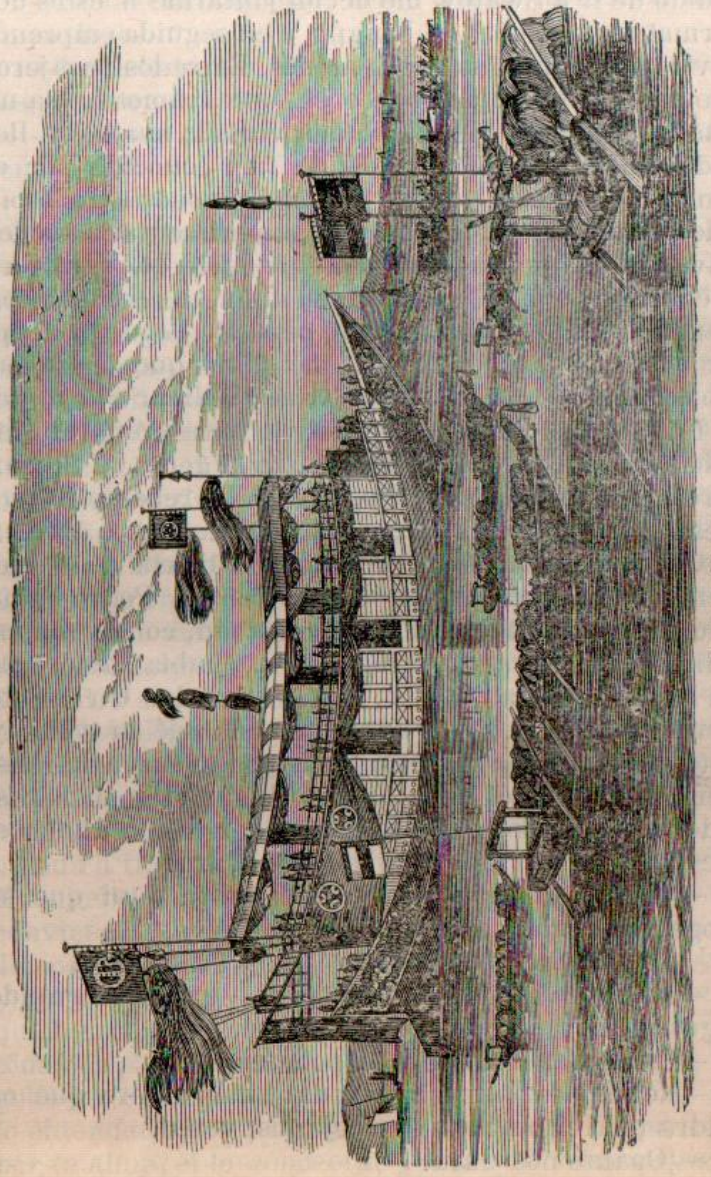
Llegado a Shanghai, claramente comprendí que mi criado me había robado todo cuanto poseía en China, excepto una pequeña cantidad de dinero que había yo dejado allí. La principal cuestión para mí entonces era pensar como mejor obrar para el bien del hombre que

me había causado tanto disgusto y trabajo. No me habría sido difícil tomar medidas que probablemente hubieran asegurado su captura y castigo, aunque había pocas probabilidades de recobrar algo de mi propiedad. Pero la consideración que más pesaba conmigo fué que el ladrón era un hombre por cuya salvación había yo trabajado y orado; y sentía que acudir a los tribunales en contra de él, no sería conforme con las enseñanzas de Jesús expuestas en el Sermón de la Montaña, que habíamos leído juntos. En vista de ésto, y considerando que su alma valía más que las mil pesetas que me había robado, le escribí diciéndoselo, e insistiendo en la necesidad que él tenía de arrepentirse y creer en el Señor Jesu-Cristo.

Habiendo cobrado el poco dinero que había dejado en Shanghai, salí de nuevo para Ningpo a buscar la ayuda del doctor Parker para reponer mis medicinas perdidas. Hecho ésto, volví otra vez a Shanghai en camino a Swatow, con la esperanza de hallarme una vez más con mi bien amado amigo, el Sr. Burns, en la obra que él hacía en aquel centro importante. Pero Dios dispuso otra cosa; la demora causada por el robo fué lo que me impidió emprender el viaje hacia el Sur como esperaba.

Por mucho tiempo el horizonte político daba señales de una guerra que se avecinaba, y a fines del año (1856) China se vió envuelta en una segunda lucha con Potencias extranjeras. Así la obra misionera en el Sur quedó casi suspendida. Noticias de este estado de cosas, y cartas del Sr. Burns llegaron a tiempo para hacerme ver que la puerta por aquel lado estaba cerrada. En todo ésto ví la mano de Dios sobre mí, estorbándome por entonces de ir a Swatow.

Mientras estuve en Ningpo llegué a conocer al Sr. J. Jones, quien, con el Dr. Parker, representaba la Sociedad China de Evangelización en aquella ciudad. Im-



Barcos chinos

pedido de ir a Swatow me decidí juntarme a estos dos hermanos en su obra en Ningpo, y en seguida emprendí el viaje en compañía del Sr. Jones. Entre los pasajeros que había a bordo del barco en que íbamos había un hombre inteligente, quien había viajado mucho y llegado hasta Inglaterra, donde fué conocido por el nombre de Pedro, y como era de suponer algo había oído allí del Evangelio, mas sin experimentar su poder salvador. En una conversación que tuve con él, sobre la cuestión de la salvación de su alma, me escuchó con atención, y aún con lágrimas, pero sin llegar a aceptar a Cristo. Sin embargo, me pidió que le dejase acompañarme a tierra, para oírme predicar a la gente.

Entré en el camarote del barco para preparar tratados y libros para distribuir entre la gente al desembarcar con mi amigo Pedro, cuando de repente fuí sobresaltado al oír un grito, y el ruido de algo o alguien que cayó al agua. Corrí a la sobrecubierta y al momento comprendí lo que había pasado. Pedro había caído al agua. Todos los demás estaban, con la mayor indiferencia, mirando al lugar donde había caído, mas sin hacer esfuerzo alguno para salvarle. Un viento fuerte llevaba el barco adelante; así bajé la vela, y salté al agua en la esperanza de poder salvarle. ¡Esfuerzo infructuoso! Pero junto al lugar ví a unos pescadores en un bote, que tenían una red con ganchos, que yo creía serviría para sacar a Pedro.

—Venid, les grité, hay un hombre aquí que se ahoga.

—*Veh bin* (No nos conviene), fué su respuesta.

—No me habléis de conveniencia, grité con grande angustia, hay un hombre que muere.

—Estamos pescando y no podemos ir.

—No importa la pesca, os daré más dinero que os valdrá todo el pescado que cojeréis; venid.

—¿Cuánto nos dará?

—No discutamos ésto, venid o será tarde. Os daré cinco duros.

—No lo haremos por tan poco. Dénsenos veinte duros, y rastrearemos.

—No tengo tanto; pero venid, y os daré todo lo que tengo.

—¿Cuánto será ésto?

—No sé exactamente, unos catorce duros.

Al fin vinieron, bajaron la red, y en menos de un minuto, sacaron al hombre ahogado. Entonces gritaron indignados, porque la satisfacción de su demanda exhorbitante se dilataba un rato mientras yo hacía cuanto podía para restaurar la respiración al pobre Pedro. Mis esfuerzos fueron inútiles: Pedro estaba muerto.

Este incidente me dió una lección profundamente significante. ¿No eran reos de muerte aquellos pescadores en cuanto que tenían a mano lo que podía haber salvado a Pedro? Ciertamente lo eran. Y sin embargo, esperemos un poco antes de pronunciar sentencia, no sea que uno mayor que el profeta Natán nos diga: «*Tú eres aquel hombre*». ¿Es cosa tan cruel, tan malvada, descuidar de salvar el cuerpo? ¿De cuánto mayor castigo será digno el que deja perecer el alma de su hermano, con la pregunta de Caín: ¿Soy yo guarda de mi hermano?

El Señor Jesu-Cristo manda, me manda a mí, te manda a ti, y dice: «Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura». ¿Le diremos: No, no nos conviene? ¿Le diremos que estamos pescando, y no podemos ir? o ¿que hemos comprado cinco yuntas de bueyes, y éstos nos ocupan la atención? Consideremos quien nos ha dicho: «Si dejares de librar los que son tomados para la muerte, y los que son llevados al degolladero; si dijeres: Ciertamente no lo supimos: ¿No lo entenderá el que pesa los corazones? El que mira por tu alma, él lo conocerá, y dará al hombre según sus obras» (Prov. 24. 11, 12).

CAPÍTULO XV

Residencia en Ningpo

En el otoño de 1856 fuí a Ningpo, una de las ciudades más antiguas e importantes del litoral de China. Abierta para la residencia de extranjeros en el año 1842, conforme con el tratado de Nanking, por bastante tiempo había habido allí obra evangélica. Cuenta 400,000 habitantes dentro de sus antiguos muros y en su ensanche, cada uno de ellos amado por Dios de tal manera que dió a su Hijo para que muriese por ellos.

Por este tiempo las relaciones con mi Sociedad vinieron a ser un asunto que me preocupaba mucho, por la razón de que ella se hallaba frecuentemente en el caso de contraer deudas. Personalmente yo siempre había evitado las deudas, guardándome, cualesquiera que fuesen mis circunstancias, dentro de los límites de mi salario, aunque a veces para hacer esto tenía que vivir con mucha economía. Ahora por esta parte no tenía dificultad, porque mi salario era mayor, y porque por el estado más tranquilo del país, los víveres no eran tan caros. Pero la Sociedad estaba en deuda. El dinero que me enviaba a mí y a otros cada trimestre, a menudo lo tenía que tomar prestado, y ésto originó una correspondencia entre nosotros sobre el particular de la que resultó que al año siguiente presentara yo mi dimisión por motivos de conciencia.

Me parecía clara la Palabra de Dios que nos enseña: «No debáis a nadie nada» (Rom. 13. 8). Y tomar dinero prestado implicaba a mi entender una desobediencia a las Escrituras, una confesión de que aun-

que Dios nos negara algún bien, nosotros estábamos resueltos a tenerlo de un modo u otro. Y si contraer deudas era cosa mala para un cristiano ¿cómo podía ser cosa buena para una asociación de ellos? No podía pensar que a Dios le faltaban recursos, o que no tuviese voluntad de suplir todo lo que hacía falta para lo que era de veras su obra. Estas reflexiones me llevaron a tomar el paso de separarme de la Sociedad que hasta entonces me había sostenido. Una gran satisfacción sentí al saber que un amigo mío y colega fué llevado a tomar el mismo paso, y también que la separación se hizo sin que nuestras relaciones amistosas con la Sociedad padecieran en lo más mínimo.

El paso que habíamos tomado vino a ser una prueba para nuestra fe. Yo no sabía lo que Dios haría de mí, ni sabía de qué medios se valdría para que yo pudiese continuar en la obra de evangelización como antes. No tenía amigos de quienes podía esperar fondos; pero estaba dispuesto a dar todo mi tiempo a la evangelización, aunque Dios no me diese sino la menor cantidad necesaria para mi sostén, y si aún ésto no recibiese, también estaba dispuesto a hacer cualquier trabajo para ganarme el pan y dar el tiempo que pudiese a la obra misionera. Pero miraba yo al rostro de mi Padre celestial con una gran satisfacción de corazón, estando cierto de su cuidado de mí.

Del modo cómo me llevó y cuidó de mí, jamás, jamás podré explicar. Mi fe no quedó sin prueba; y a veces he de confesar que me faltó, y ésto me llenó de tristeza y vergüenza, por no haber confiado siempre en un Padre tan bueno. Pero estaba yo como un niño que aprende sus lecciones, y Dios se me acercaba, manifestándose verdadero e íntimo conmigo.

El año 1857 fué un año de angustias, y terminó con el bombardeo de Cantón por los ingleses, que fué el principio de una segunda guerra. Ésto expuso la vida

de los misioneros a gran peligro en todo el país, y particularmente en Ningpo, donde también se manifestó de un modo especial el cuidado que Dios tuvo de nosotros en respuesta a la oración. Cuando las noticias funestas del bombardeo de Cantón llegaron a Ningpo los Cantoneses residentes allí se llenaron de ira, y se dieron a formar un complot que asegurase la total destrucción de todos los extranjeros residentes en la ciudad. Supieron que nos reuníamos todos los domingos por la noche en casa de uno de nuestros hermanos, y entonces acordaron rodear la casa en un momento dado y matar a todos los presentes.

Con la mayor facilidad obtuvieron el permiso del Gobernador civil para la ejecución de este complot, del que nosotros no teníamos la menor noticia. (Una conspiración semejante se llevó a cabo en contra de los portugueses, y unos cincuenta o sesenta fueron asesinados a la luz del día). Aconteció, sin embargo, que uno de los que tenían conocimiento de la conspiración tuviese un amigo empleado por uno de los misioneros; y ansioso por la seguridad de su amigo le avisó del peligro, aconsejándole con insistencia que dejara el empleo inmediatamente. Este criado comunicó el secreto a su amo, y de este modo llegamos a tener conocimiento del peligro. Por lo tanto determinamos reunirnos en la casa de otro para buscar la protección del Altísimo, y escondernos bajo la sombra de sus alas; no lo hicimos en vano.

A la hora en que estábamos orando, el Señor estaba obrando en nuestro favor. Él indujo al Jefe de Aduanas a que se presentara al Gobernador civil para hacerle ver la locura de tal acto; le dijo que si se llevaba a efecto, los extranjeros vengarían la muerte de sus paisanos con la total destrucción de la ciudad. El Gobernador contestó que si viniesen los extranjeros con tal propósito, él negaría todo conocimiento del complot y

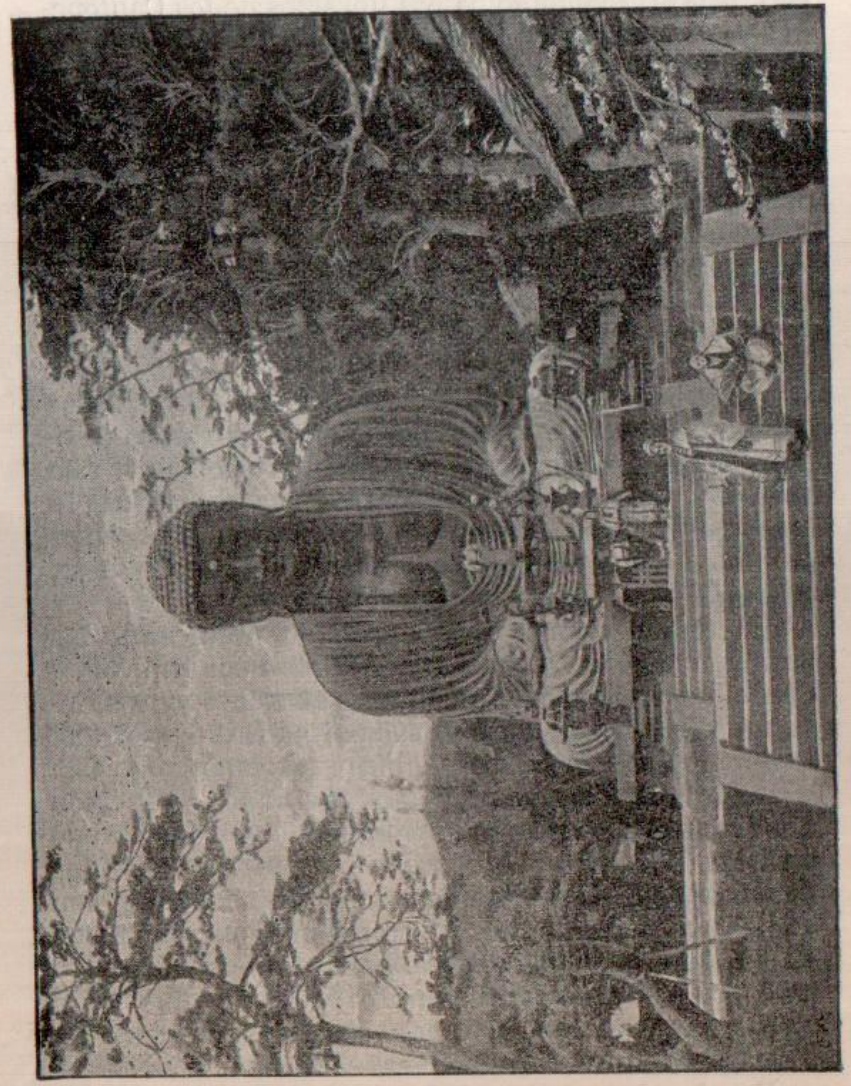
dirigiría su venganza en contra de los Cantoneses, «y así», dijo él, «de un golpe nos libramos de los Cantoneses y de los extranjeros a la vez». El Director de Aduanas le hizo ver lo inútil de tales evasiones, y al fin alcanzó que prohibiese el ataque. Esta entrevista tuvo lugar cuando nosotros estábamos en nuestra reunión implorando la protección del Señor. Así probamos una vez más que:

Felices a la sombra de tu trono
En dulce paz tus santos residieron.
Tu brazo solo a defendernos basta,
Y nuestro amparo es cierto.

Me es imposible dar una historia detallada de todos los acontecimientos que tuvieron lugar durante nuestra estancia en Ningpo, pero antes de terminar el año 1857 el Sr. Jones y yo tuvimos muchas señales de la bendición divina. Es interesante recordar algunos casos de los primeros que creyeron en el Señor Jesús, casos que nos animaron mucho.

En una ocasión yo había estado predicando las buenas nuevas de salvación por la obra consumada de Cristo, cuando un hombre de unos cuarenta años se levantó y testificó delante de sus paisanos del poder del Evangelio que él mismo había experimentado. Con aquel fervor que nace de una profunda convicción dijo: «Por mucho tiempo he buscado la verdad, como también mis padres la buscaron antes de mí; mas nunca la hallé. He viajado mucho sin poder dar con ella. No he podido hallar descanso en Confucio, ni en el Budismo, ni en el Taoismo, pero confieso aquí esta noche que he hallado descanso para mi alma en el Evangelio. De aquí adelante soy yo un creyente en Jesu-Cristo».

Este hombre era uno de los ministros principales de una secta reformada de budistas en Ningpo. Poco



Estatua de Buda.

tiempo después de su conversión a Dios, tuvieron una reunión los de la secta de que él había sido presidente. Yo le acompañé a aquella reunión, y allí delante de sus correligionarios de otro tiempo, testificó de la paz que había hallado para su alma creyendo en el Señor Jesús.

Casi en seguida de su conversión me preguntó cuanto tiempo habíamos conocido este Evangelio en Inglaterra, y cuando supo que lo habíamos conocido por algunos centenares de años, asombrado exclamó: «¡Cómo! ¿Es posible que por centenares de años se ha tenido conocimiento de estas buenas nuevas allí, y que solamente ahora habéis venido a predicárnoslas? Mi padre buscó esta verdad por más de veinte años, y murió sin hallarla. ¡Oh! ¿por qué no vinisteis antes?»

Toda una generación ha pasado a la eternidad desde que se me hizo aquella triste pregunta. Y ¡cuántos hay que podrían volver a hacer la misma pregunta hoy día! Desde entonces, más de doscientos millones de almas han entrado en la eternidad sin haber oído nada del amor de Dios que Él mostró enviándonos a su Hijo. ¿Cuánto tiempo durará este estado de cosas?

CAPÍTULO XVI

Ayuda oportuna

En 18 de Nov. 1857 escribí en mi diario lo siguiente: Muchos creen que soy muy pobre. Ésto, ciertamente, es verdad en un sentido; pero gracias a Dios, es según dice el apóstol Pablo: «como pobres, mas enriqueciendo a muchos.» Mi Dios suplirá todo lo que me falta, a Él sea la gloria. No cambiaría mis circunstancias, aunque estuviere en mi mano hacerlo, por nada

del mundo; dependo completamente del Señor, y Él se sirve de mí para suplir las necesidades de otros muchos.

Todas las mañanas, menos el domingo, hay un número de pobres que vienen a nosotros para obtener su almuerzo, a veces llegan a ochenta, otras no llegan a cuarenta. Pues bien, el sábado, 4 del presente, les dimos su almuerzo como de costumbre, y también nos habíamos provisto de todo lo necesario para nosotros mismos para el día siguiente, domingo, mas no teníamos nada para el lunes, ni sabíamos cómo el Señor nos daría lo que nos hacía falta. Tenemos dos textos en caracteres chinos colgados en una pared de nuestro cuarto, el uno dice: *Ebenezer* (Hasta aquí nos ayudó Jehová), y el otro: *Jehovah-jireh* (Jehová proveerá); y el Señor nos guardó de toda duda respecto de nuestras necesidades del lunes. Aquel mismo día llegó el correo, una semana antes del tiempo de costumbre, y mi compañero en la obra recibió una letra por valor de 214 duros. Dimos las gracias a Dios, y nos alentamos. La letra fué presentada al comerciante quien la aceptó en esta ocasión desde luego, aunque generalmente había que esperar algunos días. ¡Cuán bueno es vivir así del todo dependiente del Señor quien nunca nos falta!

El lunes los pobres vinieron como solían, porque no les habíamos avisado de lo contrario, estando seguros que la obra era del Señor, y que Él nos proveería de lo necesario. No podíamos menos que llorar de gratitud al ver como el Señor no sólo había dado para nosotros, sino que la viuda, el huérfano, el ciego y el cojo, fueron igualmente provistos de pan en la bondad de Aquel que alimenta a las aves. «Engrandeced a Jehová conmigo, y ensalcemos su nombre a una. Gustad, y ved que es bueno Jehová: dichoso el hombre que confiará en Él. Temed a Jehová, vosotros sus santos; porque no hay falta para los que le temen. Los leoncillos necesitaron, y tuvieron hambre; pero los que buscan a Jehová, no tendrán falta de ningún bien» (Salmo 34. 3, 8, 9, 10).

La cantidad de doscientos catorce duros recibida en respuesta a la oración—según se ha relatado ya—no podía durar siempre, así todo el dinero que entre el Sr. Jones y yo teníamos en 6 de enero de 1858, consistía en un *cash* (valor de medio céntimo); estábamos, pues, en una prueba, pero mirábamos a Dios, confiados de que Él manifestaría su cuidado bondadoso de nosotros. Teníamos bastante alimento en casa para el almuerzo pero nada más; de modo que tuvimos que acudir a Aquel que es poderoso para que nos supliese lo que nos hacía falta con la petición: «Danos hoy nuestro pan cotidiano.»

Después de la oración, y habiendo deliberado sobre nuestras circunstancias, pensábamos que tal vez debíamos vender algo de lo que teníamos para suplir nuestra necesidad más apremiante. Al echar una mirada a nuestro alrededor, no vimos nada de que podíamos deshacernos que hallase venta entre los chinos. Podíamos haber tomado dinero prestado, aunque hubiese sido en cantidad considerable; pero ésto, en conciencia, no lo podíamos hacer, porque creíamos que sería obrar en contra de las Escrituras, y nada conforme con la posición que habíamos tomado de confiar en el Señor. Teníamos un artículo, una estufa de hierro, que los chinos comprarían; pero nos sabía mal el tener que venderla. Al fin, sin embargo, nos pusimos en camino para ir a una tienda de fundición, teniendo que atravesar un río por un puente de barcas; pero al llegar al río vimos que el Señor nos había cerrado el paso. El agua se había llevado el puente aquella noche, y el único modo que quedaba para atravesar el río era en una barca, y el pasaje costaba dos *cash* por persona. Como solamente teníamos un *cash*, vimos

claramente que nuestro camino era volver y esperar la interposición de Dios en nuestro favor.

Al llegar a casa, hallamos que la esposa del Sr. Jones y sus hijos habían ido a comer a casa de un amigo para lo cual habían sido invitados hacía algunos días. El Sr. Jones estaba igualmente invitado, pero él no quiso ir y dejarme a mí para que ayunase solo. Rebuscamos los armarios, y aunque no hallamos nada para comer, dimos con un paquete de cacao lo cual, con agua caliente, nos proporcionó una buena bebida. Después de ésto nos pusimos de nuevo a orar al Señor en nuestro apuro, y Él nos oyó y libró de todas nuestras angustias; porque entretanto que estábamos de rodillas llegó una carta que contenía dinero.

En este socorro tan oportuno no solamente suplió nuestra inmediata necesidad, sino que a mí me puso en condición de poder casarme catorce días después en el tiempo que ya habíamos fijado. «Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, mas no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz vacilará» (Isaías 54. 10). En años subsiguientes nuestra fe estuvo puesta a prueba muchas veces, pero el Señor siempre cumplía sus promesas, y nunca permitió que nos faltara cosa buena.

En mi matrimonio pude ver cumplida la bendita verdad de aquel versículo que dice: «El que halló buena mujer, halló el bien, y alcanzó la benevolencia de Jehová.» Mi amada esposa no solamente era un don precioso para mí, sino que Dios hizo que fuese una bendición a otros muchos durante los doce notables años que su vida fué otorgada a los que la amaron y a China.

CAPÍTULO XVII

Dios es nuestro refugio

A principios del año 1859 mi amada esposa cayó enferma de gravedad, hasta perder casi toda esperanza de su vida. Todos los remedios probados resultaron inútiles, y el Dr. Parker que la asistió no tenía ya nada más que proponer. Poco a poco se iban acabando sus fuerzas; y la única esperanza que nos quedaba era que Dios tuviera a bien levantarla en respuesta a la oración de fe.

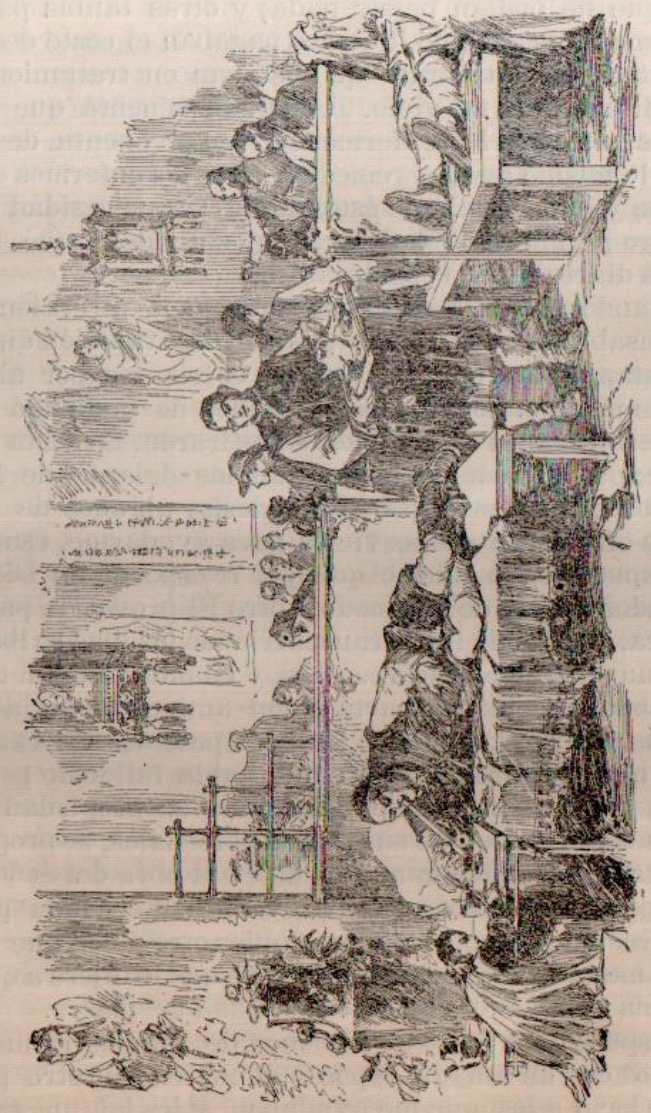
Había llegado la tarde de la acostumbrada reunión de oración entre los misioneros, y les envié una petición para oración, la cual tomaron con mucho interés. Al mismo tiempo se me sugirió un remedio que no habíamos probado aún, y sentí que debía consultar con el Dr. Parker sobre la conveniencia de emplearlo. Aquellos momentos eran momentos de angustia. Los ojos hundidos y las facciones comprimidas eran señales claras que avisaban la aproximación de la muerte. La casa del Dr. Parker distaba de la mía unos tres kilómetros, y los momentos me parecían larguísimos. En mi camino allá iba rogando a Dios en oración, y las preciosas palabras: «Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás,» vinieron con poder sobre mi alma. Las acepté con fe, y el resultado fué disfrutar una paz profunda y gozo inefable tanto que no tenía en cuenta ya la distancia. El médico aprobó del todo el empleo del remedio; pero al llegar a casa percibí un cambio notable en mi amada esposa, y sin el empleo de remedio alguno. Las facciones comprimi-

das habían dado lugar a un sueño tranquilo, y no hubo entonces, ni después, ningún síntoma desfavorable a su convalecencia.

La misericordia que Dios me mostró, alargando la vida de mi amada esposa en respuesta a la oración, me ayudó a tener y demostrar profunda simpatía al doctor Parker, cuando en el otoño del mismo año él tuvo que experimentar la pérdida repentina de su esposa. Teniendo el Doctor que volver inmediatamente a Glasgow con sus hijos huérfanos de madre, era preciso tomar providencias para la continuación de un hospital misionero por el cual él era el solo responsable. En estas circunstancias me pidió que me encargara de esta obra suya, o a lo menos de la botica donde se daban consultas y medicinas a las personas necesitadas. Después de algunos días de esperar indicación del Señor, me sentí constreñido, no sólo a encargarme de la botica, sino también del hospital, confiado tan sólo en la fidelidad de Dios, para tener los medios necesarios para su sostén.

Hasta entonces el Dr. Parker había sostenido el hospital de los honorarios que su clientela le producía; pero con su partida éstos cesarían. Mas ¿no dice la Escritura que todo lo que pidiéremos en el nombre del Señor Jesús será hecho? ¿Y no se nos dice que busquemos primeramente el reino de Dios, no los medios para adelantarlo, y que todas estas cosas nos serán añadidas? Tales promesas, ciertamente son suficientes. Ocho días antes de aceptar esta responsabilidad no tenía la idea más remota de tal obra, y mucho menos podían mis amigos en Inglaterra haberlo adivinado. Pero el Señor había previsto cuales serían las necesidades de tal obra, y ya estaban en camino los fondos requeridos.

A veces teníamos en el hospital hasta 50 enfermos además de un número crecido que asistían cada día al departamento para obtener visitas y medicinas. Desti-



Fumadores de opio

namos treinta camas por regla general para los enfermos que no podían pagar nada; y otras tantas para los fumadores de opio, quienes pagaban el coste de su manutención entretanto que estaban en tratamiento para librarse de tal vicio. Teniendo en cuenta que todos los gastos de los enfermos corrían a cuenta de la casa, lo mismo que los remedios para los enfermos externos, y que además de ésto había por necesidad un número regular de empleados, se entenderá que los gastos diarios eran considerables.

Cuando el Dr. Parker me entregó la dirección y responsabilidad del hospital, me entregó también dinero bastante para pagar los gastos corrientes por algo más de un mes. Los empleados chinos no pudiendo tener garantizados sus sueldos, se retiraron. En vista de ésto expuse todas las circunstancias delante de los miembros de nuestra pequeña iglesia, algunos de los cuales ofrecieron sus servicios para ayudarme, estando dispuestos, lo mismo que yo, a esperar en Dios, confiados en que de un modo u otro Él proveería para su obra. Conforme iban transcurriendo los días se iban disminuyendo nuestros recursos, y cuando estaban casi acabados recibí una carta de un amigo de Inglaterra con una letra por valor de 1,250 pesetas. La carta decía que el padre del remitente había fallecido poco antes, y que ahora el hijo, heredando su propiedad y no deseando aumentar sus gastos personales, se proponía gastar la hacienda adquirida en la obra del Señor. Me dejó en libertad de gastar la cantidad enviada para mi sostén personal, o de cualquier otro modo que el Señor me indicara; solamente pedía que le dijese a que la había aplicado y si había necesidad de más.

Después de un rato de acciones de gracias a nuestro Dios con mi amada esposa, reuní en nuestro pequeño local a los que me ayudaban y les leí una traducción de la carta. No hay necesidad que yo diga

cuánto se alegraron y como juntos alabamos a Dios. Volvieron a sus obligaciones en el hospital con corazones rebosando de gratitud, y allí contaron a los enfermos lo que es nuestro Dios, preguntándoles si alguna vez sus ídolos les habían ayudado de tal modo. El Señor continuó proveyendo todo lo necesario para el sostén del hospital, como también para mi familia, y todo lo demás de la obra misionera que estaba bajo mi cuidado. Y cuando, nueve meses más tarde, tuve que dejar el encargo del hospital por motivos de salud, pude dejar más fondos para su continuación que hubo cuando me encargué de él.

Pero no sólo en la cuestión de fondos vimos la mano de Dios en respuesta a la oración, sino en las vidas salvadas. Personas que entraron en estado desesperado recobraron la salud; y más aún, muchos fueron convencidos de la verdad de Dios, y no pocos buscaron al Señor en fe y oración, y experimentaron su poder en la sanidad de sus almas. Durante los nueve meses ya referidos, dieciseis enfermos del hospital fueron bautizados, y más de treinta se presentaron como candidatos en una u otra iglesia cristiana de la ciudad.

El año 1860 se presentó con puertas abiertas para la evangelización en todas partes; pero el tiempo y las fuerzas físicas no me permitieron entrar por ellas como deseaba. Por algún tiempo mi esposa y yo sentíamos la necesidad de más obreros, y en enero pedimos al Señor de un modo decidido que Él enviara más obreros a esta parte de su gran campo, que es el mundo. Con fecha 16 de enero de 1860 escribí a algunos amigos, exponiéndoles el deseo ardiente de nuestros corazones en las siguientes palabras «¿Conocéis a algunos jóvenes celosos, verdaderos, y deseosos de servir a Dios en China, jóvenes que se contenten con tener solamente lo suficiente para vivir? ¡Ojalá que tuviéramos cuatro o cinco de tales personas! En seis meses podrían empezar a pre-

dicar en chino, y en respuesta a la oración los medios para su sostén se hallarían».

Pero nadie vino entonces para ayudarnos, y como sobre mí pesaban tantas obligaciones, empezó a decaer rápidamente mi salud. Entonces comencé a considerar seriamente si no debía yo volver a Inglaterra para tener algún cambio y descanso. Mucho me costaba resolver esta determinación. La Iglesia y la obra necesitaban nuestra presencia, y era para nosotros una prueba grande el pensar en separarnos de los que habían aprendido a amar al Señor. Había unos treinta o cuarenta cristianos chinos que formaban la recién organizada Ig esia, y la buena asistencia a las reuniones y el ardor de los convertidos nos dieron mucha esperanza de bendición en el porvenir. Mas al fin, y ésto después de repetidos ataques de enfermedad, vimos que los medios más a propósito para que recobrara yo la salud eran el de hacer un viaje a Inglaterra, y estar algún tiempo en un clima más saludable.

Como en otras ocasiones, así ahora el Señor era nuestro amparo. No sólo tuvimos dinero bastante para nuestro viaje, sino también para el de un cristiano chino que nos acompañó para ayudarnos en nuestro trabajo literario, y para dar lecciones de chino a los obreros que el Señor levantara para extender la Misión. Sabíamos que el Señor nos daría estos nuevos obreros, porque Él nos había ayudado a pedírselos en oración durante muchos meses.

El día antes de nuestra partida de China, escribí lo siguiente a un íntimo amigo nuestro a quien habíamos conocido en Inglaterra, y quien siempre había fortalecido nuestras manos en el Señor: «Traemos con nosotros a un joven hermano chino para ayudarnos en nuestro trabajo literario, y espero también que tendrá ocasión de dar lecciones de su idioma a aquellos cuyos

corazones sean inclinados por el Señor a acompañarnos en nuestra vuelta a China».

Durante todo el viaje nuestra oración constante a Dios era que Él hiciese que nuestra estancia en Inglaterra sirviese para levantar a lo menos cinco obreros para la provincia de Cheh-kiang.

CAPÍTULO XVIII

Necesidad de una nueva Misión

«Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.» ¡Cuán verdaderas son estas palabras! Cuando el Señor está para darnos grandes bendiciones del modo mejor posible, ¡cuán a menudo acontece que precisamente entonces es cuando la incredulidad de nuestros corazones se dispone a decir lo mismo que Jacob: «Contra mí son todas estas cosas;» o estamos llenos de miedo como los discípulos del Señor Jesús, cuando andando Él sobre las aguas, se acercaba a ellos para llevarlos en seguida al puerto que deseaban. Y sin embargo, si tuviéramos un poco más de consideración diríamos que Aquel cuyos caminos son perfectos no puede equivocarse; Él ha prometido cuidar de nosotros, aun ha contado los cabellos de nuestra cabeza; es Él, quien ordena todas nuestras circunstancias y ha de saber mejor que nosotros lo que más nos conviene, como también lo que será para la gloria de su nombre.

Dios obra por senderos misteriosos
Las maravillas que el mortal contempla;
Sus plantas se deslizan por los mares,
Y atraviesa el espacio en la tormenta.

Ciega incredulidad yerra el camino,
Y su obra en vano adivinar intenta.
Dios es su propio intérprete, y al cabo
Todo lo ha de explicar al que en Él crea.

A mí me pareció una calamidad el que yo tuviera que dejar la obra en China por motivos de salud, precisamente cuando aquella obra comenzaba a dar tan buenos frutos. Y no tuve menos dolor al llegar a Inglaterra y oír la opinión facultativa respecto de mi salud, de que no podría volver a China por algunos años a lo menos. ¡Cuán lejos de mis pensamientos estaba entonces el que un largo tiempo fuera de China era lo que más convenía para la formación de la *Misión Interior de China* a la que Dios ha dado tanta bendición!

Estando yo en China, las necesidades espirituales de los que me rodeaban me oprimían tanto, que no me dejaban ver las densas tinieblas de aquellos millones de almas.

Como no me era posible volver a China en mi estado débil de salud, empecé a pensar qué podía hacer en favor de aquel país, y ésto me llevó a trabajar con otro en la revisión de una versión del N. Testamento en chino. Al encargarme de esta obra no ví nada más que lo útil y bueno que sería el libro para los chinos; pero después he visto que Dios estaba preparándome a mí por medio de su Palabra, a fin de que yo pudiese dar principio a una obra de evangelización en China más conforme con su voluntad.

Por la meditación de aquella Palabra divina aprendí que para obtener obreros fieles, lo que se necesitaba no eran reclamos elaborados para obtener dinero, sino en primer lugar, *oración* ferviente a Dios para que Él enviara obreros, y luego que éstos mismos sintiesen que no podían quedarse en su país en vista de la necesidad de otras partes. Ví que el plan apostólico no fué procurar medios y fondos, sino ir a hacer la obra, confiando en la Palabra segura de Dios que dice: «Buscad primeramente el reino de Dios, y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.»

Entre tanto mi oración a Dios para que Él levantase cinco obreros para China fué oída; el último de los cuales llegó a Ningpo en septiembre de 1865. Ésto nos alentó para esperar de Dios cosas mayores. Por algunos meses mi amada esposa y yo continuamos orando en favor de China. En una ocasión, cuando yo tenía mucha agonía de alma mientras consideraba los millones que perecían sin el conocimiento de Cristo, salí a paseo por la playa cerca de Brighton, y allí me entregué del todo al Señor para que Él hiciera de mí lo que quisiera. Le pedí allí mismo que me diera veinticuatro obreros, dos para cada una de las once provincias interiores que estaban sin misionero, y dos para Mogolia. Volví a casa con la certidumbre de que el Señor bendeciría su obra, y que yo participaría de la bendición.

CAPÍTULO XIX

La formación de la Misión Interior de China

En el año 1865 fué organizada la *Misión Interior de China*; y los obreros que ya estaban en el país, fueron considerados como miembros de ella. El Sr. W. T. Bérger se encargó de la dirección de los asuntos de la Mi-

sión en Inglaterra; y yo, que esperaba volver a China tan pronto como fuese posible con más obreros, me encargué de la dirección de la obra allí. Para el sostén de los obreros que estaban ya en el país, varios amigos nos enviaban continuamente dinero sin que nunca se lo pidiésemos.

Mas ahora teníamos la esperanza de que habría dieciseis o diecisiete personas que irían, y calculamos que necesitaríamos para el pasaje y otras cosas precisas de 40,000 a 50,000 pesetas. Escribí un librito bajo el epígrafe: «Folleto Ocasional, N.° 1.°», con la intención de escribir números sucesivos en que daría relación de la obra hecha por nosotros en China. En el primer número dí el presupuesto de lo que necesitábamos para la empresa. Creía yo que Dios inclinaría los corazones de algunos para enviarnos donativos. Determiné no solicitar personalmente contribución alguna, ni hacer colectas.

En 6 de febrero de 1866 envié el manuscrito al impresor con un dibujo para la cubierta. La preparación del grabado retardó un tanto la impresión, así fué que no se me hizo la entrega del número hasta el 12 de marzo. Continuamos pidiendo a Dios el dinero que nos hacía falta para el viaje en todo este intervalo, y al examinar las cuentas de la Misión, ví que habíamos recibido casi las 50,000 pesetas. Nótese que esto era antes de publicarse el N.° 1.° de dicho folleto, y por consiguiente la suma recibida no era el efecto de su lectura. Era la respuesta que nuestro Dios en su fidelidad había dado a las oraciones unidas de los que Él había llamado a servirle en el Evangelio de su Hijo.

Mas esta misma respuesta a la oración hizo que fuese difícil poner en circulación el Folleto, porque en él hablábamos de una necesidad que ya no existía. Para allanar la dificultad pusimos una hojita de color en cada ejemplar, diciendo que el dinero que necesitábamos ya estaba en mano. Este caso nos recordó la dificultad que tuvo Moisés—dificultad de rara ocurrencia en nuestros días—y de la proclamación que él tuvo que hacer por todo el campamento al efecto que el pueblo no hiciese más ofrendas para la construcción del Tabernáculo, porque ya tenían demasiado. Estoy convencido de que si hubiera *menos* peticiones de dinero y *más* confianza en el poder del Espíritu Santo, que la experiencia de Moisés sería la experiencia ordinaria referente a toda rama de la obra cristiana.

En abril de 1866 fuí convidado a dar una conferencia sobre la obra en China en una población cerca de Londres; y consentí hacerlo con la condición de que no hubiese colecta. El señor que me convidó, quien presidió también la reunión, me dijo que nunca se le había impuesto tal condición antes. Sin embargo la aceptó, y fueron repartidos impresos invitando a la gente para que asistiesen a la reunión. Con la ayuda de un buen mapa de China, pude dar una idea de la extensión del país y de su densa población, como también de su triste estado espiritual. Muchos quedaron vivamente impresionados.

Al final de la reunión el presidente dijo que conforme con la condición que yo le había impuesto se había anunciado en los impresos de invitación que no habría colecta; pero que él sentía que muchos de los presentes hallarían alivio en su conciencia, y satisfacción al mismo tiempo, si pudiesen contribuir algo para una obra tan buena. Luego añadió que esperaba que yo cedería siendo así que la proposición procedía enteramente de él.

Sentí que no debía ceder aunque la misma buena voluntad me pusiese en un compromiso, y supliqué que se observase la condición que yo había impuesto, dando entre otras razones para no tener colecta la que había dado el bondadoso presidente para tenerla, que era

para mí la de mayor fuerza. Mi deseo no era el dar un alivio a la conciencia de cualquiera de los allí presentes, por medio de un donativo entregado bajo el efecto de una emoción producida por algo dicho en la reunión; sino que cada uno volviese a su casa con un peso sobre la conciencia de las necesidades extremas de China, y que pidiesen a Dios que Él les enseñase lo que El quería que hiciesen; y si después de meditación y oración creyesen que debían dar dinero, que podían enviarlo a cualquiera Sociedad Misionera que tuviese agentes en China, o que podían enviarlo a nuestra casa en Londres. Al mismo tiempo les dije que podría ser que no fuese dinero lo que debían dar, sino una consagración personal para China, o el dar un hijo o una hija, donativos más preciosos que oro o plata, al servicio de Dios. Además dije que, para mí, la tendencia de una colecta es la de producir la impresión de que el dinero es la cosa principal que hace falta, mientras que el dinero por grande que sea la cantidad dada, nunca puede convertir un alma; lo que necesitábamos era hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo que se diesen a la obra para cuyo sostén no faltarían fondos. Como expresé mi deseo con tanta fuerza, el presidente no insistió en hacer la colecta y dió fin a la reunión. Pero no dejó pasar la ocasión después en su casa para decirme que creía que iba yo equivocado, y a pesar de todo lo que había dicho yo, algunas personas le habían dado dinero.

A la mañana siguiente mi buen huésped se presentó algo tarde para el almuerzo, y dijo que no había dormido mucho. Acabado el almuerzo me llamó a su despacho, me dió los donativos que había recibido la noche anterior, y luego añadió: «Creí anoche que Vd. iba equivocado en lo de la colecta, mas ahora veo que tiene razón. Estaba yo reflexionando sobre la multitud de almas que en China, cual un río, están pasando

a la eternidad sin conocimiento de la verdad, y sólo podía hacer esta pregunta: Señor ¿qué quieres que yo haga? Creo que ésto es lo que el Señor quiere, y en el acto puso en mis manos la cantidad de 12,500 pesetas. Dijo que si hubiera habido colecta habría dado algunas libras esterlinas, pero que ahora la cantidad dada era el resultado de haber pasado la mayor parte de la noche en oración.

No hay necesidad que yo diga cuan sorprendido y agradecido quedé al recibir este donativo.

Viaje a China

Al mismo tiempo que se me dió la cantidad ya mencionada, recibí una carta de los Sres. Killick, Martin y C.ª ofreciéndome toda la parte del buque *Lammermuir* destinada a pasajeros. Fuí directamente al puerto para ver el buque, y hallándolo bajo todos los conceptos muy a propósito, pagué el precio en el acto. Como queda dicho, tiempo hacía que teníamos el dinero; pero la coincidencia de la oferta de un buque y del donativo generoso—pruebas de la bondad de Dios—en gran manera me animaron.

El día 26 de mayo de 1866 nos hicimos a la vela para China en el *Lammermuir*, una compañía de 16 misioneros, además de mis cuatro hijos, una niñera y la señorita Bausum, entre todos 22 pasajeros. El señor Bérger se encargó, como queda dicho, de la parte de la obra en Inglaterra, y así la misión quedó inaugurada.

Después de un viaje en que recibimos muchas misericordias de Dios, llegamos con toda felicidad a China, y durante los diez años sucesivos establecimos obra en muchas ciudades de cuatro provincias en las cuales no se había predicado el Evangelio antes. Desde entonces la obra no sólo ha continuado, sino que ha ido en aumento de año en año.

CAPÍTULO XX

La Misión en 1893

El número total de personas pertenecientes a la Misión en mayo de 1893 ascendía a 552, incluyendo las esposas de algunos misioneros y personas asociadas a ellos. Además había 326 naturales del país que ayudaban, 95 de los cuales sin cobrar dinero alguno de la Misión. Todos éstos estaban trabajando como pastores, evangelistas, maestros, colportores, etc., etc., en 14 provincias.

Recibimos candidatos para misioneros sin restricción alguna en cuanto a denominación, exigiendo solamente que sean sanos en la fe, en todas las verdades fundamentales de las sagradas Escrituras. Estos van a China, confiando solamente en Dios para su sostén, con el claro entendimiento que la Misión no les garantiza sueldo alguno; y como la Misión no contraerá deudas, saben que ésta no podrá enviarles más de lo que reciba. Pero no podemos hacer otra cosa que alabar a Dios, pues que durante los veintiocho años pasados siempre hemos podido enviar lo que ha sido necesario. Nuestro Dios ha suplido todo lo que nos ha faltado, y ninguna cosa buena nos ha negado.

Todos los gastos de la Misión son pagados de donativos enviados a las oficinas de la Misión, sin solicitación personal, por los que desean ayudar en esta obra de extender el conocimiento del Evangelio por toda China. Los ingresos durante el año 1892, de la Gran Bretaña, del continente de Europa, América del Norte, Australasia, China, etc., ascendieron a la cantidad de 850,000 pesetas.

Algunos de los misioneros tienen propiedades, y por lo mismo éstos trabajan sin recibir nada de los fondos de la Misión.

Hay más de 200 estaciones que han sido abiertas en catorce de las 18 provincias del Imperio, en las cuales hay misioneros extranjeros u obreros naturales residentes.

SUPLEMENTO

El lector que haya leído las páginas que preceden, naturalmente deseará saber algo más de una Misión tal como la comenzada por el Sr. Taylor. Tendrán interés en saber si ha podido continuar por el mismo camino de fe en Dios para tener el dinero que hace falta sin apelar a los hombres; o si la experiencia de los que continúan la obra les ha enseñado que el señor Taylor en su celo se había equivocado. Para satisfacer este deseo tan natural damos a continuación algunos extractos y datos sacados de las publicaciones de la misma Misión.

A fines del año 1889 se publicó una hoja con el título, *A toda criatura*, en que constaban hechos y datos referentes al estado espiritual de China. Tuvo una circulación extensa y su mensaje llegó a tocar lo íntimo de muchos corazones.

Cinco meses más tarde se celebró en Shanghai una Conferencia misionera, de la cual salió el ruego, que *mil hombres* se presentasen a Dios para dedicarse a la obra de la evangelización de China dentro del término de cinco años. Los allí reunidos, penetrados de la gran responsabilidad de tener delante de sí un Imperio de 300.000,000 de habitantes que yacían en el paganismo, derramaron sus corazones en oración a Dios pidiéndole este refuerzo de hombres para la obra.

Entre los primeros que llegaron a Shanghai como respuesta a esta oración, fué el Rev. C. Parsons de Australia para asociarse a la Misión del Interior. Su presencia era significante como el precursor de los

mil. Luego el Sr. Taylor visitó a Australia donde se quedó cuatro meses, volviendo a China con otros once que le acompañaban. Algunas semanas después llegaron a China más refuerzos, no de Australia sino de las Iglesias escandinavas de los Estados Unidos: una compañía de treinta y cinco en un día, y ésto sin que se hubiese escrito una palabra, ni gastado un céntimo, ni hecho esfuerzo alguno para inducirlos a venir; venían dados por Dios en respuesta a la oración, y como parte de los mil pedidos. Otros quince llegaron dos semanas más tarde, haciendo un total de cincuenta escandinavos. Todos éstos fueron enviados y sostenidos por dichas iglesias escandinavas.

La llegada de una compañía de cincuenta evangelistas y con poco tiempo de aviso, puso en apretura a la Misión con sus pocos recursos para hospedar a tantos. Pero con buena voluntad todo se arregló, y en pocos días los recién venidos estaban vestidos al estilo del país, y entregados al estudio del idioma, y pocas semanas después ya estaban colocados en el interior. Las siguientes notas hechas por una persona que estaba en la Casa misionera en Shanghai, son interesantes como prueba del espíritu que allí reinaba.

«Marzo 12 de 1891. Trece de los hermanos escandinavos emprenden el viaje para el interior esta noche. ¡Cuánto les echaremos de menos! Pocos días hace que llegaron, como extranjeros, y ahora tan conocidos y amados en el Señor. Van al interior, a lo desconocido sin saber lo que les espera, sin embargo, el gozo del cielo ilumina sus rostros, cánticos de alegría salen de sus bocas, y la música de amor divino llena sus corazones. Van sin temor, sin presentimientos. Dios está por ellos, y ellos se dan en favor de los millones que perecen sin conocimiento del Evangelio.

»En la reunión de despedida, y después de un himno, el Sr. Taylor se levantó con su Biblia abierta en la

mano. Todos le miramos atentamente, como quienes esperaban algo bueno que él diría. Leyó el Salmo 146, y luego nos habló en su estilo sencillo; cada frase daba a entender la esencia misma de su rica experiencia de lo que Dios es, y puede ser, para el alma que confía en él solamente. Dijo:

«El guarda verdad para siempre.» Sí, a los queridos hermanos que salen hoy de entre nosotros el Señor dice: «He aquí estoy con vosotros todos los días.» Cierto, y Él guarda verdad para siempre. Esta casa ha sido el primer hogar que Dios os ha dado en China, pero hallaréis que Él os tiene preparados muchos hogares, y os llevará a ellos. Donde Él está hay un hogar. Pues bien, Él está con nosotros en todo lugar y en todo tiempo, así que nunca estamos sin hogar. A veces podréis hallaros oprimidos en China, maltratados. Mas acordaos que Jehová es el «que hace derecho a los agraviados». Podréis hallaros sin dinero, y vuestros amigos pueden olvidaros, o podréis perder todo lo que tengáis y llegar a que os falte. Acordaos entonces que Jehová es el «que da pan a los hambrientos». Posible es que os halléis en la cárcel por causa del Evangelio, como tantos otros, buenos hombres, se han hallado. Notad lo que dice el Salmo: «Jehová es el que suelta a los aprisionados». A veces estamos ciegos y no podemos ver un paso delante de nosotros, ni salida de nuestras dificultades. Pero el Salmo dice que «Jehová abre los ojos a los ciegos». Y ¡cuánto mejor es estar ciego si Él está conduciéndonos, y si Él va a abrir nuestros ojos en el momento oportuno, que tener una vista clara de nuestro natural ingenio para abrirnos camino de nuestra propia elección, que por cierto nos conduciría a mayor dificultad y peligro! También a veces estamos agobiados o caídos. ¿Quién es el misionero que jamás ha tenido tiempos de desaliento? Aunque ésto no debiera ser, porque es un pecado

perder ánimo. Acordémonos que «Él no se cansará, ni desmayará»; y si Él no desmaya, ¿cómo podemos nosotros entregarnos al desmayo? Si el General va a ganar la batalla, los soldados no pueden perderla. Nuestro Salvador Jesús jamás ha perdido batalla alguna; así es que estamos de la parte de quien será la victoria. Con todo, pasa que a veces estamos decaídos, pues, «Jehová levanta a los caídos». Y finalmente, quienquiera que nos aborrezca y desprecie, no importa, «Jehová ama a los justos». Y ahora tengamos presente, «que reinará Jehová para siempre». Jamás habrá un día en vuestra vida o en la mía en que el Señor no reine».

»Nos arrodillamos todos con corazones llenos de amor y gratitud, encomendándonos a Dios en oración. El Sr. Taylor dió expresión en su oración a conceptos como éstos: «Acuérdate siempre, amado Señor, que no son muy fuertes, que sea tu fuerza hecha perfecta en su flaqueza. Acuérdate siempre que no son muy sabios, que tu sabiduría sea su suficiencia en todo tiempo».

»Calló su voz, pero antes que tuviésemos tiempo de levantarnos, uno tras otro de los queridos hermanos escandinavos tomaron la palabra en oración, y aunque lo hacían en un idioma que todavía no conocían bien, mostraban que sus corazones estaban rebosando. Después el hermano Pilquist procuró expresar la gratitud de todos ellos por todo el bien que los de la Casa misionera les habíamos mostrado. Dijo que sentían lo mismo que sintieron cuando dejaron sus hogares en Escandinavia, era salir de debajo del techo paternal. Y, volviéndose al Sr. Taylor, dijo: «He hallado aquí en China un padre y un hogar».

»Tan pronto como el Sr. Taylor le hubo contestado, y antes de dar ocasión a que otro hablara, las voces de los hermanos entonando un cántico llenaron el local, y se podía percibir que salía del fondo de sus

corazones. No había duda, eran obreros a quienes el Señor de la mies había enviado. Su mies en verdad es mucha, pero a la hora undécima el Dueño está enviando a los que recogerán su cosecha, los últimos segadores, sencillos obreros, amantes del Señor y leales a Él».

El doctor Grattan Guinness, refiriéndose a esta Misión Interior de China, escribió: «Los recursos humanos de ella son pocos, y sin embargo es la Misión mayor en el campo más grande de todas las misiones del mundo. En relación a ella el siguiente versículo viene con poder a mi corazón, revelando el poder de Dios para allanar y quitar todos los obstáculos: «¡Qué tuviste, oh mar, que huiste? ¿y tú, oh Jordán, que te volviste atrás?» Y la respuesta magnífica corresponde a las preguntas: «A la presencia del Señor tiembla la tierra: a la presencia del Dios de Jacob» (Salmo 114). Juan Wesley dijo bien: «Lo mejor de todo es tener a Dios con nosotros». Que sea ésto nuestra confianza y nuestro cántico. Ciertamente está en nosotros y con nosotros Aquel ante quien la tierra tembló en los tiempos de Moisés en el Sinaí».

Progresos de la obra evangélica

Para dar una idea general de la obra de evangelización en China, hemos de decir que el Dr. Mórison fué allá en el año 1807, y en el año 1842 solamente había seis convertidos. ¡Tantos años y solamente seis convertidos! Sí, ¡pero cuánto trabajo se llevó a cabo durante aquellos años, aprendiendo idiomas, preparando diccionarios, traduciendo la Biblia, etc., etc.! Pero luego comenzó a dar su fruto todo este trabajo. En el año 1877 el número había crecido hasta llegar a

13,035. En el año 1890 llegó a 37,287; al principio del movimiento Boxer el número de miembros comulgantes era cerca de 100,000, y si a este número se añade el de los adherentes y catecúmenos, el total no bajaría mucho de 250,000.

Era una verdad reconocida, tanto por los chinos como por otros que se enteraban de la obra, que los progresos que se hacían eran grandes. La Misión Interior lo reconoció con hacimiento de gracias a Dios, de quien viene todo progreso verdadero, pero al mismo tiempo veía que, considerando la grandeza de la empresa de llevar el Evangelio a los 300 millones de habitantes de China, lo hecho no era sino como un grano de arena al lado de lo que faltaba hacer.

Pero esta obra buena y floreciente tenía que pasar por una prueba de verdadera persecución. Desde el principio de las Misiones en China hubo, como en todas partes, persecuciones; pero nunca se había hecho un esfuerzo premeditado y sistemático para desarraigar del todo el Evangelio como se hizo en los primeros meses del movimiento Boxer. En los primeros siglos del cristianismo las persecuciones, generalmente, se limitaban a ciertas provincias y por algún tiempo; pero la de los boxers recuerda los tiempos del emperador pagano Diocleciano, o las de historia más moderna en contra de los albigenses, hugonotes, y la horrible matanza llamada de San Bartolomé: persecuciones y matanzas ordenadas por la Iglesia romana.

El levantamiento Boxer

Seis años después de la estadística dada en la Autobiografía, capítulo 20 (véase página 84), referente al número de misioneros, obreros indígenas, miembros

de iglesias, etc., vino el levantamiento de los boxers entre los años 1899 y 1900. En aquella terrible matanza, la Misión Interior de China fué la que sufrió más que ninguna otra Sociedad misionera. De los 127 misioneros y 44 niños de todas las Sociedades misioneras evangélicas de cuya muerte violenta se tiene noticias, 52 adultos y 16 niños pertenecían a la Misión Interior. Ha sido imposible averiguar con certeza el gran número de cristianos naturales del país que encontraron el martirio a manos de los boxers. Hasta ahora se ha llegado a calcular el número en unos 16,000.

A continuación traducimos extractos de una carta publicada en *The Times* del 15 de octubre de 1900 que revela la ferocidad con que se llevó adelante la obra de matanza:

«Al anochecer, y de repente, se oyó por todas las partes de la ciudad (Pekín) los gritos más horrorosos, parecían los de tantos endemoniados. Eran los gritos de los boxers, que decían: «Matad los demonios», y estos gritos se mezclaban con los clamores y ayes de las víctimas. Los boxers pasaban por toda la ciudad matando a los cristianos naturales y quemándolos vivos en sus casas. Las llamas de los incendios subían de muchos distritos de la ciudad. Daba miedo ver y oir lo que pasaba.

»Por la mañana del día siguiente las legaciones americana y rusa enviaron compañías de hombres con la esperanza de rescatar a algunas de las víctimas, y por la tarde las legaciones británica y alemana hicieron otro tanto, para salvar, si fuese posible, a los chinos que estaban pereciendo en las llamas de los edificios incendiados. Lo que vieron apenas se puede describir: Mujeres y niños hechos pedazos, hombres amontonados, sin orejas y sin narices y con los ojos vaciados. Pasando los de las legaciones delante de un Templo taoista oyeron gritos de adentro, y forzaron la entra-

Chinos amotinados

da. Allí hallaron a los cristianos naturales, atados codo con codo, esperando el momento de su muerte. Algunos ya habían sido muertos, estando los cadáveres aun calientes y desangrando: todos horriblemente mutilados. Los diabólicos matadores estaban entonando sus rezos y quemando incienso ante sus dioses, mientras presentaban los cuerpos muertos de los cristianos para apaciguar sus ofendidas deidades.

»El fuego de la persecución encendido en Pekín se propagó en seguida a todas partes del Imperio, donde la gente oficial se prestaba a llevar a cabo las instrucciones recibidas del Gobierno. Cumpliendo órdenes recibidas de la Corte, las Autoridades mandaron a todos los cristianos que colocasen en las puertas de sus casas una retractación de su nueva religión bajo pena de perder sus propiedades y probablemente sus vidas. Los registros de las iglesias fueron tomados, y por medio de éstos los boxers fueron de casa en casa buscando a los cristianos, saqueando, incendiando y matando sin misericordia».

Nuestro espacio no nos permite dar un relato detallado de como muchos de estos cristianos encontraron su muerte, como héroes de la fe. La historia está escrita en el cielo y la corona de los mártires les espera. Pero no podemos resistir el deseo de relatar algunas de las experiencias de los que al fin escaparon con vida.

Hambre y desnudez

Extractos de una carta del Sr. Glover a sus padres en que se deja ver la mano de Dios preservando a sus siervos de los que deseaban matarlos.

«17 de agosto de 1900. Es debido solamente a la infinita misericordia de Dios que volvéis a ver una vez

más la letra mía. Desde mi última carta hemos estado, como dice el apóstol Pablo, «en muertes, muchas veces», y hemos escapado vez tras vez cuando ya habíamos perdido toda esperanza.

»Comenzaré con la fecha 6 de junio. Por causa de una prolongada sequedad se organizó una procesión pagana para alcanzar lluvias, y esta procesión atacó nuestra casa poco después de la media noche, mas sin otras consecuencias que las de revelar el espíritu revoltoso que les animaba; pero nos sirvió de aviso para que llevase a mi querida Flora (esposa del misionero) a algún puesto donde pudiera estar con más quietud que aquí en Lu-an. Después de encomendar el asunto a Dios, determinamos salir inmediatamente para Chefoo en dos literas de mulas.

»Las noticias de Pao-ting-fu eran que las cosas allí iban aún peor, y que los caminos estaban en poder de los boxers. Así volvimos a Lu-an con la esperanza de tomar el camino a Ho-nan, que se decía era más seguro. A diez millas de Shun-teh nos apedrearon y capturaron, y nos vimos entregados a muerte, y cómo nos libramos no lo sé, sino por una interposición invisible de Dios en nuestro favor. Pude enviar una nota al Sr. Griffith en Shun-teh por uno de nuestros muleteros, pidiéndole que se viera con el mandarín para que nos enviara una escolta. Me volvió respuesta que la ciudad estaba amotinada, y que él y los suyos salían huyendo aquel mismo día. No oímos hablar más de ellos, y suponemos que fueron muertos. Volvimos de nuevo a Lu-an el día 3 de julio. Fuí al Yamen (residencia oficial del mandarín) para saber si era verdad que la Emperatriz había dado un Decreto secreto a los mandarines al efecto de que retrajesen toda protección a los extranjeros. El mandarín rehusó verme, pero un delegado suyo me aseguró que no había cuidado alguno, que todo era habladurías de la gente.

»Otra vez salimos de Lu-an con literas de mulas. En el camino hallamos a muchísimos hombres armados de lanzas o de algún otro instrumento que hallaban a mano. A cierta señal cayeron sobre nuestras literas, y como fieras tomaron todo nuestro equipaje. En seguida cogí al niño Hédley, mientras que Flora con Esperanza desaparecieron literalmente entre una masa de seres feroces. No creía posible que saliesen vivas de sus manos. A gran sorpresa y satisfacción mías salió con la niña, pálida y con su cabello desarreglado, pero con calma y sin haber recibido daño personal. La señorita Gates también se libró milagrosamente. En medio de un ruido infernal, se llevó a cabo el robo de nuestros bienes, y entonces nos dejaron.

»Dimos gracias a Dios por habernos preservado la vida, y emprendimos el camino hacia Kao-ping, porque volver a Lu-an era volver a una muerte segura. Pero enseguida otros hombres se echaron sobre nosotros, y con una violencia sin igual comenzaron a arrancarnos las ropas que llevábamos encima, rasgándolas cuando no hallaban fácil el desnudarnos de ellas. A mi esposa, la Srta. Gates y los niños les dejaron casi desnudos y a mí desnudo excepto las medias y una faja de franela. Y ¡cosa extraña! no intentaron matarnos, aunque creo que deseaban hacerlo. De entre ellos alguien me dió un par de pantalones viejos, y otro me echó una chaqueta andrajosa de un mendigo.

»Luego nos dejaron, y seguimos el camino hasta llegar a otro pueblo donde nos encontramos con otra partida de revoltosos como los que habíamos dejado detrás. Nos dijeron que tomáramos cierto camino, en el cual creo que querían atacarnos, pues oímos el sonido del *gong* (un instrumento chino de percusión). Pero el Señor nos guió por otra senda que iba a parar en una riera. Tan pronto como comenzamos a tomar esta senda todos los revoltosos se pararon, pero ni uno

sólo se atrevió a seguirnos. *No sé por qué no lo hicieron;* así solos, nos sobrecogió la noche, pero hacía buena luna. Luego tropezamos con cuatro hombres que estaban sentados y armados de azadones. En seguida se levantaron y dijeron que les siguiéramos al Templo donde podríamos hallar lugar para pasar la noche. Viendo que no estábamos dispuestos a obedecerles, comenzaron a insultarnos, y nos pidieron dinero, pero como les dijimos que no teníamos un céntimo, cayeron sobre las señoras arrancando a mi esposa y a la Srta. Gates más de la poca ropa que les quedaba. A mi me dejaron con mi traje de mendigo. Les eché en cara su mala conducta para con las señoras y entonces, de mala gana, devolvieron algo de lo que habían tomado, y se marcharon para llamar a otros. En seguida huímos por la riera hasta llegar a un cementerio donde entramos y nos echamos bajo el abrigo de unos cipreses, y dormimos hasta la media noche. Entonces, levantándonos tomamos la dirección de unas colinas esperando hallar algún lugar donde escondernos. De nuevo nos echamos, y pronto nos quedamos dormidos a pesar del frío.

»El día siguiente era domingo, 8 de julio. Pronto sentimos que el sol quemaba, y no había en aquellas colinas protección alguna de sus rayos; también comenzamos a tener una sed que nos consumía. Un río pasaba al pie de la colina y mandé a Sheng-min a ver si no podía traernos agua. Fué, pero no volvió. Entretanto Flora estaba a punto de desmayar y lo mismo pasaba a la Srta. Gates. Así que la necesidad nos obligó a salir de nuestro escondrijo en busca de agua, aunque los revoltosos nos hallasen. Al fin llegamos al río, cuya agua era muy turbia de tanta tierra que llevaba, sin embargo, para nosotros, era dulce como de la fuente más pura.

»En un templo no lejos de donde nos encontrábamos

se celebraba un culto, y pronto vino a pasar por donde estábamos una procesión de mandarines. Cerciorándose de que éramos nosotros, fueron dadas órdenes de buscar un carro, y una vez obtenido, se nos dijo que subiéramos en él. Estaban buscándonos de orden del mandarín de Lu-an, y tenían órdenes de llevarnos a Han-kow.

»Al principio rehusé subir al carro, creyendo que era una mala treta de los boxers para llevarnos a algún punto para matarnos. Pero los papeles llevaban el sello oficial, y me parecían legítimos; además, pensaba, si es para muerte, moriremos, porque tampoco podíamos vivir como estábamos, y si de veras eran enviados por el mandarín, entonces era una señal de que el Señor quería que viviéramos para alabarle. Creo que este pensamiento fué dado de Dios, pues jamás me dejó, aun cuando nuestro caso parecía más desesperado que nunca, y me guardaba en paz perfecta. ¡Oh cuán real es la consolación de «las preciosas y grandísimas promesas» que el Espíritu Santo hace llegar a nuestros corazones en tiempos de tan grande tribulación!

»Habíamos perdido nuestras Biblias cuando perdimos todo lo demás. Y viéndonos sin nuestra preciosa Biblia, estaba para decir: Todo está perdido. Por la primera vez en mi vida, tengo que confesar que no poseía una Biblia. Pero, ¡bendito sea Dios! podía decir: «En mi corazón he guardado tus dichos.» Muchas veces comíamos «el pan de angustia, y bebíamos el agua de aflicción», en cuanto a las necesidades materiales; mas aun entonces el Espíritu de Dios trajo a nuestra memoria las verdades de Cristo, y nos alimentábamos de la abundancia de su casa. Creo que el último artículo nuestro que vimos en las manos de los hombres malvados que nos robaron, era una Biblia pequeñita de bolsillo, que era de mi amada Flora, y que ella había

metido en el bolsillo para leer cuando hubiera ocasión en el camino. Ella suplicó con ruegos al hombre que se la quitó que a lo menos le devolviera aquel libro, mas no quiso.

»Determinamos subir al carro que el mandarín había puesto a nuestra disposición. Era un carro de malas condiciones, y el camino pésimo, pero nos era una ayuda para llegar a donde deseábamos ir. Nos apeamos en Wang-fang para la comida del medio día. La gente se mostró muy excitada al vernos, y rodearon la posada. Pronto vimos que estábamos en manos de los boxers. La puerta del cuarto donde estábamos era guardada por un boxer, y centenares de hombres llevaban la divisa de boxer. La gente oficial del Yamen no parecían, y afuera había mucho movimiento, y por ciertas palabras que llegaban a nuestros oídos bien entendíamos lo que querían. Iban a matarnos; y a una cristiana, la señora Chin, conocida en la población, que habían tomado presa, después de saquear su casa, la trajeron a la posada para matarla juntamente con nosotros. Iban a quemarnos vivos y ya traían la leña para ello. Pero resultó que la escolta enviada del Yamen no quería comprometerse para tanto, aunque tengo motivos para creer que sus corazones más se inclinaban hacia los boxers que hacia nosotros.

»Al disponernos para continuar el viaje, la señorita Gates se enteró de la trampa que armaban para perdernos. Iban a enganchar la mula, y sin darnos tiempo para subir al carro, marchar a toda prisa, dejándonos en manos de los boxers. Sabiendo ésto subimos al carro antes que hubiesen enganchado la caballería. Entonces se pusieron furiosos los oficiales, y los boxers venían tras nosotros gritando y maldiciendo».

Después de tres o cuatro experiencias semejantes a las citadas, el misionero continúa:

«Con el carro llegamos a Yin-cheng, cerca de la

media noche. Nos metieron dentro de la puerta de la ciudad, señalándonos un rincón donde debíamos pasar la noche. Cinco mendigos se hallaban allí durmiendo. La inmundicia que había en aquel lugar era imposible describir. No teníamos nada en qué pudiéramos echarnos, ni nada con qué cubrirnos, y hacía bastante frío. No teníamos nada para comer, y tampoco podíamos conciliar el sueño.

»El día siguiente, 9 de julio, preguntamos por el oficial encargado de nuestro carro, pero en vano. Las horas pasaron sin que viéramos señal de él. Un hombre bondadoso de una tienda cercana tuvo compasión de nosotros, y nos dió tanta agua como necesitábamos. ¡Que el Señor tenga presente estos vasos de agua! Cerca del medio día el oficial se presentó con dos carritos propios de este distrito montañoso. En éstos hicimos aquel día un viaje de 32 kilómetros en unas siete u ocho horas por un camino escabroso. ¡Que de golpes no sufrimos!

»Al llegar a Kao-ping nos trataron bien. Un oficial del Yamen me dió una toga vieja suya, así pude dejar mi chaqueta andrajosa de mendigo. Él me había oído predicar el Evangelio en un lugar cerca de su ciudad, y también me dió como dos pesetas y media para la comida del día siguiente».

La señorita Gates, continuando la historia de este viaje describe como llegaron a Sin-yang donde el mandarín les recibió bien y les mostró todas las atenciones posibles proveyéndoles de cuanto les hacía falta, y viendo la extrema debilidad de la Sra. Glover, le dió vino, y ordenó gallinas para caldo cada día. Allí llegaron otras señoras escapadas, las que igualmente fueron objeto de su cuidado y esmerada atención. Pero allí murieron dos de la pequeña compañía, y dos días después de emprender la marcha hacia Han-kow falleció otra señorita. En cuanto al señor

Glover y su esposa y familia llegaron bien a un punto de seguridad donde recibieron toda clase de cuidados; pero la señora, después de haber dado a luz una niña, falleció también juntamente con la recién nacida. No era nada de extraño después de tantos trabajos y sufrimientos. Parece un milagro que pudiesen resistir hasta el extremo que resistieron.

Extractos de una carta del Sr. Green

en la cual se revela como Dios puede disponer de los que han de servir a los suyos como Él quiere. La familia del Sr. Green se componía de él, su esposa, una niña, Vera, de cinco años de edad, Juan, de tres años, y la señorita Gregg.

«La gran sequía que prevalecía por toda la provincia, ayudó sin duda, a producir un malestar general, y a fomentar el movimiento antiextranjero. Apenas había habido lluvia desde julio del año anterior, de modo que se perdió la cosecha, y tampoco se podía hacer la siembra esta primavera. Los antiextranjeros tomaron ocasión de esta sequía para malquistarnos con el pueblo, publicando por carteles, etc., que no habría lluvia hasta que todos los extranjeros fuesen exterminados.

»Desde entonces los cristianos y algunos que asistían a las reuniones, empezaron a tener cuidado. Otros naturales que nos eran simpáticos procuraron asegurarnos que el pueblo de Huy-luh no pasaría a cometer actos de violencia contra nosotros, pero que debíamos orar a Dios por lluvia. Nos dimos a la oración y alentamos a los cristianos a hacer lo mismo. Era tiempo de mucha prueba.

»Cerca de la media noche del 12 de junio (1900) me desperté y ví que un hombre se había introducido en

nuestro dormitorio. Me levanté de repente, pero él salió a escape. Ésto fué el principio de otras semejantes alarmas que tuvieron lugar por la noche, y nos tenían en constante cuidado.

»El día 30 de junio comenzó una lluvia copiosa que duró por tres días, la que fué suficiente para permitir la siembra de otoño, y así salvar el distrito del hambre temida. Viendo como Dios había enviado la lluvia en respuesta a mucha oración, no pudimos impedir las lágrimas de gratitud que sentíamos hacia Él; y esperábamos que nuestros cuidados ya eran pasados, pues que la gente se ocupaba en los trabajos del campo, y que habría más tranquilidad. Pero el 2 de julio, mientras estábamos en nuestro culto de familia, llegó un mensajero de las oficinas de telégrafos con la noticia de que la casa de la Misión y sus dependencias en Paoting-fu habían sido todas destruídas el día anterior, y todos los extranjeros muertos con la excepción de dos señoras, que se hallaron en el Yamen del distrito, y que muchos naturales, tanto protestantes como católicos, habían perecido. Luego supimos que el Gobernador de Shansi estaba en camino con soldados y boxers, y que una Misión católica había sido quemada y algunos extranjeros muertos; entonces comenzamos a considerar la conveniencia de buscar algún punto donde pudiéramos refugiarnos, hasta que este Gobernador y los suyos hubiesen pasado. ¡Cuán de corazón pedíamos a Dios que nos guiara! Porque todas las estaciones misioneras al norte, sud, este y oeste de nosotros estaban ya destruídas.

»El Gobernador era esperado el día siguiente, así creíamos que sería prudente dejar la casa para buscar algún refugio en algún escondrijo de la montaña. Tuvimos una reunión de oración con los cristianos naturales del país encomendándonos al cuidado de nuestro Padre celestial, y a las 10 de la noche enviamos delante a tres

hombres con ropa de cama, utensilios para guisar y algunas provisiones, y cerca de la media noche salimos con un criado, llevando los dos niños que dormían en brazos para llegar a nuestro refugio en la montaña, que distaba una legua. No es fácil describir todo lo que pasaba en nuestro interior mientras subíamos aquellas cuestas escabrosas y de noche. Cuando llegamos, el día amanecía, y ¡qué terror nos produjo descubrir que el menor ruído producía un eco que era repercutido por todas las colinas de alrededor! y guardar a los niños todo el día en un silencio absoluto era un trabajo sumamente difícil.

»Cerca de la media noche del día siguiente, 8 de julio, nuestro cocinero llegó con dos amigos trayéndonos comida y noticias que nos habrían llenado de consternación si no hubiéramos tenido en nuestra ayuda a nuestro Padre celestial. Nuestra casa había sido saqueada por los boxers aquel día, y ahora nos hallábamos sin casa en el mundo.

»Allí nos quedamos por algunos días protegidos por el guarda de un santuario que había en aquella montaña, hasta que se supo en el pueblo cercano donde estábamos. Entonces vino un hombre acompañado de un sacerdote pagano; éste se mostró más o menos simpático, pero el otro era un matón. Nos obligaron a salir inmediatamente. Les dije que saldríamos tan pronto como pudiéramos recojer lo poco que teníamos. Pero ¿a dónde iríamos? Nuestros ojos se dirigieron a nuestro Padre celestial, esperando que Él nos abriera camino. Además de nuestras ropas, etc., teníamos que llevar a los dos niños, y antes de emprender el camino procuramos comer de lo que teníamos a mano, no sabiendo donde tendríamos la próxima comida. En ésto el guarda vino, y al verle supimos que Dios había oído nuestra oración, y le dimos gracias. El buen guarda nos animó diciendo: «No tengan cuidado, tengo otro lugar

para Vds.; es una cueva natural muy arriba en la montaña, la entrada es pequeña, pero hay mucho espacio dentro, y muy pocos saben de su existencia. Allí estarán Vds. perfectamente seguros hasta que puedan hallar algo mejor». En seguida, cogiendo el mismo la mayor parte de nuestras cosas, tomó la delantera, y nosotros le seguimos llevando cada cual su carga. La queridita Vera corría cuesta arriba por la senda escabrosa como una cierva. Pero luego llegamos donde no había senda y era cuestión de trepar de un punto a otro, llevando en brazos a los niños; con todo, después de dos o tres tropezones llegamos y nos sentamos faltos de respiración, en una verdadera «hendidura de la peña».

»Cuando llegaron las noticias a nuestros amigos de la ciudad de que nos habían sacado de nuestro escondrijo, se llenaron de desmayo, y cinco o seis de ellos, sabiendo que nos era imposible alejarnos mucho de aquellos contornos, nos buscaron todo el día por toda cueva y rincón que les eran conocidos. Uno de ellos, nuestro cocinero, se encontró con una partida de ocho o diez boxers armados que le preguntaron si él también estaba buscando a los demonios extranjeros.

»Estábamos escondidos tanto de nuestros amigos como de nuestros enemigos; porque cuando nuestro Dios esconde nadie puede descubrir. Esta salvación de las manos del enemigo fué la primera de las muchas y maravillosas que nos fué concediendo nuestro Dios más tarde; porque ciertamente si aquellos hombres nos hubiesen hallado, nos habrían matado. Al anochecer se volvió nuestro cocinero a su casa cansado y hambriento sin haber podido hallarnos. Allí le dijeron que un hombre había estado para verle, y por la descripción que le dieron de tal visitante, él creyó que sería el guarda del santuario, y que debía saber algo de nuestro paradero. Después de comer un bocado, tomó de nuevo el camino a la montaña a casa del guarda del santuario, y a las 10 de la noche los dos llegaron a nuestra cueva. ¡Qué encuentro! ¡Cuánto alabamos a nuestro Dios! Había traído consigo una grande botella de té y alimentos, y también la buena noticia de que otro criado había hallado lo que se creía una excelente retirada para nosotros. Era tarde entonces para emprender el camino a ella, pero la noche siguiente volvió a venir con seis hombres más para ayudar a trasladarnos a nuestra tercera vivienda, distante de la cueva como una legua. Los días que pasamos en la cueva habían sido un tiempo de prueba. La humedad penetraba hasta los huesos, y teníamos poco que comer. Pero el Dios que envió los cuervos con alimento para Elías envió pan y pepinos para nosotros por un hombre que en otro tiempo nos había servido. Con gratitud aceptamos la ayuda de los que habían venido para trasladarnos a otro lugar. Uno de ellos llevó a Vera sobre sus espaldas, y Juanito dormía en los brazos de otro, los demás tomaron lo que nos quedaba de las cosas de este mundo, y salimos en fila. Una luna llena, por una parte nos ayudó a ver la senda, y por otra nos exponía a que alguien nos descubriese. Llegamos a la nueva estancia a la una y media de la madrugada, sin que nadie nos viera.

»El dueño de la casa nos recibió con mucha amabilidad, asegurándonos que haría cuanto pudiese para nuestro bien. Más tarde, sin embargo, empezó a comprender la gravedad de su situación, al tener en su casa a extranjeros.

»Tres semanas pasamos en la casa de campo a que se ha hecho referencia, cuando se supo en el pueblo que estábamos allí. Esta noticia llevó al dueño de la casa a preparar otro lugar en caso de urgencia, y ésto lo hizo abriendo un boquete en una parte de la montaña que guiaba a otra habitación que estaba detrás, donde podríamos correr para escondernos. Era jueves por la mañana, 10 de agosto, cuando se nos avisó que

venían unos hombres. Corrimos a nuestro escondrijo, pero nos descubrieron. Pensábamos en qué vendría a ser de los queridos niños cuyas lastimeras preguntas eran: ¿Nos van a matar? ¿Lo harán ahora? Palpando el camino para ir adelante, y al momento de arrastrarme por el boquete, uno de los boxers me hizo una descarga de perdigones que me dió en la cabeza y hombros. La sangre corría por mi cara, pero pude volver a la cueva donde estaba mi esposa. Allí nos encomendamos a nuestro Fiel Criador, y salimos al encuentro de los enemigos, yo llevando en mis brazos a uno de los niños, y las señoras llevando por la mano a la otra.

»En seguida nos prendieron, y habiendo tomado lo que teníamos de ropa de cama, comenzaron a registrar nuestras personas, arrancando de mi esposa su anillo de casamiento, etc. De la Srta. Gregg tomaron una pequeña Biblia, y después de examinarla, se la devolvieron; su lectura nos era un gran consuelo en medio de todas nuestras pruebas.

»A gran sorpresa nuestra, en vez de matarnos, nos llevaron a la ciudad, donde nos entregaron al mandarín, quien ordenó que fuésemos alojados en el Yamen para mayor seguridad. Examinando mis heridas, se vió que no había nada de cuidado, debido a la posición inclinada en que me hallaba al salir del boquete cuando me alcanzó la descarga. Con profunda gratitud dimos gracias a Dios por esta nuestra segunda salvación de las manos de nuestros enemigos.

»Las autoridades dieron órdenes para que nos llevasen en un carro desde allí a Pao-ting-fu. Solamente los que han viajado en el norte de China pueden entender lo que es viajar en los carros chinos, día y noche, sin descansar por cuarenta horas. Aunque las autoridades se habían encargado de nosotros, de hecho estábamos en manos de los boxers. Uno de ellos se nos mostró fa-

Un carro chino

vorable, y debido a él nos salvamos por tercera vez. Por medio de este hombre alcancé tener una entrevista con el mandarín quien manifestó tener lástima de nosotros, y dijo que las Potencias de Europa, incluyendo mi honorable nación, tenían la culpa, por lo que habían hecho a China.

»De allí nos enviaron adelante, a dónde, no sabíamos. Uno de los que nos llevaban me dijo que tenían órdenes del Gobernador de llevarnos hacia el río, y allí matarnos. Pero aun entonces algunos nos demostraron cierto afecto. Yo tenía a Juanito en mis brazos, y creo que Dios conmovió a aquellos hombres para tener compasión de nosotros en vista de los dos queridos niños. Así por cuarta vez el Señor nos libró.

»Pasamos luego a manos de otros hombres más crueles que nos golpearon de mala manera. A Juanito le ataron manos y pies, a Vera le ataron las manos detrás, y así nos tenían como a presos que esperan la muerte. Les rogué que si tenían intención de matarnos que lo hiciesen cuanto antes, y no hacernos pasar por tantos sufrimientos. En lugar de hacer ésto nos enviaron adelante y por quinta vez el Señor nos libró de sus manos.

»El sábado por la noche me llevaron ante una compañía de profesores y comerciantes, personas de respeto en la ciudad, y aunque eran también boxers, determinaron protegernos en contra de la gente armada. De veras, éramos una maravilla a muchos. Los que no conocen a Dios pueden extrañarlo, pero nosotros sabemos que Dios obraba por nosotros y que esta sexta vez la salvación era de Él y no del hombre.

»Una tarde durante nuestro cautiverio estaba yo cerca de las señoras y de los niños, procurando librar a éstos de la molestia de las moscas con un abanico. Los que nos guardaban dormían, y un hombre, al parecer curioso, se acercó a nuestra celda, y echó un papel

que cayó en el suelo. No hice caso, hasta que me hizo señas para que lo recogiese. Entonces cogí el papel y leí en él: «No tengáis miedo, casi todos los bandidos chinos han sido muertos por los chinos y los soldados europeos. Pekín y Tien-sin están en manos de los extranjeros. Voy a Tien-sin para decir a vuestros compatriotas que os protejan.»

»Ahora nuestra situación comienza a mejorar rápidamente. Nos dan más ropa de cama, y también se me permite tener un barbero que me afeite, así de miserables presos pasamos a ser huéspedes de honra.»

La Srta. Gregg que había pasado por todos los trabajos relatados y muchos otros no relatados, concluye la historia de su liberación en estas palabras:

«Lo que precede es de la pluma del Sr. Green mientras estábamos en Pao-ting-fu, pero una grande pena nos sobrevino después: la muy queridita Vera murió el 10 de octubre de disenteria, después de diez días de enfermedad. Ésto fué un golpe doloroso para todos nosotros. El Sr. Green se halla en un estado de colapso, demasiado enfermo para trasladarse a Tien-sin, aunque podía tener una escolta de tropas inglesas. Los franceses fueron los primeros en llegar aquí el día 13 de octubre, y el 16 el coronel francés envió a buscarnos; el Sr. Green fué llevado en ambulancia al campamento francés. Ayer llegaron más tropas, entre éstas algunas de nuestra amada patria, a las órdenes del general Gaselee, y vamos a ser trasladados a la protección de la bandera inglesa. Estamos en salvo.»

Las causas del levantamiento

De un libro escrito por M. Broomhall, B. A., sobre los Mártires de China, entresacamos lo que sigue sobre las causas del movimiento Boxer:

«En el año 1898 la Real Sociedad Geográfica de Londres publicó un atlas histórico del Imperio de China, en que se delineaban las fronteras de las muchas dinastías que ha habido en China desde el año 2205 A. C. (es decir, más de cuatro mil años pasados) hasta el presente tiempo. Una nación que haya existido por tanto tiempo, ha de tener por fuerza una historia maravillosa, y tal historia ha de mostrar característicos raros. El conocimiento que tiene el chino de su pasado sin igual en el mundo, le llena de un orgullo que le es peculiar.

»A un europeo, con su afición a los cambios y admiración al ver la rapidez con que las invenciones modernas siguen las unas a las otras, no le es fácil apreciar el patriotismo chino con su amor tenaz a las tradiciones sin mudanza de un tan largo pasado. En algunos respectos el entendimiento suyo es un contraste completo del nuestro. Nosotros casi adoramos lo nuevo, mientras que él tiene una gran reverencia para lo antiguo.

»Para contestar a la pregunta, ¿cuáles han sido las causas de tanto trastorno en China? daremos una relación según nuestro entender de las que lo han motivado, aunque sin decir que todas sean malas. Todo progreso es repugnante al entendimiento de un chino, y contrario a su educación. Para nosotros, Abraham es un ejemplo de fe que admiramos, sin que ésto nos lleve a aceptar su vida nómada. No es así con el chino. Él admira no solamente las doctrinas y enseñanzas de Confucio, sino que le es casi de igual importancia imitarle en su modo de vestir, y guisar su comida. Cualquier cambio de las costumbres de lo pasado le es insoportable.

»Desde el principio, pues, podemos entender como el espíritu de empresa y adelantos del europeo y del americano no le sería agradable. Aun si nuestras relaciones comerciales hubiesen sido todo lo que debían haber sido, es probable que China habría levantado obstáculos en el camino de nuestras relaciones internacionales; ¿cuánto más cuando hombres sin conciencia, bajo la protección de la bandera inglesa, comenzaron el comercio contrabandista del opio? Luego en las guerras que se han suscitado, los chinos han tenido que pagar los platos rotos. Es muy posible que sin estas guerras el país habría estado cerrado en contra de todo lo que es extranjero. No sabemos; pero decimos que es un mal y una iniquidad que el comercio del opio fuese causa de guerra.

»Entonces vino, en el año 1897, el acto de los alemanes, que tomaron a Kiao-chau por haber matado los chinos a dos misioneros alemanes. Esto despertó una mala voluntad en contra de las Misiones y de todo lo que olía a extranjero. También despertó en las Potencias de Europa el deseo de ocupar territorios chinos. Los chinos sabían ésto perfectamente, y publicaron mapas en que se delineaba la esfera de influencia que cada nación quería tener en su país. Estos mapas fueron circulados entre el pueblo, y se aumentó en gran manera el desagrado del chino. La Emperatriz viuda empleó su gran poder para fomentar un espíritu contrario a toda concesión al extranjero; y en noviembre de 1899 publicó un Decreto Imperial en que decía: «Nuestro Imperio está muy trabajado y cada día se nos aumentan los peligros. Varias Potencias echan miradas sobre nosotros con la voracidad del tigre, empujándose la una a la otra en sus intentos de ser la primera en tomar posesión de nuestros territorios, aun de los más céntricos. Creen que China ni tiene dinero ni ejército, y que por consiguiente no tomará la defensiva. No entienden que hay ciertas cosas que no podemos consentir, y si nos aprietan demasiado no habrá otra alternativa que la de confiar en la justicia de nuestra causa».

»Otra importante causa de irritación fué la política observada por la Iglesia romana. Sin que digamos nada en contra de los curas como hombres, la política de la Iglesia ha sido manifiesta a todo el mundo. Por medio del Embajador francés se alcanzó del Gobierno chino que toda la jerarquía romana tuviese rango oficial en el país. Los obispos debían tener el rango de virreyes, etc., etc. El efecto de ésto era que en las cuestiones de tribunales, los obispos ejercían una influencia enorme que empleaban en favor de los que se hacían católicos, cuando se trataba de asuntos políticos y judiciales. En vista de tales ventajas, hombres sin conciencia se hacían católicos con la sola mira de alcanzar sus fines particulares. Ésto pues, aumentó el disgusto de los chinos en contra del extranjero. En este particular bien sabido es que las Misiones evangélicas rehusaron aceptar estos grados oficiales que más tarde les fueron ofrecidos por el mismo Gobierno chino.

»La adquisición de tanto poder político y judicial en China por la jerarquía romana no tardó en crear serias dificultades, y como consecuencia de ello se inflamó un sentimiento anti-romanista. Uno que ha estado diez y ocho años en China, da su parecer sobre el asunto en estas palabras: «No ha sido la codicia de las grandes naciones de Europa, ni las inundaciones recientes, ni los trabajos de compañías mineras y de ferrocarriles, ni aún la predicación del Evangelio, lo que ha causado el levantamiento Boxer. La causa inmediata ha sido la aversión que el pueblo sentía hacia el catolicismo romano, y la ciudad donde comenzó fué Ki-chou en Pao-ting-fu.

»Que el Gobierno chino fué responsable de las horribles matanzas, y de la determinación de acabar con el elemento extranjero en todo el Imperio, es una verdad bien probada por los Decretos Imperiales y documentos oficiales que más tarde cayeron en manos de los Gobiernos aliados, y por el testimonio de oficiales chinos de varias partes del Imperio.

»Quizás el Decreto más infame de todos fué el que la Emperatriz telegrafió a todo el país en el mes de junio de aquel año. Decía: «Los extranjeros han de ser matados; si se disponen a retirarse, ésto no obsta a que sean matados». Se dijo que cuando este telegrama fué despachado al sur de China, se cambió en la oficina de telégrafos la palabra que significa *matar* en *proteger*. Cuando se investigó el asunto, dos oficiales de alta graduación confesaron el crimen de haber cambiado las palabras. Por este acto humanitario los dos sufrieron la muerte, siendo cortados en dos pedazos.

»El doctor Griffith John, misionero de muchos años y de gran experiencia, dijo: «Es una locura considerar este movimiento como antimisionero, porque es anti-extranjero. El movimiento desde su origen hasta su fin tenía por objeto echar del país a todo extranjero, con todo lo que tuviese. Ésta es una verdad de gran importancia, y no debemos perderla de vista en la actualidad».

Una apreciación del Sr. J. Hudson Taylor

A los muchos corazones que lloran la pérdida de parientes, y a muchos otros que durante los últimos meses de triste historia nos han sostenido y alentado por su apreciada simpatía, por sus donativos en favor de los misioneros tan apurados y de los convertidos chinos, y por sus constantes oraciones, les son debidas unas palabras de reconocimiento.

Nuestra primera nota, aun ahora, ha de ser la de hacimiento de gracias y alabanza a Dios: «Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados por su sangre,... a Él sea gloria e imperio para siempre jamás.

Amén». Digamos con el Salmista: «A Jehová cantaré en mi vida: A mi Dios salmearé mientras viviere. Serme ha suave hablar de él: Yo me alegraré en Jehová» (Salmo 104. 33, 34).

¿No es verdad que es cosa buena que nuestra meditación de El sea suave a quien debemos todo lo que tenemos en esta vida, y a quien debemos la bienaventurada esperanza de nuestra eterna estancia en su presencia? Le damos gracias por la gracia que primeramente ganó para sí a nuestrós queridos hermanos y hermanas en Cristo, cuya memoria nos es tan preciosa a quienes fué dada gracia para acabar su carrera con, gozo y el ministerio que les fué encargado. Sus labores no fueron sin fruto. Muchos de los que fueron llevados a Cristo por ellos, han sido hechos participantes del gozo de la corona del mártir. Su Señor les llevó por muchas y grandes pruebas, y confió que serían fieles, como en efecto por su gracia dieron pruebas de que lo eran. ¿Quién les va a seguir como ellos siguieron a su Salvador y Rey?

Mucho hemos perdido al perder tales colaboradores, mas todo cuanto hemos perdido nosotros aquí, el Señor Jesu-Cristo ha ganado allá, y decimos que El es digno. No olvidamos las palabras que Él pronunció en la víspera de su propio martirio: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo; para que vean mi gloria». ¿Nos pesará a nosotros que se cumpla el deseo de su corazón?

Mas, ¿qué diremos de la pobre China que ha perdido tantos de sus mejores amigos, tanto naturales como extranjeros? ¿No oirán algunos la voz del Maestro llamándoles a ir a ocupar el puesto de los que han sido llamados al cielo, para pastorear las ovejas esparcidas y privadas de sus pastores, y a recoger el fruto de tanto y de tan terrible sufrimiento y muerte de nuestros hermanos y hermanas que han ido a su reposo?

Dios no se ha equivocado en nada de lo que ha permitido, su interés es mayor que el nuestro en que el reino de Cristo sea extendido. Nuestros corazones no pueden sino llorar cuando pensamos de los puestos vacantes, y de tantas asambleas sin pastores; pero nos es grato recordar que «Jesús lloró». Mas nuestra confianza está en un Dios que es omnipotente, y estamos seguros que su corazón de puro amor no habría permitido que tales pruebas vinieran si hubiera un medio más fácil para asegurar plenos triunfos del Evangelio. El apóstol Pablo se gozó en lo que padeció, porque cumplía en su carne lo que faltaba de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia.

Oremos, pues, para que el relato de estos sufrimientos nos estimule a mayor abnegación, para que los discípulos de Cristo en los países de Europa participen en la bendición que va a venir, y para que jamás olvidemos que en China mueren sin Dios todos los meses un millón de personas.

Davos, Dic. 1900.

J. Hudson Taylor.

Otra apreciación a raiz de los trastornos

¿Cuál será la actitud de la Iglesia de Cristo respecto al nuevo estado de cosas en China una vez que se haya restablecido la paz? Jamás podrá China ser lo que ha sido. El movimiento para llevar a cabo la expulsión de todas las odiadas innovaciones ha hecho más para deshacer su propio objeto que años de correspondencia internacional hubieran alcanzado.

Pekín ahora es casi un montón de cenizas, el Emperador y la Emperatriz son fugitivos, los palacios del «Hijo del Cielo» se han convertido en cuarteles para los soldados extranjeros, y el «Templo del Cielo»

ha sido profanado por el pie de «los bárbaros», los cuadros de todos los antepasados emperadores de la presente dinastía han sido remitidos a Europa, el colegio y biblioteca de Han-kin, el orgullo de erudición china, han sido quemados, quemados por la llama de las pasiones del antiextranjero, encendida por la misma Emperatriz, cuya maldad le ha arruinado a ella misma. Lo que en la destrucción de Jerusalem hizo que fuese imposible el judaismo de entonces, ha hecho en parte que China no sea más lo que fué.

Para aprovechar la mayor libertad y oportunidades sin límites que creemos Dios dará en respuesta a las oraciones de sus hijos, la Iglesia ha de despertarse.

M. Broomhall.

Los últimos días del Sr. Hudson Taylor, de un relato muy abreviado escrito por su nuera

---

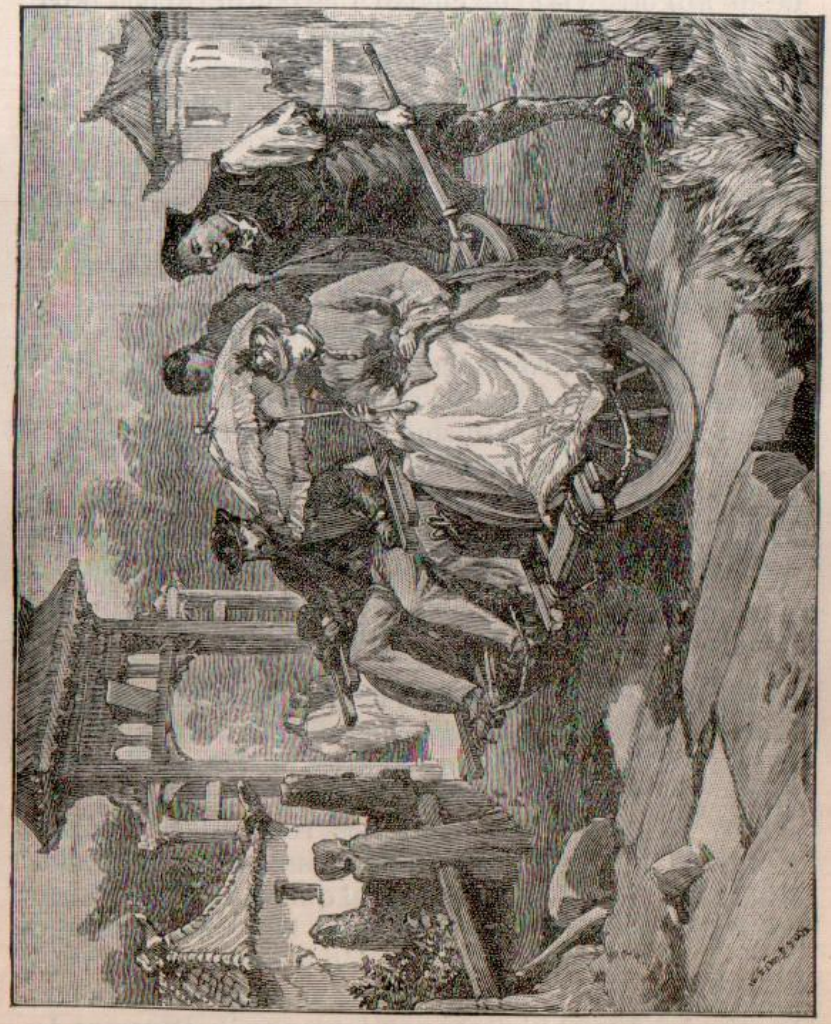
Chin-kiang, 11 de junio de 1905.

Hace solamente diez meses que estábamos en Suiza, y desde allí escribí acerca del fallecimiento de la señora Taylor, ahora desde aquí en China, siete semanas después de nuestra llegada, nuestro querido padre la ha seguido a aquel descanso que queda para el pueblo de Dios. Estaba cansado, muy cansado, y había acabado su obra. El fin vino de repente el día 3 del actual. Parece como si hubiera sido arrebatado de entre nosotros, y no como uno que haya muerto.

Pero he de relatar algo de nuestro viaje. Llegamos a Shanghai el 17 de abril, y la bienvenida que nos dieron en la Casa de la Misión es más de lo que puedo describir. Se había hecho todo lo posible para demostrar con cuanto amor se deseaba saludar a nuestro padre.

Nos quedamos en Shanghai poco tiempo porque deseábamos subir el río cuanto antes. Llegamos a Chin-kiang y desde allí otro viaje de cuatro días por el río nos llevó a Han-kow, donde nos quedamos muy poco tiempo, porque queríamos llegar a la provincia de Ho-nan. Aunque la estancia fué tan corta, la bondad de los amigos tuvo tiempo para inundarnos. El doctor Griffith John vino repetidas veces a visitar al padre, y el doctor Martín, de la Universidad imperial, aunque algunos años más anciano, hizo poco caso de un largo viaje por el río para poder visitar a su amigo de tantos años. Los años de servicio en el Evangelio de estos tres amigos, sumados, llegan a 156 años.

El viaje a la Provincia de Ho-nan, de unos 400 kilómetros, lo hicimos por ferrocarril en 24 horas. Once años atrás hicimos el mismo viaje en carritos de mano de una rueda. ¡Qué cambios desde entonces! por fuerza ha habido un gran despertamiento. En la estación de Yen-cheng estaba el Sr. Lark esperándonos, y tenía dos carros dispuestos para llevarnos a la Casa de la Misión. El mal camino que hay desde la estación a la ciudad nos hizo entender que estábamos una vez más en la provincia de Ho-nan. Pero, ¡cuánto gozo sentimos al hallarnos entre la gente que hemos conocido y amado tanto! Cada momento era una fiesta para nuestras almas. Por la noche llegaron varios misioneros de otras estaciones y el día siguiente tuvimos largas e interesantes conversaciones con ellos referentes al desarrollo de la obra desde que dejamos la Provincia. Muchas invitaciones se dieron al querido padre, y muy cordiales, para que visitara a todas las estaciones; pero después de mucha consideración y oración, determinamos ir a Hsiang-cheng, que es un viaje de dos días, la mitad del cual hicimos por ferrocarril. Pasamos la noche en una posada. Quisiera poder describir cuán extraño y al mismo tiempo familiar era todo lo de allí.



Carritos de mano de una rueda

El padre parecía cenar con gusto a la costumbre china, y luego la gente se reunió, y con mucho interés escuchó la predicación del Evangelio por más de una hora.

Cansados nos retiramos a nuestros dormitorios en la posada, pero cerca de la media noche llegó un cristiano chino y llamó a la ventana; había venido de un pueblo cercano después del trabajo del día para saludar al padre. Se le explicó que el venerable pastor dormía, y que después de las fatigas del viaje no convenía despertarle, el buen hombre comprendió la razón de la negativa, y dijo que procuraría volver el domingo siguiente a verle. Pero antes de partir metió por la ventana un pequeño paquete, y cuando se le preguntó qué era, dijo: «Ésto no es nada; es una insignificancia mía. Creía que era mi deber pagar los gastos de posada por el venerable pastor estando cerca de mi pueblo». Con ésto se fué, y el domingo siguiente vino y asistió al culto, cuando el padre le dió personalmente las gracias por su dádiva.

Las muchas lluvias impidieron que partiésemos de Hsiang-cheng tan pronto como esperábamos; pero ésto mismo nos favoreció, porque el agua del río subió tanto que pudimos hacer el viaje a Yen-cheng por río en vez de por tierra. Así salimos en un bote de carga hasta dar con el ferrocarril. Era un viaje muy agradable. Nos quedamos veinticinco días en la provincia de Ho-nan, y visitamos cinco estaciones centrales donde encontramos a los misioneros de otras partes. Los chinos convertidos acudieron en gran número para darnos la bienvenida. Muchos de ellos habían leído la Autobiografía del padre, que el Sr. Báller había traducido al chino, y así no sabían como expresar su amor y veneración para con uno que tanto había hecho por los chinos.

Llegó el domingo, hacía calor, y la cuestión era

cómo ir al local para el culto que distaba de donde estábamos como dos kilómetros. Dos señoras, sabiendo que no le era fácil andar mucho, tuvieron la bondad de enviar un palanquín con ocho hombres para que el padre las visitara el lunes, y bien podíamos servirnos de él para ir al culto. Pero de ninguna manera el padre quiso escucharnos. No había venido a Ho-nan para dar un ejemplo así de lujo en día de domingo. Si le convenía ir a la reunión iría a pie. Y así lo hizo. Mi esposo llevaba una silla ligera en que se sentaba el anciano cuando se sentía cansado. Esto llamó mucho la atención de la gente que había en las calles por donde pasábamos, y decían: ¿Por qué no traer un palanquín para el venerable caballero? Esto dió ocasión a mi esposo de explicarles que el domingo era día de reposo, y que aunque había palanquín en casa y ocho hombres para llevarlo, el anciano misionero no quería valerse de él. El día siguiente se sirvió del palanquín, y muy bien que le vino, para hacer aquellos treinta y dos kilómetros de malos caminos.

Al acercarnos a nuestra destinación, vimos en la distancia un grupo de hombres con objetos que reflejaban el sol, y no sabíamos que significaba aquello, hasta acercarnos más; entonces supimos que eran cristianos de Chen-chow que habían salido a nuestro encuentro. Allí tenían una mesa puesta con refrescos para nuestro querido padre, y los objetos que brillaban tanto eran caracteres chinos que traducidos literalmente decían: «Al Bienhechor del Interior de China».

La última estación que visitamos en aquella provincia fué Tai-kang. Los cristianos de aquella ciudad alquilaron un carro y vinieron a Chen-chow, viaje de un día, para vernos. En el camino encontraron un cartero quien les dijo que el Sr. Taylor no estaba bien, y que probablemente no podría visitar su ciudad. Esta noticia les produjo tan gran tristeza que se pararon en

medio del camino, y pidieron a Dios que le diese las fuerzas necesarias para el viaje. «Señor, decían en su oración, ¿qué hemos hecho nosotros que nuestro venerable pastor, que ha podido hacer un viaje de miles de kilómetros desde el otro lado del mundo, tenga que pararse cuando falta solamente un viajecito corto a nuestra ciudad? Nosotros, Señor, somos sus hijitos. Ayúdale a venir a visitarnos».

Grande fué su gozo cuando algunas horas más tarde le vieron en Chen-chow dirigiendo la palabra al público en una reunión cuando algunos recién convertidos fueron bautizados, y supieron que estaba resuelto a continuar su viaje a Tai-kang el día siguiente.

El tiempo me falta para contar de toda la satisfacción que tuvimos en este memorable viaje. El primero de junio llegamos a Chang-sha donde nuestros queridos amigos Dr. Keller, su esposa y otros, nos dieron la bienvenida. Los dos días que siguieron fueron días de mucha calma y paz, tan llenos de interés y aliento, como también de amor y simpatía con que todos se extremaban en su cuidado de nuestro amado padre. Por medio del palanquín pudo hacer visitas a varias partes.

El día siguiente era sábado y el padre tenía que dirigir la palabra en el culto de la mañana a varios amigos los cuales quedaron profundamente afectados. El Sr. Li tomó la palabra después y dijo que muchos habían leído la Autobiografía, y expresó el gozo que tenían al poder saludar a tan venerable pastor.

Para las cuatro de la tarde el Dr. Keller y su esposa habían convidado a su casa a todos los misioneros de la ciudad, con el objeto de que pudiesen tener la ocasión de verse con el veterano misionero. Más de treinta vinieron, representando seis o siete diferentes Sociedades misioneras, incluyendo los de la Misión Interior de China. Después de la recepción, todos se reunieron en un pequeño jardín donde tomaron té. El

padre estuvo con ellos por más de una hora y se interesó en todo y con todos.

A la hora de cenar no se halló dispuesto a venir a la mesa, así mi esposo le colocó bien en un sillón, y un poco más tarde le ayudó a desnudarse.

Llegó la noche, y yo me hallaba en el terrado de la casa contemplando la extensión de la ciudad bajo la bóveda del cielo iluminado por la luz de las estrellas. Hacía un fresco agradable, y estando allí sola pensaba en el padre. Pero ¡cuán lejos de mi pensamiento estaba la idea de que dentro de media hora nuestro padre estaría con el Señor! ¿Estaban ya quizás los ángeles reuniéndose para recibir su espíritu? ¿Qué es lo que pasaba? ¡Sí! ¿qué es lo que pasaba? Sin saber nada, bajé del terrado y me quedé esperando en un cuarto contiguo hasta que mi esposo me llamara, entonces entré. El querido padre estaba en cama; tenía su cartera abierta delante de sí y algunas cartas; leía una cuando yo entré. Me senté a su lado y comencé a leerle un poco de la Revista Misionera, cuando de repente volvió la cabeza como si fuera a estornudar. Le miré sin idea de nada. Entonces dió una boqueada. Llamé a mi esposo y al Dr. Keller, y ellos llegaron justamente a tiempo para verle espirar. Todo fué cosa de tres o cuatro minutos.

«Ausente del cuerpo, presente al Señor». Desde Chang-sha, en el corazón del interior de China, fué trasladado al cielo. Le fué abundantemente administrada la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo. El espíritu se sosiega al mirar el rostro plácido de aquella forma de nuestro queridísimo padre. Parece como si de repente se hubiera vuelto veinte años más joven, pues las líneas y arrugas de su cara han desaparecido.

Uno por uno, o en pequeños grupos, los cristianos vinieron a la casa para ver los restos mortales de su amado pastor. Una mujer al salir susurraba: «Millares y diez millares de ángeles le han recibido y dado la bienvenida». Y a mí me parecía como si los viese.

Desde Chan-sha trajimos el cadáver a Chin-kiang, donde tuvo lugar el sepelio. A las siete de la mañana del viernes, día 9, salimos de la casa para efectuar el entierro, formando una larga procesión al cementerio inglés que está al pie de unas verdes colinas. El Sr. Hoste presidió y el Sr. Sáunders pronunció el sermón en chino. Pero no puedo decir más. Todo fué tal como el padre hubiera deseado; poco se decía del fallecido; mucho del Maestro. No parecía un entierro; apenas se habló de la muerte. Era un sencillo, amante Adios hasta que el Señor venga.

M. Geraldine de Taylor.

El estado actual de la obra misionera en China

En el otoño de 1911 una revolución, que sorprendió al mundo entero, destronó a la Dinastía manchú, y estableció la República en lugar de la Autocracia imperial de China. Un cambio tan grande y radical conmovió todo el fundamento de la Sociedad china, poniendo en grave peligro el principio de autoridad y orden público. A los misioneros como a los cristianos chinos se les presentaron otra vez las ocasiones de ejercer fe en Aquel que «preside en el diluvio, y que se asienta Rey para siempre». También dió el trastorno lugar a que se prestasen servicios especiales hacia los enfermos, los heridos y los desamparados, encomendándose los misioneros a todos como los ministros de Dios.

Es bien sabido que tanto los Imperialistas como los Republicanos, se mostraron ansiosos en protejer las

vidas y bienes de los extranjeros. La terrible lección del movimiento Boxer había hecho en todos una profunda impresión. Por otra parte, mientras no era seguro si llegaría a consolidarse un Gobierno legalmente constituído, una parte criminal de la población tomó ocasión para saquear y robar por todas partes. De ahí fué que las autoridades consulares aconsejaron a muchos de los misioneros que se retirasen de ciertos distritos por algún tiempo. Algunos misioneros con sus niños fueron muertos por partidas de hombres de mal vivir, y casas misioneras fueron robadas. Pero aquel período de desorden ha pasado, y aun mientras duró se pusieron de manifiesto el aprecio y la confianza con que el pueblo chino miró a muchos de los misioneros.

En algunos casos los chinos rogaron a los misioneros que se encargasen de su dinero y bienes hasta que se restableciera el orden y hubiera más seguridad, y muchísimos naturales se refugiaron dentro de las casas misioneras donde se creían más seguros que en ninguna otra parte.

Por medio de estos actos de benevolencia, y por la predicación del Evangelio, se ha dado un poderoso testimonio en todas partes que ha redundado en favor de la fe cristiana, y especialmente entre ciertas clases que de ordinario se han mostrado indiferentes, cuando no opuestos a la predicación. Así es que muchísimas personas de estas clases han abandonado sus ídolos y están estudiando las verdades del Evangelio.

El hecho de que el actual Gobierno en China esté bien dispuesto hacia la propaganda del Evangelio, es una causa de acción de gracias a Dios; pero por otra parte trae muchos peligros. Es de temer que el nuevo estado de cosas, hasta cierto punto favorable, no conduzca a un aumento de fe y robustez de carácter cristiano. Bien lo sabemos por toda la historia de la Iglesia de Cristo.

De una carta que contiene los últimos datos de la Misión Interior de China entresacamos los siguientes:

«El número de misioneros pertenecientes a esta Misión (Interior de China) a fines del año 1912, incluyendo a algunos otros misioneros que sin pertenecer a esta Misión están bajo la protección de ella, era 1040; cincuenta y cinco de éstos son nuevos que han ido llegando durante el año. Con todas estas vidas contribuyendo su parte de propia abnegación, de fe y de servicio, ¿no debemos esperar que Dios hará una obra grande en China? Hay indicaciones ya de que el Espíritu Santo está obrando en los corazones de muchos del pueblo. Además, se nota una disposición a escuchar el Evangelio que no se veía antes. Por lo tanto, estamos pidiendo a Dios y esperando la manifestación del poder divino en la conversión de almas.

»Hay también lo que pone a prueba la fe de los obreros y que les causa tristeza. En algunos distritos los convertidos no tienen en cuenta sus responsabilidades como quisiéramos, y la consecuencia es que hay declinación en la vida espiritual. Verdad es que sus tentaciones son muchas y sus dificultades grandes.

»Otro peligro se manifiesta ahora, y es un movimiento popular que da motivo de ansiedad. Elementos políticos y seculares entran en la obra e impiden el desarrollo de la vida espiritual. En algunos casos son gremios que tienen muy poco de cristiano, excepto el nombre, y por consiguiente es un grave mal para los intereses principales de la causa de Cristo en China. Sabiduría y prudencia necesitarán los obreros del Evangelio en China, tanto extranjeros como naturales, que estén en contacto con estas cosas, y por todos ellos suplico las oraciones de la Iglesia de Cristo.

»Desde la fecha de mi última carta (un mes antes) ha habido 259 bautismos, haciendo un total por el año pasado de 2,533. Teniendo en cuenta la interrupción

seria que hubo por causa de la revolución durante la primera parte del año, este aumento en el número de comulgantes de la Iglesia es causa de aliento y acciones de gracias de Dios».

RESUMEN

Esta historia del Sr. Hudson Taylor, o quizás sería mejor decir, la historia de una obra de Dios en China por medio del Sr. Taylor, es un ejemplo notable de como procede Dios en la evangelización del mundo en este tiempo de su gracia. Aquel gran Imperio de China estaba cerrado en contra del Evangelio, y el estado espiritual de los millones de sus habitantes comenzó a pesar sobre el corazón del joven estudiante de medicina. Luego Dios le instruye, le guía, le educa, le pone a prueba de muchas maneras para que sepa andar por la fe. Más tarde es llevado a China, donde aprende otras lecciones, y al fin, en vista del estado espiritual de aquellos millones de almas su espíritu se deshace en él, y es llevado al interior del país, apoyándose en Dios, sin tener garantía de persona ni de Sociedad alguna para su propio sostén, ni para el de la obra emprendida. Al parecer del mundo, era una locura que debía fracasar por fuerza. Pero el Sr. Taylor no era un loco, ni místico, ni fanático, sino un hombre de cálculo. Creía a Dios, y sabía echar mano a las promesas que encontró en la Biblia, las puso a prueba, y halló que eran infalibles. Así su fe creció en Dios, y su ejemplo de fe y de propia abnegación despertó a otros que han hallado que el fundador de la Misión no se había equivocado en sus cálculos, llevado por un entusiasmo de joven, sino que realmente Dios oye la oración de sus hijos, y cumple las promesas que ha dado en su Palabra.

La Misión creció y centenares de misioneros se ofrecieron para ir a China, sin garantía de sueldo de la Misión, confiados en Dios para el pan de cada día, como para todo lo demás. La Misión por su parte se dispone a ayudar a todos estos misioneros con sus consejos y con los fondos que le son enviados por creyentes de buena voluntad, sin apelar a nadie, y sin contraer deudas. Así sigue el camino trazado y andado por el Sr. Taylor, camino de fe en el Dios vivo y verdadero, y ésto en medio de mil obstáculos e impedimentos.

Vino el movimiento Boxer que amenazó acabar con todo. Aquello parecía un naufragio inevitable. El señor Taylor y los colaboradores suyos se esforzaron en Dios, y vieron que la obra de Dios en China se levantaba de en medio de la desolación con nuevas fuerzas, y que a pesar de tantos misioneros muertos e iglesias dispersas, el número de misioneros en seguida era mayor que antes, con la correspondiente prosperidad de la obra en general, manifestándose claramente no como obra de los hombres, sino de Dios, de modo que exclamamos: ¡Qué ha hecho Dios!

LISTA DE LOS GRABADOS

	Páginas
J. Hudson Taylor	Anteportada.
Una calle en Shanghai	31
Un mandarín	37
Sacerdotes budistas	43
La Shang, la Santa Bárbara de los chinos	53
Barcos chinos	59
Estatua de Buda	66
Fumadores de opio	73
Chinos amotinados	93
Un carro chino	107
Carritos de mano de una rueda	118

ÍNDICE

Capítulos.		Páginas.
	Prólogo	3
I.	El poder de la oración	5
II.	El llamamiento al servicio	10
III.	Preparación para servicio	12
IV.	Más respuestas a la oración	16
V.	Vida en Londres	19
VI.	Convaleciente por la fe	22
VII.	Poderoso para salvar	23
VIII.	Viaje a China	26
IX.	Primeras experiencias misioneras	30
X.	Primeros viajes de evangelización	33
XI.	Más viajes de evangelización	39
XII.	Llamados a Swatow	45
XIII.	El hombre propone y Dios dispone	48
»	Viaje por el interior del país	49
XIV.	Dirección Providencial	57
XV.	Residencia en Ningpo	62
XVI.	Ayuda oportuna	67
XVII.	Dios es nuestro refugio	71
XVIII.	Necesidad de una nueva Misión	77
XIX.	La formación de la Misión para el Interior de China	79
»	Viaje a China	83
XX.	La Misión en 1893	84
	Suplemento	86
	Progresos de la obra evangélica	90
	El levantamiento Boxer	91
	Hambre y desnudez	94
	Extractos de una carta del Sr. Green	101
	Las causas del levantamiento	109
	Una apreciación del Sr. J. Hudson Taylor	113
	Otra apreciación a raiz de los trastornos	115
	Los últimos días del Sr. J. Hudson Taylor	116
	El estado actual de la obra misionera en China	123
	Resumen	126
	Lista de los grabados	127

El Evangelista

Revista evangélica, ilustrada, mensual

en que se publican artículos doctrinales e instructivos, historias verídicas de conversión a Dios, noticias de obra misionera, viajes entre paganos y salvajes, grabados, etc., etc.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Pago anticipado

ESPAÑA Y PORTUGAL

Por un año	1 ejemplar	0'75 ptas.
	7 »	4'50 »
	25 »	15'00 »

EXTRANJERO

Por un año	1 ejemplar	1'50 ptas.
	2 »	2'25 »
	7 »	6'30 »

Los suscriptores que residen en las Américas y las Islas Filipinas, pueden remitir el importe de sus suscripciones en billetes de Banco de los Estados Unidos, o si la cantidad es pequeña, en sellos de correo de dicho país.

Por un año	1 ejemplar	30 cents. (oro)
	2 »	45 » »
	7 »	$ 1'25 » »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Craywinckel, 11, 3.º - BARCELONA